TRATADO

DE LA

VICTORIA DE SÍ MISMO,

TRADUCIDO DEL TOSCANO

POR

EL P. M. FR. MELCHOR CANO,

DEL ÓRDEN DE PREDICADORES.

SEGUIDO DE

EL ALMA VICTORIOSA

DE LA PASION DOMINANTE,

POR MEDIO

DEL EXÁMEN PARTICULAR DE LA CONCIENCIA,
DE LOS EJERCICIOS COTIDIANOS, Y PRÁCTICA
DE LAS DEVOCIONES.

Obra utilísima que dió á luz

EL P. FRANCISCO JAVIER HERNANDEZ,

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Con licencia del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
calle den Robador, núm. 24 y 26.

1860.

ADVERTENCIA.

Esta obrita se imprimió en Toledo en casa de Juan de Ayala el año de 1551, en 8.°, y al presente era tan rara que poquísimos lograban aprovecharse de su doctrina. Los escritores de bibliotecas, como Altamura y Echard, dominicanos, Nicolás Antonio y otros autores que han dado noticia de las obras del maestro Cano, no la tuvieron de esta, siendo tan estimable por la hermosura de su estilo, y mucho mas por los saludables documentos que contiene. Para que el público no carezca de ellos por mas tiempo, se ha hecho ahora esta *tercera impresion* [1], en que se han corregido muchos yerros que el impresor habia cometido en la primera; y la ortografía se ha procurado arreglar al uso corriente.

Llámase con cuidado *tercera impresion*, porque no debe estimarse como reimpresion, sino como nueva obra, otra que con el título de *La victoria de sí mismo* imprimió en Madrid Tomás Junti el año de 1595, en 8.°, escrita por Fr. Antonio Delgado Torre Neyra, del Órden de san Francisco, predicador y guardian del convento de Esperanza la Real de Ocaña, sobrino de Melchor Cano. Este dice en su dedicatoria que se propuso continuar y extender la obra que su tio *habia comenzado, y traducido una pequeña parte.* El amor á la verdad obliga á prevenir aquí que el maestro Cano no dejó empezada su obra, ni traducida una pequeña parte, sino que salió de sus manos perfectamente concluida. No es menester mas prueba de esta verdad que la obra misma, en cuyo prólogo se promete tratar de los siete pecados, y de los remedios que hay contra ellos; y desempeñada enteramente esta promesa, se concluye la obra con

[1] Se refiere á la de Madrid de 1780, que sirve de texto para la presente edicion.

dos capítulos que son el complemento y conclusion del tratado. Este se halla todo interpolado en el de Torre Neyra; pero tan disminuida la energía y hermosura del estilo, y tan aumentado con reflexiones y textos latinos, que reduciéndose el de Cano en su primera edicion á 65 hojas llenas de jugo y de espíritu, el de su sobrino se compone de 414, y aun, dice, tenia ya otros dos tomos trabajados para continuar la misma materia.

Y aunque ambos confiesan que su obra es traducida ó sacada de otra escrita en lengua italiana; pero no declara el autor original que la compuso, y Cano solo dice que era *un varon de grande espíritu y experiencia en las batallas espirituales*. Sábese que dos autores italianos escribieron en lengua toscana, cada uno una obra intitulada *Victoria de sí mismo;* y ambos fueron de tan grande espíritu y experiencia en las batallas espirituales, que á cualquiera de ellos se puede aplicar el elogio referido. El uno fue el P. Fr. Juan Bautista de Crema, que floreció por los años de 1530; y el otro D. Serafino Aceto de Portis, canónigo reglar de san Agustin, natural de Fermo, y por eso conocido por *D. Serafino de Fermo:* el cual vivia tambien por los mismos tiempos.

No se ha logrado ver la obra de Crema, pero se ha tenido presente la de Fermo que con otras suyas existe en la real Biblioteca, impresa en Salamanca el año de 1554 en 4.°, traducida por el licenciado D. Buenaventura de Cervantes y Morales, hombre sábio, y poseedor de muchas lenguas. En el prólogo de esta obra, hablando de la de Crema, *quise tomar el trabajo* (dice D. Serafino) *de reducirlo* (el tratado *de la Victoria) á la brevedad que fuese posible, no por ser él muy prolijo y supérfluo, mas para tener un breve manual que se traiga siempre en las manos, en el cual veamos cada dia cómo vencemos nuestras pasiones, etc.*

Por este documento nos aseguramos de que el tratado de D. Serafino es un compendio del de Crema; pero mientras no se vea el de este, no se puede averiguar de quién tradujo el maestro Cano su *Victoria.*

Lo que se nota aquí es, que ni el maestro Cano hace mencion de la *Victoria de sí mismo* traducida por el referido Cervantes, ni este la hace de la de Cano. Cervantes vivia en casa de D. Pedro de Castro, obispo de Salamanca, cuando hizo la primera impresion de las obras de D. Serafino traducidas al castellano, y las dedicó al referido Obispo. Este Prelado habia entrado en su obispado el año de 1546, y el de 1548 pasó á Flandes acompañando á Felipe II. De donde se infiere lo uno, que la primera impresion de las obras de D. Serafino traducidas en castellano se hizo desde aquel año de 46 hasta el de 48: lo otro, que el maestro Cano pudo hacer mencion de la *Victoria de sí mismo,* que era uno de los tratados de don Serafino traducidos y publicados tres ó cuatro años antes que saliese su *Victoria.*

Esta impresion de las obras de D. Serafino se consumió en tan breve tiempo, que poco despues se hicieron otras dos llenas de errores, por no haber entendido en ellas el traductor: lo cual le movió á hacer la cuarta el año de 1554, corregida y aumentada con algunos tratados del mismo D. Serafino, y la dedicó á D. Bernal Diaz de Luco, obispo de Calahorra y la Calzada, de cuya dedicatoria se han tomado estas noticias.

Y aunque el maestro Cano se desentiende de la *Victoria de sí mismo* traducida por Cervantes, no por eso puede sospecharse que se valiese de ella para hacer la suya. Porque un maestro de tanta sabiduría y pericia en lenguas no necesitaba de semejante auxilio; antes bien, cotejada una traduccion con otra, se hallan en la de Caño mu-

chas ventajas de método, de estilo y de claridad. Y habiendo dicho el maestro Cano en su prólogo, que sacó lo mejor de su tratado de la lengua italiana, en que lo halló escrito, se le debe creer esta verdad, y que no se propuso otro fin en este corto trabajo que el aprovechamiento espiritual de los que le leyeren.

La recomendacion de esta obrita fácilmente se colige de la eleccion que hizo de ella un hombre tan consumado como el maestro Cano. Y esto basta para creer que aunque fuesen justas las razones con que algunos murmuraron del libro de Crema, de lo cual se queja D. Serafino amargamente; este salió de las manos de su traductor libre de toda censura, y aun de la menor sospecha. Esto mismo aseguran varios teólogos doctos y piadosos, que habiéndole examinado con la mas delicada crítica, no solamente han elogiado sobremanera su doctrina, y ponderado su utilidad, sino que tambien han clamado por su publicacion.

EL REY.

Por cuanto por parte de vos el doctor Salas, vecino de la villa de Valladolid, nos fue hecha relacion, diciendo que vos habeis hecho traducir al maestro Cano un libro llamado Victoria de sí mismo *de lengua toscana en lengua castellana, y en ello os habíades ocupado mucho tiempo, y nos suplicastes os diésemos licencia y facultad para que vos, ó quien vuestro poder hobiese, lo pudiésedes imprimir, y no otra persona alguna, ó como la nuestra merced fuese: Yo por vos hacer bien y merced túvelo por bien; é por la presente vos doy licencia y facultad para que vos, ó la persona que vuestro poder hobiere, podais imprimir y vender el dicho libro. Y mando que por tiempo de diez años primeros siguientes, los cuales corran y se cuenten desde el dia de la fecha de esta nuestra cédula en adelante, otra persona alguna no le pueda imprimir ni vender so pena que la persona que le imprimiere, haya perdido y pierda todos y cualesquier libros que imprimiere ó trujere á vender en estos nuestros reinos. La cual dicha merced vos hacemos con tanto que esta nuestra cédula vaya por principio y cabeza del dicho libro, para que se sepa el tiempo por que se os da licencia para lo poder imprimir. É impримido el dicho libro, no lo vendais, ni podais*

vender sin que primeramente sea visto por los del nuestro Consejo, y tasado por ellos el precio en que lo hobiéredes de vender. Y mandamos á los del nuestro Consejo, y á todos y cualesquier justicias de nuestros reinos y señoríos, que vos guarden y cumplan y hagan guardar y cumplir esta nuestra cédula, y contra ella vos no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar por alguna manera: so pena de la nuestra merced, y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Fecha en Valladolid á veinte dias de noviembre de mil quinientos y cincuenta años.

LA REINA.

Por mandado de S. M. su Alteza en su nombre,

Juan Vazquez.

AL MUY MAGNÍFICO SEÑOR

JUAN DE SALVATIERRA, ETC.,

EL DOCTOR SALAS.

Si por instinto de la naturaleza, universal maestra de todas las cosas criadas, muy magnífico señor, aun á las fieras es dada inteligencia para que al tiempo del parto procuren el mas seguro lugar que pueden, do pongan sus crias hasta que salidos á luz escapen de los peligros que se les podrian ofrescer; y si las avecicas por el mismo instinto conoscen cuánto sea mejor elegir para nidos de sus pollitos las ramas de los mas altos, seguros y apacibles árboles, hasta que venido el tiempo en que vestidos de sus plumas puedan á placer gozar por el espacioso aire del natural vuelo; ¿con cuánto mayor razon puede mostrar naturaleza á los hombres guiados de la razon, de la cual son partícipes, guiados de la prudencia, de que son ejecutores, que en sacar á luz obras producidas de sus entendimientos, y dictadas de sus ingenios, las cometan en la guarda de quien el juicio les propone, como en lugar mas apto para su conservacion, hasta que la voladora fama las tome en su boca para esparcirlas por todas partes, dándoles por defensa ser conoscidas y aprobadas

por buenas? Desto para mayor confirmacion nos ha dado ejemplo el M. R. P. el M. Fr. Melchor Cano, que sacando de la caudalosa fuente de su doctrina y elocuencia la traduccion deste tratado, le anidó en árbol tio no cayese, antes fuese tan ensalzado cuanto la copia de las virtudes de V. m. le promete, pues tan en breve quiere que á todos tal obra y tan felice trabajo sea manifiesto: confiando en la humildad del intérprete que el agravio que se le hace en manifestar tan poca cosa, donde tal abundancia se nos promete y cada dia nos da, le sufrirá con el contentamiento que sentirá del aprovechamiento universal que en los cristianos resultará desta tan buena obra. Á la cual suplico á V. m. tenga por tan encomendada despues de impresa, como la ha tenido por compañera antes de serlo; porque allende del favor que á ella por ser tal se hace, acompañada con el de V. m. y con la aprobacion de su buen juicio, allende del favor y costa que en la hacer imprimir pone, venga en noticia de todos los que vencerse á sí mismos tienen necesidad, y conoscida por ellos, se vea el provecho que todos los servidores de Dios deseamos: al cual plega augmentar vida y honra y estado de V. m. en su servicio.

PRÓLOGO.

Muchas veces, con admiracion no pequeña, atentamente considero cuál sea la causa que habiéndonos la naturaleza formado de espíritu y carne, aquesta miserable y mortal, aquel divino y sempiterno; tengamos solicitud continua del cuerpo, cada uno á su posible, y del alma no así, antes un extraño descuido, como si ó no la tuviésemos, ó ella de nada tuviese necesidad. Ninguno hay en el mundo que para se vestir no busque una ropa la menos mala que haber puede; y hay muchos que de resplandeciente púrpura, de fina grana, de delicada seda, y aun del mesmo oro y perlas se atavian, no porque les sea menester para cubrir sus desnudas carnes, ó las amparar de la molestia del frio, sino por dar un poco de mas lustre y gracia al ornamento de sus personas: donde cada dia se veen algunos, los cuales á su alma no solo de los hermosos y ricos hábitos de las virtudes no la visten, mas ni aun comienzan á echar un hilo en la tela de alguna buena cos-

tumbre de que se cubra y adorne la parte principal que en ellos es. Y ¿qué dirémos de aquellos que solamente por su regalo con amor supérfluo de aqueste saco de gusanos, al cual pocos dias deshacen y vuelven en polvo, para cuya sustentacion pocas y ligeras cosas bastan; revuelven con estudio y diligencia increible los campos, los bosques, los montes, los valles, los rios, los mares y los aires? Y siendo para un tan pequeño corpezuelo asaz cumplido aposento una vil y pequeña choza, por le dar vana satisfacion traen á gran costa de las haciendas las escogidas piedras y polidos mármoles de diversas partes del mundo para le fundar grandes y superbos palacios, en que sin estrechura se pueda extender y cebar la curiosidad de sus ojos y de los ajenos. Mas de la celestial y divina parte de sí no cuidan, ni de qué se mantenga, ni do more, aprisionándola cada dia mas en la escura cárcel del tenebroso cuerpo, y dándole antes las hojas amargas del vicio que los frutos dulcísimos de la virtud. Allende desto, cuando aviene que á la carne flaca y enferma sentimos, con mil ingenios trabajamos de recobrar la perdida salud; pero á las almas mal sanas ningun remedio se les procura, mas á las veces huimos de los médicos y medicinas espirituales, que sin gasto se nos ofresciendo, para

sanar al cuerpo á ningun gasto ni trabajo perdonamos. No hay quien sufra rota la capa, ni súcio aun el zapato que calza: no hay quien pase por un ax que en el pié tenga, por chico dolor que le cause; y en la pobre alma permitimos mil roturas, mil torpedades y llagas, bieu así como si nada nos importase su atavío, limpieza y sanidad. Mujeres hallaréis que no digo por un anillo ó cualque otra cosa de mas prescio, sino por una aguja de labrar que hayan perdido, dan dos y tres vueltas á una casa; y piérdese el alma preciosísima, la cual es de tanto valor, que dando Dios su sangre y vida por ella, no se tuvo por pródigo; y no hay quien trata de la buscar: digo de la buscar, porque se cumpla la Escriptura que dice: Infinito es el número de los nescios; porque en el desconcierto de los malos y males sin cuento resplandezca mas el órden y cuenta de los buenos; porque aun en esto se vea que es Dios tan comedido con la libertad humana, que á nadie hace fuerza para servirle, aunque á todos muestra la obligacion que de servirle tienen; porque conosciendo los hombres la dificultad de salvarse con experiencia manifiesta de tantos como se condenan, desconfiados de sí mesmos reconózcan que de la divina misericordia les ha de venir la verdadera salud; finalmente por

otros intentos ocultos de la sabiduría de Dios. segun que el Profeta dice: Andan los malos á la redonda: Señor, tú los multiplicaste por tu alto y profundo consejo. Si á un filósofo le preguntasen de do procede que sea tanto el número de los viciosos, ciertamente responderia que porque andan á la redonda, por eso son muchos: que la virtud consiste en el medio y los vicios en los extremos; y ni mas ni menos que en un redondo cerco hay centro é circunferencia, y serian pocos los que atinasen puntualmente al centro, y muchos los que señalasen la circunferencia, por ser para aquello necesario tino y compás, y para esto no; así en guardar el medio de las virtudes como hay dificultad, porque se requiere regla é cincel, y es menester guardar punto, hállanse pocos que lo hagan; pero declinar del medio á los extremos, como es fácil, cualquiera lo puede hacer sin trabajo. Por lo cual no es maravilla que los que andan en derredor se multipliquen, pues son los hombres naturalmente enemigos de trabajar, y por el contrario amigos de aquello que sin fatiga se hace. Mas no embargante que la filosofía humana con esta razon se contenta, con todo al profeta David le paresce mejor referir esta muchedumbre de los pecadores á la profundidad de la divina sabiduría; porque á la ver-

dad, bien mirado, gran engaño es pensar que hay menos afan en ser uno vicioso que en ser virtuoso, como sea tanto mayor cuanto afana mas el que anda á la redonda que el que anda por camino derecho; lo cual yo mostraria bien claro, si prólogo de obra tan breve como esta es, lo consintiese, cuyo título es: *De la victoria de sí mismo*, conviene á saber, de sus propios vicios y pasiones: la cual no es empresa tan dificultosa cuanto algunos piensan; porque sin duda mas dificultades se hallan al cabo en dejarse vencer que en vencer á la pasion, y no hay camino tan áspero que la gracia de Dios, á quien se esfuerza á le comenzar, no le haga llano y en el proceso apascible, mayormente hallando los hombres buena guia que los sepa llevar poco á poco al término desta jornada: que viendo yo cuán mal recabdo hay de libros en nuestro romance castellano que competentemente enseñen esto, me moví á tomar la fatiga de algunos dias en escrebir este tractado, sacando lo mejor dél de la lengua italiana, en la cual lo hallé escrito por un varon de grande espíritu y experiencia en las batallas espirituales. Hallará aquí el lector el orígen y causa de cada vicio, y el efecto por do cada uno será conoscido: hallará remedios y medicínas muy apropiadas á cada enfermedad: hallará en qué casos los sie-

te pecados, que llaman mortales, sean mortales, y en qué casos sean veniales: cosa jamás vista, que yo sepa, en nuestro lenguaje español; pero tan necesaria así para los penitentes como para los confesores cuanto ninguna otra lo es de las que se pueden escrebir. Lo que á mí toca, no hay que me agradescer mas que el buen deseo de que todos aprovechen con la obra ajena, puesto que no es ajeno lo que la caridad hace propio para comun utilidad de muchos.

TRATADO

DE LA

VICTORIA DE SÍ MISMO.

CAPÍTULO I.

Siendo el hombre compuesto de carne y espíritu, como un medio entre las bestias y los Ángeles, necesaria cosa es que participe las propiedades de ambos á dos, conviene á saber, sensualidad y razon, porque con los apetitos de la una se conserve el indivíduo y especie humana, y con la discrecion de la otra se conserve el merescimiento en el apetescer, para que no salga de los lindes que la naturaleza le tiene puestos. Estas dos partes suelen los teólogos llamar porcion inferior y superior, no solo porque la una es de su condicion baja y terrena, la otra alta y celestial; mas tambien porque la primera está sujeta á la segunda, y la segunda rige como superior á la primera; la cual, por ser ciega, es justo sea adiestrada de la que tiene ojos y prudencia para guiarla. Tiene la parte sensi-

tiva dos potencias, irascible y concupiscible. La concupiscible codicia los deleites sensuales, ordenados de la naturaleza para la sustentacion del cuerpo y propagacion del linaje humano. La irascible es como guarda y amparo de su compañera para resistir á lo dañoso, y defender lo saludable; porque á no haber en las cosas sensibles el deleite despertador de la concupiscencia, la carne delicada y enemiga de trabajo dejaria de buscar aun lo necesario, segun hay los contrapesos en procurarlo. Y si por otra parte faltase coraje para la defensa del bien ya procurado, no podria nuestro flaco cuerpo entre tantos contrarios á la larga conservarse. Son luego entrambas potencias necesarias; pero si la razon no las gobierna con gran tino, como dos caballos desbocados que tiran el carro sin freno y rienda, forzosamente despeñarán á sí y á lo que llevan encima, y será el hombre no solo semejante á bruto, mas á peor, no aprovechándose de la parte que en sí es principal, antes usando de ella para su propia perdicion. De aqueste fundamento se sigue que siendo la inclinacion ó al deseo de lo sabroso, ó al desden de lo desabrido, plantada en nosotros naturalmente, no se puede llamar ni vituperable ni loable, sino en cuanto vence ó es vencida de la razon: como en los niños se vee, en quien

por ser las obras naturales no traen consigo ni mérito ni demérito, si con el uso del albedrío no se hacen voluntarias. Y así tambien se concluye que los primeros movimientos son sin culpa, pues no es en nuestro libre poder èl evitarlos; mas sobreviniendo el consentimiento, ya no son primeros, sino segundos ó terceros; ni les cuadra ya nombre de súbitos, pues dan lugar al juicio para que mire lo que en su territorio y jurisdicion se hace; y así el mejor consejo seria hacernos fuerza al primer ímpetu. Porque como alcanzando nosotros victoria de ellos, no vuelven tan á menudo ni con tanto vigor, antes poco á poco se vienen á apagar; así, si la alcanzan de nosotros, son mas récios y violentos á la vuelta, sepultando cási del todo á la razon: por tal modo, que el caer se resuelve en costumbre, para cuya extirpacion es menester tanto mayor fatiga, cuanto fuera menor contrastar en el principio á la pasion; porque veas cuánto importa el bien acostumbrarse á los principios. Mas ni por eso debe desconfiar el mal habituado: porque si porfiadamente se trabaja, no es imposible deshacer la mala costumbre con la buena: en especial ayudando á esto la gracia de Dios, la cual en un momento puede mudar de mal á bien, concurriendo juntamente nuestra industria, de que Dios en nuestras obras se

quiere aprovechar para mayor gloria nuestra. Porque si en esta contienda se soportare mayor afan, crescerá mas la causa del merescer, y será allí la corona mas gloriosa do fuere mas reñida la batalla : como á la verdad los cargados de mujer é hijos y familia, y los delicados de complexion hallarán mayores impedimentos que los libres de matrimonio y robustos de cuerpo; mas si los tales recurren continuamente á Dios, podrán llegar al mesmo fin que los otros supliendo la gracia lo que falta á la naturaleza. De suerte que no debe jamás el hombre dejar la empresa de se vencer á sí mismo, porque este es el primer precepto que Jesucristo nuestro Maestro da á los discípulos de su escuela, negarse á sí mismos, y aborrescer no solo al mundo, pero á su propio cuerpo. Y sin dubda usurpa el nombre de cristiano á quien esto le falta; porque, como dice sant Pablo, los que son de Cristo, han crucificado su carne con los vicios y concupiscencias de ella. Bien es verdad que hay algunas dolencias menos curables que otras, mas no por tanto se ha ninguno de desafiuciar, haciendo con la desconfianza del todo incurable la enfermedad : cual suele ser en los escrupulosos, que acobardados por excesiva consideracion, ó por mejor decir, imaginacion de sus defectos, no se osan hacer fuertes para se levan-

tar del descaimiento en que se hallan. Por diversa via caen en el mesmo inconveniente los presuntuosos, los cuales confian tanto en la divina misericordia, que do mas piensan ganarla, mas la pierden; y lo que les habia de ser cuchillo para cortar el lazo, les es lazo para reatar la consciencia. Tambien se curan con dificultad los tibios, que creyendo estar calientes están doblemente frios; y faltándoles la vida, viven contentos con sola la pintura y apariencia de la virtud. Mas sobre todas es dificultosísima la cura de aquellos que habiendo un tiempo estado en gracia de Dios, y habiendo gustado la dulzura del espíritu y experimentado la suavidad de Jesucristo, despues se arruinaron, y como de lugar mas alto dieron mas peligrosa caida: de quien el Apóstol dice ser imposible que vuelvan otra vez al ristre; no embargante que lo que á nosotros es imposible, es posible á Dios, á cuya arte y potencia ninguna llaga es incurable, si acudimos á él con entera esperanza de su misericordia: á él, digo, que puede hacernos en un punto de pusilánimes, animosos, de presuntuosos, humildes, de tibios, fervientes, de desesperados, confiados, volviéndonos no solo á la primera gracia que perdimos, mas aun á mucho mayor. Concluyendo, pues, este capítulo, digo: que si de nuestra parte nos

esforzamos á sojuzgar nuestras pasiones, con el favor divino, sin el cual es vano cualquier trabajo, alcanzarémos de nosotros mesmos y de todo vicio perfecta victoria.

CAPÍTULO II.

De la victoria de sí mismo en general.

Atenta y grande consideracion es sin duda menester para se entablar el hombre en ser cristiano. Ni se puede dar asiento en la vida, si no se toma algun tiempo y cuidado para con sosiego y reposo tratar de la forma y manera del vivir. Por tanto, cumple dar algunos dias de mano á todos otros negocios, y negociar á solas con solo Dios, recogiéndonos dentro de nosotros mesmos, porque, segun dice el Evangelio: *Regnum Dei intra nos est.* Pues en esta negociacion, dado que el caudal sea de Dios, ha de ser nuestra la industria. El principal aviso que hemos de tener, es en el conoscimiento de nuestra condicion. El demonio para sitiar y combatir nuestra consciencia reconoce primero las fuerzas y flaqueza de ella: rodéala con ojos solícitos para asentar la artillería do vee que mas daño le podrá hacer, y entrarla por el lugar donde mas flaca la hallare. Si nos ve inclinados á comer y beber, por allí nos mina con la gula: si somos co-

léricos, danos batería con la ira: si melancólicos ó flemáticos, acométenos con la pereza y acidia; y si pusilánimes, tiéntanos con escrúpulos: si ambiciosos y naturalmente confiados, hácenos guerra con la soberbia. En fin, rodea todas nuestras inclinaciones, y do halla el pedernal mas dispuesto, toca para sacar el fuego. Do vee que está la pólvora, hace saltar la centella; y de nosotros abrasa á nosotros con mayor facilidad. Este mesmo consejo hemos de tomar nosotros para le contraminar y saber acudir al reparo de lo mas flaco: ver á qué somos inclinados, y allí poner mas diligencia donde es mas grave la necesidad, proveyendo con mayor recaudo á aquella parte á que nuestro adversario necesariamente ha de acudir; porque no espera jamás vencernos, si no se aprovecha de nosotros en la conquista de nuestras almas. El médico tambien ante todas cosas conosce la complexion del enfermo, despues la dolencia y causas della: ni piensa curarla de raíz, si no es habiendo respeto y atencion al súbdito á quien ha de aplicar las medicinas. Semejante advertencia se ha de tener en esta cura del alma para conoscer bien nuestras cualidades, y no será pequeño remedio conocellas. Entendidos ya los vicios que mas naturalmente nos son, no nos armemos con una generalidad acostumbrada pa-

ra la guerra de todos juntos, sino entremos en campo con solo uno, el que mas nos fatiga, y vencido aquel, darémos tras el otro; y al fin de las siete vueltas caerán todos los muros de Hiericó, los cuales no cayeron con sola una. Allende desto hase de poner de nuestra parte particular solicitud en la guarda del corazon, porque deste todo bien y mal procede; no le dejando ociosamente discurrir en vanos pensamientos, de do nascen las vanas palabras, como dice el Evangelio: que habla la lengua de la abundancia del corazon, y aun tambien las malas obras, como en el mesmo Evangelio se escribe: que del corazon salen los adulterios, homicidios y falsos testimonios. Cumple estar á punto para distinguir la calidad del pensamiento que nos ocupa, que algo es vano, como de guerras y otras cosas impertinentes; algo supérfluo, como de pérdida de hacienda, de hijos, de deudos y otras semejantes desgracias: á las cuales, pues con pensar en ellas no se da remedio, convernia dalles de mano, siquiera por no afligirnos en balde, cuanto mas que el daño es grande para la consciencia. Ni mas ni menos, todo pensamiento de rancor y venganza, por mas que esté impreso en el alma, con repensar la pasion de nuestro Redentor ha de ser testado, y tal escritura hase de borrar con la sangre de Jesucristo;

pero sobre todo se requiere gran diligencia en desarraigar los pensamientos deshonestos, ora nazcan del demonio, ora de la carne, ora de nuestra mala costumbre; y esto se hará huyendo el ocio, la compañía y las otras cosas que acarrean semejantes imaginaciones, y armándose de continua oracion, de que en la guerra contra este vicio hay mas necesidad, por ser la victoria dél particular don de Dios. Con tales principios, en fin, llegarán los hombres á se vencer á sí mesmos, que es el intento de este libro, é intento principal de cualquiera buen cristiano.

CAPÍTULO III.

Del vicio de la gula.

El primer rencuentro en la batalla espiritual es contra la gula: que como la concupiscible naturalmente nos inclina al comer, proveido de la naturaleza para la conservacion de la vida, queriendo proveer á lo necesario, nos transporta á lo supérfluo. Y así es muy dificultoso contenerse en los términos de la necesidad y refrenar todo deleite demasiado en el manjar, que con tan justa color se toma; porque ó anticipando el tiempo, ó traspasando la medida, ó procurando supérfluas delicadezas, ó sabo-

reándonos con excesiva golosina en lo que comemos, ligeramente incurrimos en aqueste vicio, del cual luego nasce un escuadron de pecados que cercan el alma y por todas partes la combaten. Primero, aunque generalmente la gula es madre de muchos vicios, mas su hijo primogénito es el de la lujuria; que de vientre goloso es muy cierto el parto lujurioso. Despues se sigue la pereza, que como con la pesadumbre de la comida no se puede levantar en alto el corazon, teniendo las alas pegadas en la liga de la muelle carne; como con los humos del manjar la cabeza se carga de nublados, queda el hombre inhábil para la meditacion y oracion, y para cualquiera otro espiritual ejercicio. De ahí sucede el excesivo dormir acompañado de muy torpísimos y abominables sueños é inmundicias. De allí viene el parlar sin fructo; y de las infructuosas se salta en las dañosas, de las vacías en las súcias palabras, de los motes en las lástimas, de la conversacion en la detraccion: así el tiempo preciosísimo se pierde y con él el alma, cayendo desproveidamente en el infierno. Difícil cosa es vencer perfectamente la gula, así porque nasce con nosotros, y en la leche la mamamos: así porque es pelea muy ordinaria, y no la podemos huir: así porque con el velo de la necesidad muchas veces se cubre la super-

fluidad : así por la poca graveza que al parescer este vicio en sí tiene, y las muchas excusas que nosotros le hallamos pretendiendo razones sofísticas en conservacion de la vida y sanidad; y no miramos que no ha puesto Dios la delectacion en el manjar para satisfacer el apetito, sino solamente por salsa para despertarle á tomar solo lo necesario para conservar el cuerpo. Do la gula por el contrario no tiene respecto á la necesidad, sino al deleite; y con la demasía del comer gasta la salud que con la templanza se conserva. Séate, pues, regla general, que cuando y cuanto comieres sin haberlo menester, es pecado de gula; el cual conoscerás en tí por estas señales. Si previenes la hora sin causa manifiesta; si habiendo comido lo necesario, comes las otras viandas que de nuevo te ponen; y pudiendo cómodamente vivir con dos suertes de manjares, no te contentas sino con cinco ó seis: si creyendo que te hace mal, por el apetito que tienes, no lo dejas : si bastando poca diligencia, solicitas mucho la comida : si turbas la casa y riñes con la familia de que no guisan á tu sabor : si aun apenas acabada la comida piensas y hablas de la cena : si comes hasta hartar, si apresuradamente y con agonía, ó al revés muy de espacio entreniendo el sabor del gusto : si viendo algunas golosinas ó entrando en

huertas y viendo algunas frutas, no te refrenas de no picar y gustar de todo: si hablas de buena gana en diferencias de manjares y de vinos: si estás muy atento á que no pase la hora: si siendo súbdito, murmuras de las faltas que hay en la mesa. Finalmente digo, que como comiences á entender en este ejercicio, Dios te dará á entender lo que te falta para ser templado; y habiendo descubierto la llaga, procura con diligencia la medicina, y desconfia de vencer el segundo vicio y el tercero, no saliendo victorioso deste que es el primero, para el cual entre otros muchos remedios es muy bueno tener siempre en la mesa alguna santa licion y oirla atentamente; porque sin duda cuanto de mantenimiento rescibe aquella hora el alma, tanto de moderacion se pone al cuerpo. Bien paresceria cosa nueva en un seglar lecion de mesa, mas por cierto tengo que segun están estragados en este caso los cristianos, cualquiera reformacion de su claustra les parescerá novedad: y si les dijese que á lo menos moviesen alguna plática provechosa, tambien dirian ser pesado consejo el que les quita el mejor plato de su comida que es la conversacion, y aun personas habrá que bendecir la mesa y dar gracias despues de alzada, lo ternán por pesadumbre; á los cuales bastará decirles en qué casos la gula es pe-

cado mortal, porque siquiera se guarden de lo mas grave, ya que no estiman lo que es menos. El primer casó es cuando se quebranta algun ayuno de la Iglesia. El segundo cuando hace notable daño á la salud lo que se come ó bebe. El tercero cuando por la demasía del comer y beber se pierde el juicio, como en los beodos acaesce. El cuarto cuando el exceso es tan grande, tan costoso y ordinario, que las limosnas debidas á pobres se ensuelven en banquetes y glotonías, como del rico epulon en el Evangelio se lee : *Et epulabatur quotidie splendide.* El quinto cuando á causa del mucho regalo y demasiada cantidad alguno se vee peligrosamente tentado de la carne, y no embargante el peligro, todavía echan olio al fuego y cebo á la carnalidad. Finalmente, cuando uno fuese tan subjecto al vientre que entrase en el número de los que sant Pablo dice : *Quorum Deus venter est;* lo cual conoscerá, si ofresciéndose alguna otra cosa á que sea obligado de precepto, la traspasa por no hacer contra su golosina. Esto se ha dicho por los flojos ; que los diligentes y solícitos de su salvacion, como saben que de léjos viene el agua al molino, mayormente en los vicios carnales, guárdanse de las cositas pequeñas por no venir poco á poco á las grandes. Volviendo, pues, á los remedios de la gula, el mas singular de todos

es tener siempre en la memoria aquella hiel de que en su postrimera sed fue nuestro Redentor abrevado; y si posible fuese á cada bocado tener puestas las mientes en las llagas de Jesucristo, en breve tiempo esta mala llaga se sanaria. De la cual entonces conoscerás estar sano cuando entendido que el manjar se nos dió por medicina, no cobdicias mas al sabroso que al desabrido, con tal que te dé bastante fuerza y nutrimento. Veráslo tambien en si te traen con pesadumbre á pagar este tan importuno tributo al vientre; de cuyas impusiciones y servidumbres si una vez te libertas, nascerá en tu alma una continua alegría, verdadera señal de haber sopeado todo deleite de manjar exterior con el espíritu mantenido y lleno de interior consolacion.

CAPÍTULO IV.

Del vicio de la lujuria.

La segunda batalla nos da el segundo vicio, el hediondo pecado de la lujuria, cuyo aposento tambien es en la concupiscible. Y si para este encuentro no tomáremos las armas del espíritu, no hay defensa que baste; porque la batería dél es tan récia, que si Dios de su mano no repara y fortalesce la consciencia, sin falta dará por suelo con to-

do el edificio espiritual, que estriba sobre las cuatro esquinas de cuatro virtudes cardinales. Y caida al primero combate la columna de la temperancia, cae juntamente aquella de la fortaleza, no se haciendo el hombre fuerza á vencer su apetito : piérdese tambien la luz de la prudencia, como por la experiencia se vee en los carnales, que á guisa de brutos se les entorpecen los ingenios cerca de las cosas divinas, y aun tambien cerca de las humanas. En conclusion, padece detrimento la justicia no pagando una deuda tan debida á Dios, como es conservar su templo en toda limpieza, la cual es verdadero medio para ver á Dios que de solos limpios de corazon se deja ver, y es la justicia del reino del cielo do todos serán como Ángeles, si en la tierra como Ángeles hubieren vivido. Nasce en nosotros aqueste vicio primeramente de los sentidos, como de ver, oir y tocar cosas incitativas á lujuria. Por tanto siguiendo el ejemplo de Job, conviene hacer pacta con cada sentido que no pase la raya de la razon; porque si en esta primera estancia no se resiste al deleite, en continente salta á la segunda que algunos llaman cogitativa, otros imaginativa, do se anidan las malas representaciones, en las cuales el pensamiento detenido con deleitarse en lo que piensa, tiene por nombre en las escuelas cogitacion morosa;

y ansí cumple á la hora, antes que la pólvora prenda, traer á la imaginacion otras cosas buenas en que se ocupe, porque los malos pensamientos sean constreñidos y forzados á dar lugar á los buenos; y como dicen, con un clavo salga otro. Donde no, en un punto comienza la razon á ser herida del deleitoso beleño, el cual siempre por la mayor parte prende en aquellos que en este caso se descuidan; pero si aun hecha esta diligencia todavía persevera la tentacion, aquí es necesario con ayunos, vigilias y disciplinas ayudarse, ó ciertamente con oracion y contemplacion; porque de una parte sea este mal huésped alanzado con la aspereza del cuerpo, y de la otra, siendo el alma proveida de deleites celestiales, desprecie con el favor divino los carnales: otramente sea cierto el cristiano que el mónstruo pasará al postrimer aposento albergándose en la voluntad, la cual en consintiendo que pase, concibe y pare el pecado mortal. Y es mucho de notar que este voluntario consentimiento tiene muchos grados. El uno se llama sensual: como seria sin dañada intencion tocar la mano y complacerse en el tacto: digo complacerse de un cierto linaje de complacencia carnal, que conoscerás en el efecto por la alteracion y encendimiento de la carne; que á no haber mas que un deleite natural de tocar lo

blando ó lo templado, como podria acaescer entre dos mujeres que honestamente se tocasen las manos, tal caso no pertenesce al vicio de que ahora hablamos. El segundo grado es en la cogitativa, cuando la voluntad cási de propósito disimula y deja el pensamiento torpe perseverar con su deleite, en que peligran á las veces las mujeres viudas por la memoria de las obras pasadas con sus maridos. El tercero es un consentimiento condicional, como cuando el hombre querria que el tal deleite fuese lícito, ó le pesa que sea vedado. Y aquí suelen tener peligro las doncellas en pensar como se holgarian con aquel, ó con el otro, si fuese su marido. Todos estos hablando por términos escolásticos se nombran consentimientos interpretativos; porque se interpreta y declara que la voluntad quiere aquel deleite sensual, pues no lo impide pudiendo y debiendo, antes lo permite estar en el apetito sensitivo. Y aunque no falta quien en algunos destos casos, especialmente en el tercero, excusa de pecado mortal, lo cual no es cierto, dado que sea muy probable; pero ninguno puede negar el peligro de consentir, el cual quien no huye, segun la sentencia del Sábio, perecerá en él, como la experiencia con su propio daño mostrará á quien sin ella no lo creyere. El último grado es con absoluta y deliberada determinacion,

do expresamente consiente la voluntad en el mal, aunque lo deje ó por temor de la honra, ó por otro cualquiera humano respecto, ó porque falta oportunidad para cumplir aquel mal deseo, en el cual la culpa del pecado es ya cumplida, puesto que no intervenga la ejecucion exterior. Mas como al principio de aqueste tratadillo dijimos, de súcios pensamientos se viene ordinariamente á súcias obras; y quien comienza á descender la primera grada, por sus pasos contados dará consigo en la postrera, y de escalon en escalon, sin lo echar de ver, caerá en el profundo, donde por las manifiestas culpas conoscerá cuáles fueron las ocultas que con los vaivenes de las imaginaciones torpes solia cometer, amenazando la caida en que despues se halló. Pues, veamos ahora cuántos son los males que deste solo mal proceden. Primeramente hace á los hombres hombres de noche, que como lechuzas, ú otros animales nocturnos, no pueden alzar los ojos á ningun resplandor ni hermosura celestial. Item, hácese el hombre inconsiderado, que ni teme daño ni vergüenza, ni tiene respecto al bien que pierde, ni al mal en que incurre; porque el vicio á que está atado, le trae en torno cubierta la vista como á bestia de noria, ó como á Sanson los filisteos sacados los ojos en la tahona. Finalmente de tal suerte se

ciega la razon que todo el afecto que se habia de emplear en Dios, se revuelve al mundo; y todo el cuidado que se habia de poner en el alma, se traspasa al cuerpo: ni se sabe ya imaginar otro paraíso, salvo revolcarse en el cieno del lujurioso deleite, é ya que alguna vez levanta el corazon á Dios, es para le demandar ó gracias mundanas ó bienes temporales; que otros ni los desea, ni los estima, y aun á las veces este abominable vicio trae al hombre á un fastidio de Dios y de las cosas divinas, y solo aquello le cae en gracia que no desdice á sus torpes deseos. La licion de santos libros le aborresce, las buenas pláticas le enfadan, la oracion le da en rostro, de la santidad propia desespera, la ajena le amohina, los humanos consejos le importunan, las divinas inspiraciones le remuerden. En fin, toda buena consideracion le es molesta; porque el miserable deleite le tiene tan captiva el alma que le hace tener odio á todo lo que pone embargo en los placeres de la carne; y así le pesa que haya leyes en contrario, que haya infierno, que se le acuerden sus pecados, que haya inmortalidad del alma y eternidad de siglo advenidero con breve término y conclusion de toda su felicidad presente. Donde viene que la fe no le es mas que una hiel en la miel de sus carnalidades; y cuando le representa ó la eterna bien-

aventuranza de los buenos, ó la perpétua mala ventura de los malos malditos, cae en una mortal accidia, y comienza á vacilar en la firmeza de la fe con una confusion de varios pensamientos: que es la Babilonia, la cual edificó el amor propio cresciendo de dia en dia hasta venir al desprecio de Dios y de sus divinos preceptos. Tal es la cola desta monstruosa serpiente, que luego luego tan halagüeño y blando rostro nos muestra: tal es el remate del vicio de la lujuria que su poco á poco vino á asolar la fábrica de la virtud hasta los fundamentos della.

CAPÍTULO V.

De los remedios contra la lujuria.

Así que conviene esforzarnos para la victoria deste vicio, conosciendo primero la raíz de donde nasce, que principalmente es la ociosidad, albañar de lujuriosos pensamientos; la cual desterrarémos de nosotros con el continuo ejercicio, proporcionado á la complexion y calidad de cada uno. Digo proporcionado, porque no todo ejercicio conviene á todos: á los robustos de cuerpo el mejor es ocuparse en obras de trabajo corporal; y las que fueren mas piadosas y provechosas al prójimo, serán mas medicinales á esta llaga, mayormente si se mezcla siempre al-

guna breve oracion; pero los que son flacos y delicados deben poner todo su esfuerzo y fuerzas en los ejercicios interiores, como son liciones, meditaciones, oraciones; mas ni con todo esto nos podrémos defender de aquesta bestia si no le atajamos los pasos: quiero decir la gula, la cual, segun arriba dijimos, dispone gravemente á la lujuria; y sobre todo la conversacion de aquellas personas que con su vista ó con sus palabras nos inducen á tal vicio. Brevemente estas y cualesquier otras raíces se han de sacar, y no solo segar la mala yerba; que á cabo de tres dias tornará de nuevo á crescer. Ni se provee bien á los malos fines, si no se provee á los medios, que paso á paso nos llevan á tales fines. Que á este propósito mandó Dios á Loth y á su mujer cuando los sacó de Sodoma, que ni volviesen á mirar atrás, ni parasen en ningun lugar cercano. Lo cual cuánto fuese necesario nos enseñó bien la inconsiderada mujer, que pareciéndole no haber peligro en volver los ojos, se volvió en una sal; porque quiso ser mas sabida que convenia, y no creyó que quien de Sodoma se quiere librar, conviene que aun no la mire, cuanto mas dar otras muchas y muy grandes ocasiones mas propincuas al vicio; las cuales el que no huyere, no huirá el efecto dellas. Ni es necesario traer para en prueba de todo esto el excelente ejem-

plo de Dina hija de Jacob, ni el de David rey de Israel; pues los ejemplos son tan cotidianos cuanto son los mesmos dias. ¡Cuántos hay que proponiendo y prometiendo con mil juramentos la enmienda cuando la Cuaresma se confiesan, como perros al vómito y puercos al lodo, no quitando la primera ocasion, vuelven á la primera lujuria. ¡Oh si pluguiese á Dios que los confesores y penitentes abriesen los ojos para ver que esta es la principal causa de tantas recaidas, y que por pequeños excesos y mal regimiento cayendo y recayendo nunca acaba el hombre de sanar! Dormir en blanda cama, comer delicados manjares, vestir muy sotiles y delgados lienzos, ataviarse de preciosas y olorosas ropas, en fin vivir vida regalada no es grande exceso; mas es tal que pudo san Pablo decir: La viuda que así viviere, viviendo muere. Ni mas ni menos reir, gorjear, decir un requiebro ó una palabra poco honesta, poco mal es si lo miramos en sí; pero el Apóstol, mirando lo que de allí se sigue, por muy grave lo encareció donde dijo: Fornicacion y toda inmundicia, palabras livianas, ó torpes, y chocarreras ni se nombren entre vosotros. Dábale el Espíritu Santo á conoscer que quien ha de ser casto, ha de huir el mirar desenvuelto, las hablas deshonestas, la conversacion peligrosa, la vida regalada, la li-

cion de libros no limpios, el pensamiento de cosas torpes: que de semejantes raíces ó á la corta, ó á la luenga nascen los frutos de lujuria; é ya que no nazcan, no caresce de culpa ó amar ó no aborrescer las causas de la caida, aunque no caigas con efecto; porque á este fuego no quitar la leña es encenderlo, á esta pasion no quitarle el objeto es moverla. Y dado que queramos fijar los piés, junto al despeñadero no podrémos, que el lugar es tan peligroso que deslizarán los firmes, cuanto mas los deleznables, á los cuales su misma flaqueza los ha de recelar de sí; porque la ocasion, por pequeña que sea, pone en estrecho á los flacos, mayormente en esta lid, do cuanto el combate es mas récio, tanto es mas rara la victoria. Tambien es menester tocar con instante y frecuente oracion á la puerta del cielo, porque la virtud de la castidad, como ya en el segundo capítulo fue dicho, es sobre nuestras fuerzas y don especialísimo de Dios; y si me dijeres que has demandado muchas veces á Dios esta merced y no te ha oido, yo te respondo que no es posible ser falso el dicho de Nuestro Señor Jesucristo: *Omnis qui petit, accipit;* sino que tú no pides sino con palabras, y Dios no entiende á quien no entiende á sí mesmo, ó ya que haces oracion, no te aparejas de tu parte á rescebir esta gracia con quitar los impedimen-

tos della. Poco le aprovecharon á sant Hierónimo las oraciones en Roma hasta que apartándose de los inconvenientes, aprendió en el desierto que huyendo y orando aquesta guerra se vence. Así que ten por cierto que si fielmente pones tu industria, y con deseos mas que con palabras ruegas á Dios que ponga su gracia, sin falta saldrás victorioso de aquesta batalla; mas acuérdate de estar siempre bajo, porque la humildad conserva la castidad, y el que se enaltece ó con ufanía del don que posee, ó con desprecio del prójimo que no le posee por justo juicio de Dios; juntamente perderá lo que de Dios no meresce, y caerá en la flaqueza de que en su prójimo no se compadesce. Y si quieres conoscer cuándo has aquesta excelente virtud de la castidad adquirido, mira si tienes el alma encendida y aficionada á la puridad así interior como exterior; porque como tener un desenfrenado ardor y encendimiento de la carne es señal de ser esclavo de la súcia lujuria, así haber por el contrario revuelto el amor á la limpieza es argumento de poseerla, especialmente si conversando con personas que provocan al pecado, y ofresciéndose cosas deshonestas á los sentidos, ni el alma ni el cuerpo se mueven á cosa deshonesta; porque como el lujurioso de la vista de las personas honestas saca deshonestidad, así el

verdaderamente casto, viendo cosas lujuriosas no se envicia, antes se enciende mas en el deseo de la virtud con el asco y aborrescimiento de la torpedad que vee: como de santa Inés leemos, que llevada por fuerza al lugar público, no solo no le amancilló su puridad, mas de súcio fue hecho limpio, y con la presencia del cuerpo y alma casta se convirtió la morada de torpes mujeres en templo de puros Ángeles.

CAPÍTULO VI.

De la ira.

La parte irascible, como ya dijimos, nos fue dada para defension de la concupiscible. Por lo cual, si en algun bien nos hacen estorbo, ó si con algun mal nos quieren hacer molestia, súbitamente el corazon se conmueve, y todos los miembros se arman de ira para acudir á la defensa. Y si esta potencia se emplease en aquello para que de Dios fue ordenada, no solo no seria empecible, mas utilísima y necesaria; por lo cual yerran aquellos que culpan á la naturaleza en la culpa que ellos tienen ó por no refrenar el movimiento natural como podrian y debrian, ó porque la saña que se habia de tener contra el vicio la revuelven contra el prójimo: como si con las armas hechas pa-

ra amparo de la república matase alguno los propios hijos; ó como si el mastin puesto por el pastor para guarda de las ovejas volviese los dientes contra ellas. Queriendo, pues, hablar de la ira, la cual primeramente en esta parte nos ocurre, que de ira tomó el nombre: digo que si la tomamos por un subimiento de sangre ó de cólera al corazon, ni es meritoria, ni demeritoria; ni pecado, ni virtud. Mas cuando ahí sobreviene con el consentimiento del deseo de venganza, á la hora se comete la culpa, salvo si el tal apetito no fuese reglado de la razon, que entonces la saña se llamaria celo. El cual cuanto á la obra no se discierne del enojo culpable, como de Moysen se lee, que airado derramó mucha sangre con sus propias manos; pero en el mismo tiempo el alma estaba con tranquilidad de dentro, aunque menos de fuera se mostraba. De suerte, que cuando el auctoridad pública y el oficio que tenemos nos compele al castigo de los otros, este tal coraje no le llamamos aquí ira; porque no solamente no es vituperable, mas es loable, como seria tambien si alguno se ensañase contra sus mesmos vicios, y se castigase porque los cometió; pero en otros casos el airarse es vicio: ni cabe excusarlo con decir que los primeros movimientos no están en nuestra mano, y que la cólera es un humor natural, que sú-

bitamente echa los humos á las narices; porque sin dubda cuanto el hombre fuere mas pronto á se desculpar, tanto será mas insanable: como al revés, el que conosciere su mala costumbre ó descuido de no se ir á la mano, con mas presteza buscará la medicina de la llaga que en sí ha visto. Bien sea verdad que este vicio á las veces anticipa la razon de suerte que el hombre que lo tiene, aun no lo echa de ver: algunas veces la ciega, y muchas en tanta manera se enseñorea del alma, que de todo punto la perturba, hasta traer al hombre á blasfemar á Dios, ó matar al que menos querria que tocarse á sí en sus ojos. Porque este fuego és tan maligno, que con la humareda que de sí levanta, del todo entenebresce la vista del entendimiento; mas esto no ha de ser excusa, sino espuela para procurar enmienda de la pasion que en tanto grado saca de tino á la razon, y conduce á muchos otros vicios; los cuales ó son sus hijos, ó á lo menos sus compañeros, porque no puede ser ira sin soberbia, como quiera que jamás se halló hombre humilde que fuese iracundo. Allende desto es causa de ordinaria tristeza, porque nó se pudiendo vengar, queda con un amargor y acedia desasosegado, la cual tambien se sigue volviendo el hombre sobre sí, cuando pasada la furia reconosce el desatino que pasó. De la ira tambien sa-

len las injuriosas palabras, las contenciones y rencillas, las blasfemias y enemistades, y aun á las veces las pérdidas de familias y de pueblos. Item, es el iracundo incomportable en la conversacion, porque fácilmente, y de pequeñas causas se enoja: la avaricia, cuando le tocais en los dineros, le indigna; la gula, cuando el comer no está á su modo, le ensaña; la soberbia, si le llegais á la honra, le embravesce: brevemente, en todos los vicios prende por livianas ocasiones; y cien veces al dia de las burlas y de las veras voltea la razon de un hombre furioso, y turba la conversacion de los amigos, y revuelve la casa y personas con quien trata. Por donde el sábio Salomon aconseja que ningun cuerdo tome amistad con hombre iracundo, que es inhábil para ser amigo de nadie: mayormente que entre los amigos se comunican cosas secretas; y como el airado sale de sí, por un pequeño desabrimiento os lastima con descubriros el secreto que mas os importaba. Ciertamente si el iracundo supiese el peligro que tiene, ternia piedad de sí mismo, porque ni deste mundo goza, ni del otro, á desesperacion del cual algunas veces la impaciencia le trae, y aun el demonio que le venció en este pecado, luego le entrega á otro su compañero para que en otro vicio le despeñe, y á cada paso le pone tropiezos con que le

hace caer, y con cualquiera cosilla atiza el fuego, ó por se apoderar cada hora dél, ó por le hacer mas continuos desabrimientos, que aun en esto se venga de nuestra naturaleza.

CAPÍTULO VII.

De los remedios contra la ira.

Algunos en el remedio deste vicio son tan bestiales que no pueden quietarse si con el mucho gritar y reñir algun rato, no desfleman, echando de sí el fuego de que están abrasados, los cuales verdaderamente son incurables; porque con la ira piensan aplacar la ira, como si algun ignorante con ejecutar el apetito de la gula, ó de la lujuria, pensase apagarla, como á la realidad de la verdad antes se encienda mas. Algunos otros porque tan fácilmente se desenojan cuanto fácilmente se enojan, no les paresce muy grave este defecto, y ansí como la cura no les es de importancia, todavía perseveran en el mal; los cuales debrian pensar que muchas heridas, aunque no mortales, alguna vez serán causa de muerte ni mas ni menos que una sola mortal. Otros hay que reservan la ira en el corazon, y allá se la cuecen en su pecho; y aquestos, aunque no hacen mal á los otros, hácenlo á

sí tanto mas peligrosamente, cuanto la llaga es menos infame por ser mas encubierta. Y aun hay personas afables con los de fuera de casa, que á los suyos son intolerables, como quiera que habrian de ser al contrario; porque la paciencia, aunque sea necesaria para con todos, mucho mas para con los domésticos. La cura deste vicio es una perseverante oracion en la presencia de Dios. Digo perseverante, porque la ira humana provoca la divina: por lo cual el iracundo no meresce así presto ser oido; pero debe tanto llamar á la puerta hasta que le cumplan su deseo. Ayudará tambien á la oracion que hiciere, con buenas consideraciones, como será pensar en la brutalidad de aqueste vicio, el cual de hombre transforma en bestia, y agora le enciende en llamas y le turba todo el rostro, agora le torna amarillo como cera, que es la peor ira, á tiempos le hace mudo, á tiempos le saca la lengua de todo tino: en suma, corazon, ojos, labios, manos y piés, y todo el hombre conturba de tal modo que á mirarse á aquella sazon en un espejo no seria menester otro medio para aborrescer este vicio, y trabajar por enmendarnos dél, siquiera por salir de la servidumbre de un furioso tirano que nos despoja del sosiego y paz del alma, nos priva de la razon, en que somos semejantes á Dios; de la mansedum-

bre, por la cual especialmente somos sus hijos; de la benignidad y blandura exterior del gesto, por la cual somos hombres, y de hombres nos vuelve en fieras con la braveza así exterior como interior en que nos pone. Y es de notar que la ira tiene grados: el primero es cuando el apetito de la venganza es solamente interior: el segundo cuando ya sale afuera, y se publica con algun desden, ó mofa, ó bufido exterior: el tercero cuando procede en alguna palabra injuriosa contra el prójimo, como serian llamarle necio, judío, cevil, bellaco y semejantes otros oprobios y denuestos; y no me da mas que los digan con la lengua, que los signifiquen con alguna señal, como dando una higa, ó haciendo una O con los dedos en el pecho siniestro: el último cuando la iracundia hace poner las manos en la persona con quien está el hombre airado. En todos estos casos cuando la venganza que se desea es injusta, es pecado mortal. Digo injusta, ó porque el prójimo no la meresce, como desearle la muerte, no habiendo hecho por qué; ó porque dado que la merezca, el ejecutor no ha de ser persona privada: ó porque puesto que es oficial público, no desea ni ejecuta la venganza con respecto de la justicia, sino por satisfacer á la mala voluntad que tiene. Pero será venial en dos casos, que se excusa de mortal: el uno es

cuando el mal que se desea al prójimo con la ira, es liviano; como si enojado con algun muchacho le diese un repelon: el otro cuando el ímpetu de la ira fue tan súbito que no se pudo fácilmente refrenar, no embargante que hubiese alguna negligencia en tirar la rienda, ó por la mala costumbre, ó por el descuido que los cristianos tienen en estar sobre el aviso dándose sofrenadas y gobernando la furia de su apetito. Y los padres con los hijos, los señores con los criados, y en general los superiores con los inferiores no pecan mortalmente en este vicio, salvo si la pugnicion fuese notablemente excesiva, ó si al modo de desairar desordenadamente se consiguiese alguna blasfemia consentida y deliberada. Cumple luego buscar los remedios oportunos, como es proponer á menudo de no se dejar transportar de la cólera, antes soportar cualquier injuria ó desabrimiento; y aun esforzarse alguna vez á pedir perdon á quien le ha ofendido, y acordarse sobre todo continuamente de la muerte, á la cual quien con tal vicio llegare, será á otra eterna, por el demonio que en esta vida le venció, llevado; do á mal de su grado le harán sufrir no solo palabrillas y pequeños desdenes, sino terribles injurias y gravísimos tormentos; y será la impaciencia perdurable y sin remedio, porque cuando hubo tiempo no se pu-

sieron los que habia. Entre los cuales no es el menor considerar el sufrimiento incomparable de Dios ansí con los otros que cada dia le hacen millones de ofensas, como con nosotros mesmos, que siendo los que somos nos disimula, calla, sufre, sustenta, provee con infinita paciencia y mansedumbre. Mas sobre todo remedio la meditacion de Cristo crucificado apaga las inflamaciones de la ira, como al fin de este tratado mas largo dirémos. Y entonces te podrás juzgar victorioso de aqueste adversario, cuando creerás firmemente que toda la adversidad, de cualquiera parte que venga, te ha sido de Dios procurada ó para castigo de lo pasado, ó para te humillar en lo presente, ó para preservarte en lo futuro; en fin para medicina del alma y renovacion de la consciencia. Y ¿quién no sufrirá pacientemente la mano de tan buen Padre? ¿quién se quejará de tan amoroso Médico? ¿quién se enojará cuando Dios le trata como á sus amigos, á sus queridos, á sus regalados? ¿Á quién le pesará de padescer por compadescerse con Cristo para ser juntamente con Cristo glorificado? ciertamente á solo aquel que deste vicio fuere captivo. Del cual captiverio quien hobiere alcanzado victoria, terná prontitud en amar al enemigo, como si jamás ofendido le hubiese, ni se turbará viviendo en compañía de

personas ásperas, antes las sopertará con ánimo tranquilo, aunque á tuerto le ofendiesen, conosciendo que son ministros de la justicia de Dios, y loando la gracia del que por su infinita misericordia le dió la virtud de la invencible paciencia.

CAPÍTULO VIII.

De la acidia.

Acidia en su propia significacion quiere decir tristeza; mas porque triste y perezoso son tan hermanos que por maravilla se aparta el uno del otro, al fastidio y pereza que á los tristes se consigue, llamamos acidia dando el nombre de la causa al efecto, como en otras muchas cosas acontesce. Así que primeramente conviene saber que en la parte irascible, allende de la ira fundada en el humor colérico, hay otra pasion de tristeza fundada en el humor melancólico; la cual no siendo de sí buena ni mala, se hace ó buena ó mala segun que es obediente ó rebelde á la razon; y si no fuere regida con moderado freno, conduce el alma á desesperacion, vicio sobre todos los otros peligroso. Luego cuando el pavor, ó de la muerte ó del infierno, ó de no poder arribar á la virtud (que con estos y semejantes miedos este vicio nos saltea), digo que cuan-

do cualquiera tristeza, ó temor de que ella nasce, nos acometiere, es menester salir valientemente al encuentro; porque cuanto mas nos acobardarémos y apocarémos, tanto se hará mas gallarda la pasion. Pero es de notar que hay dos maneras de tristeza: la primera nasce de mala costumbre ó de mala voluntad, como algunos se entristescen de no se poder vengar, ó alcanzar alguna otra cosa que viciosamente desean; y desta dijo sant Pablo: La tristeza del siglo obra muerte. La segunda nasce de la memoria del pecado y de haber ofendido á Dios; y desta dijo el mismo Apóstol: La tristeza que tomamos segun Dios, obra penitencia y acarrea firme y perdurable salud; y esta en ningun bueno nunca jamás falta ó por las culpas propias suyas, ó por las culpas ajenas. Destos dos linajes de tristezas, cuanto es la primera viciosa, tanto es loable la segunda; porque como aquella ciega la razon y corta la esperanza del perdon, así esta otra trae consigo luz y confianza de la divina misericordia. Mas aun aquí es mayor el peligro de la melancolía y pusilanimidad; porque como el motivo sea justo, paréscele al melancólico que tristeza de pecados no ha de tener medio, pues es extremado aquel contra quien ellos se hicieron: y así el demonio con el medio le quita el remedio, haciéndole declinar á los ex-

tremos, unas veces por cualquier cosita á lágrimas y tristeza excesiva, otras veces por huir desto, á risa liviana y ligera disolucion: en que conoscerás ó por la mucha pesadumbre, ó por la mucha ligereza que eres prisionero de aqueste vicio. Y cuando el exceso mezclado de abatimiento y liviandad te hiciere caer en la cuenta desto, no cargues la culpa á la naturaleza inocente, la cual esta y otra cualquier pasion plantó en tí para ejercicio de la virtud; mas loa á tu Criador que tal te hizo para te coronar por la victoria de tí mismo. Cuanto mas que si tu natural te induce de una parte al mal, de otra te dará ocasion de muchos bienes: lo primero el melancólico desprecia fiestas, aparatos y pomposas vestiduras, de do vienen infinitos inconvenientes: allende desto es inclinado á piedad, por ser de corazon tímido, y ansí tiene materia de se ejercitar en obras pias, y meditar la pasion de Cristo, y llorar sus pecados y los del prójimo: despues no se fatiga de perseverar en soledad, la cuál debidamente frecuentada para la quietud del alma, y apartando el hombre del desasosiego de la compañía, le apareja para el reposo y paz de la vida contemplativa; de suerte que queriendo bien emplear aquesta inclinacion, no solo la sanarias donde algun mal te transportase, mas sacarias della mucha ganancia con la

buena diligencia y granjería. Y porque la enfermedad no conoscida no se puede curar, has de saber que una suerte de tristeza procede de la mala costumbre que de entristecernos por toda cosa á nuestro apetito contraria hemos contraido. Sabida, pues, la causa de aquesta, esfuérzate por contraria costumbre á soportar toda cosa adversa hasta tanto que vengas á padescer voluntariosamente. Una otra tristeza es mas difícil de curar, en la cual cayendo el hombre y viendo la causa, desea enmendarse; pero si de nuevo recae, la tristeza se dobla, y con un pecado se acrecienta otro; mas en tal caso revolviéndose el hombre á Dios, no es imposible la cura. La tercera tristeza es cási incurable, de los que estando profundamente tristes, no saben por qué lo están; y si con alguna razon quieres persuadirles que se consuelen, mucho mas se entristescen, porque el demonio les ha hecho entender que les es natural; y ansí se apodera dellos con mayor facilidad. Mas si cesaren de aquesta falsa imaginacion, y recurrieren con instancia y vigilancia á Dios, quitarán de sí aqueste beleño: y no te maravilles que para cada vicio te encomiendo particularmente la oracion, porque sin duda todos los otros remedios valen nada sin ella, y ella vale algo sin los otros. Es aqueste demonio de tanta malignidad y presun-

cion que se desdeña á las veces de nos tentar en cosas pequeñas, antes por la mayor parte procura de inducir á desconfianza de poder llegar al colmo de la perfeccion, donde el ánimo se envilesce y resfria con el desmayo fingido; y aun hartas veces pone cobardía en aquellos los cuales serian para mucho si se esforzasen.

CAPÍTULO IX.

De los remedios contra la acidia.

Por manera que es necesario cuidado y diligencia para curar esta llaga. Y dejando aquellos que por abundancia de humor melancólico son tristes, porque la cura de estos conviene mas al médico corporal; y el hombre cuerdo no les habia de oir la confesion de las dolencias del alma, sin que primero le hubiesen purgado con consejo del físico del cuerpo: digo que si tienes el alma enferma de tristeza, principalmente debes mirar si estás en mal estado, porque sin falta el alma sin Dios y sin virtud naturalmente se atrista, faltándole todo su bien, mayormente cuando pasado ya el deleite transitorio de la carne siente el espíritu la llaga que el pecado dejó hecha; y para esto singular medicina es el sacramento de la Penitencia, que descarga el

peso que daba el pesar y tristeza al corazon: pero si la enfermedad nasce de ocio, ó es causada por secreta sugestion del enemigo, el remedio es ocuparse en algun ejercicio convenible; y por virtud desto y de la oracion fácilmente alcanzarémos salud. Mas si tienes uso de te entristescer por las cosas adversas que cada dia en la vida presente ocurren, sabe que la raíz de tu mal es porque siendo muy amigo de tus antojos, querrias siempre las cosas se hiciesen á tu sabor, y ansí seria buen medio proponer continuamente de romper tu propia voluntad y seguir siempre el parescer ajeno, porque como quien desea hacer á su modo, conviene que muchas veces se entristezca, así quien sojuzga su propio querer, vive siempre en alegría. No seria mal consejo someter tu voluntad á la de otro que no te dejase obrar conforme á tu contentamiento, el cual en tanto que lo procurares en la tierra, sé cierto que no lo hallarás. Muchos queriendo guarescer desta enfermedad, buscan diversos pasatiempos y recreaciones, los cuales no solamente no mejoran, mas siempre empeoran; porque durando poco semejantes solaces, dejan al alma mas fastidiosa que primero, permitiendo Dios que las criaturas do pensaron hallar consuelo acresciente la congoja que solian tener: do por el contrario convendria buscar

el consuelo de solo Dios, acordándonos de aquella admirable sentencia: *Delicata est divina consolatio, et non datur admittentibus alienam.* El siervo de Jesucristo contento está sin contentamiento; y no solo sufre las adversidades con paciencia, mas aun las desea; y aun mas te digo, que venidas, se baña en ellas como en agua rosada, y la tribulacion le consuela mas que la prosperidad, el dolor le regocija mas que el mismo gozo, y milagrosamente las tristezas se le convierten en alegría. Lo cual solo aquel sabria entender que lo ha gustado; pero créalo en tanto quien se le hace duro de creer, por la experiencia de los Sanctos. David, considerando que las tribulaciones eran castigos de Dios, teniendo ojo á la mano do venian, dice: *Judicia tua jucunda.* Job, entendiendo el provecho que los gusanos le hacian, dice: *Putredini dixi: pater meus es tu; mater mea, et soror mea, vermibus.* Sant Pablo viendo que las fatigas presentes son prenda del descanso venidero, y favores que Dios siempre ha hecho á los que ha querido hacer semejantes á su unigénito Hijo, dice: *Superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* Ni mas ni menos, si tú creyeres firmemente toda adversidad serte dada de Dios para tu salvacion, rendirle has mas gracias por lo adverso que por lo próspero; pues en esto se perdieron mu-

chos, y en aquello pocos ó ninguno. Y es de saber que la acidia es pecado mortal en tres casos. Primeramente en unos hombres á quien el hábito de pecar les ha hecho aborrescibles las cosas divinas; y cuando se hallan tan léjos del Padre y patria celestial, se entristescen oyendo ó pensando que hay en la otra vida felicidad eterna para los virtuosos, ó se amohinan de ver personas sanctas para quien Dios tiene su gloria aparejada: que en estos tales reina el fino vicio de la acidia, simiente del odio que los condenados tienen así á Dios, como á sus hijos adoptados para la herencia del cielo. Tambien es mortal cuando el hombre se entristesce de las obras necesarias á su salvacion, como de verse obligado á ser casto, ó justo, ó de no se poder vengar de alguna injuria que ha rescebido. Lo tercero cuando la tristeza le fuese causa de olvidar, ó dejar de cumplir algun precepto de Dios ó de la Iglesia, como acaesce en algunos tristes, que caidas las alas del corazon, se olvidan, descuidan, ó emperezan en cosas á que son obligados so pena de pecado mortal; pero si la tristeza no es consentida ni deliberada, aunque sea en cosas cuales acabamos de decir, no será mas que venial; y tambien cuando es de otras no necesarias á la salud, como seria entristescerse de dar limosna, ó de hablar verdad, cuando no hay

obligacion para ello. Y así lo seria el exceso de cuitarse mucho en las adversidades, con tal que la voluntad estuviese determinada á no ofender á Dios, el cual no se ofende mortalmente por estas pequeñas tristezas que hemos dicho; mas en fin le cae en no sé qué desgracia el siervo que le sirve con mohindad, porque, como dice sant Pablo: *Hilarem datorem diligit Deus.*

CAPÍTULO X.

De la pereza.

La pereza, como ya dijimos, algunas veces se funda en tristeza y melancolía; otras pero en humor flemático; mas ahora nazca de aquí, ora de otra parte, no es vicio menos dañoso que el de que en el capítulo pasado hablamos. Son ambos igualmente poco conoscidos y malos de remediar; y así conviene abrir los ojos, si queremos ser victoriosos dellos. La pereza de su naturaleza es tardía y pesada, y el demonio que della tienta, no hace sus saltos peligrosos al principio de la obra, sino al medio, porque no se lleve á debido fin; y si no la puede impedir, llama en su socorro al espíritu de la vanagloria, por amancillar de soberbia al que no ha podido de pereza. Y ansí aquestos dos demonios se dan la mano el

uno al otro, no embargante que al parescer tienen fines contrarios, el uno de levantar, el otro de derribar. Pero ya vemos que el artero luchador solivia á las veces al contrario para le hacer dar mayor caida; y otras para echar mas alta una piedra la solemos abajar. Nasce, pues, en algunos este vicio ó de complexion flemática, ó de débile y tímido corazon, ó ciertamente de alguna flaqueza, ó enfermedad del cuerpo que hace al alma perezosa en bien obrar. Tambien sin estas ocasiones corporales nasce en la mesma alma ó de poca capacidad, ó de poca experiencia, ó de poca esperanza de alcanzar aquello que desea; y aun á vueltas, de no hacer muchos y valientes propósitos; y aun de ser el hombre además voluntarioso, queriendo proceder delante su guia, y acabar primero que comience la obra. Mas cuanto á las causas exteriores, puede proceder del ocio y de las compañías, ayudando á ello la tentacion del demonio, cuyo oficio es, ya que no puede atraernos al mal, estorbarnos y retraernos el bien. Do quiera que tenga su nascimiento, es necesario combatirlo con ánimo varonil, y por ningun accidente desmayar; pues la gracia es sobre las fuerzas de la naturaleza y del demonio: ni es imposible, por mas flacos que seamos, que tratando fielmente con el pequeño caudal á nosotros

concedido, podamos igualar en mérito á aquellos que son mas fuertes que nosotros: como la viuda evangélica mas agradó á Dios con dos cornadillos, que los ricos con sus ofrendas mayores en cantidad, pero menores en voluntad, y por consiguiente en merescimiento; porque Nuestro Señor no tanto mide las fuerzas cuanto el deseo, antes en la casa de Dios deseo sin fuerzas vale mucho, fuerzas sin deseo valen nada. Así que conviene hacer generalmente resistencia á todo vicio, porque todos conducen á pésimo fin, y transforman al hombre en bestia; mas en especial á la pereza, cuyo beleño todas las buenas obras mortifica, y no las deja llegar á perfeccion: en contrario cumple abrazarnos de contino con la perseverancia, tomando una sancta porfía y loable teson en llevar adelante el bien que hubiéremos comenzado. Y pues este maligno es tan importuno que en todo lugar, tiempo y obras nos pone cerco, debemos tambien nosotros con firme propósito resistirle, tanto con mayor diligencia cuanto á hacer nido en nuestras almas, sacará pollos mas pestilenciales, como son sospechas, juicios temerarios, murmuraciones, detracciones y otros pecados sin número; porque el ocio no puede jamás estar en ocio, antes cuanto menos se ejercita en el bien, tanto mas se precia en el mal. El ocio arrui-

ña al alma, empobresce el cuerpo, hace al hombre lisonjero, parlero, novelero; el ocio en fin engendra á la pereza enemiga de todo virtuoso ejercicio. Desta viene la tibieza, la cual nos adormesce y sepulta en una nescia confianza de nuestra salud, fundada sobre falso en la piedad divina. De allí, alejados del rigor y aspereza de la virtud, nos transporta á pasatiempos exteriores, haciéndonos deseosos que pase el tiempo, como si él no pasase mas apriesa que á los flojos les seria menester; y venido el cristiano á este punto, las mas de las veces es incurable, no porque absolutamente Dios no pueda, sino porque la gran dificultad llamamos, conforme á las divinas Escrituras, imposibilidad. Pluguiese á Dios, dice sant Juan en el Apocalipsi, que fueses ó caliente, ó frio; mas porque eres tibio, yo te vomitaré de la mi boca. Do se muestra sanar mas dificultosamente el tibio, que el frio; porque siéndolo, y no conosciéndolo, no se procura el remedio, y así la frialdad es insanable. Nasce de la pereza un otro vicio llamado apostasía: porque como el religioso arrepentido de la promesa hecha y vuelto al siglo se llama apóstata; así aquel que en la vida de Dios se atibia y vuelve atrás resfriándose de su primer propósito y fervor, justamente meresce el mismo nombre; cuya obra conoscerás en tí, si en el

tiempo pasado tu deseo era ardiente, y ahora se ha resfriado, y piensas no ser necesario tanto hervor. Mira tambien si te sientes tentado de la fe, y te huelgas de la poner en disputa y de conversar con gente tibia, y por el contrario los varones de espíritu ferviente no te son apascibles, antes te parescen pesados é indiscretos; que tales son las señales de apostasía y apartamiento de Jesucristo, á la cual no se viene en un momento, mas poco á poco y de grado en grado. Por lo cual, segun el aviso ya otras veces repetido, es menester esquivarse los hombres de las culpas pequeñas, si no quieren venir á las grandes, y de aquestas á las grandísimas encadenándose el alma en la cadena y costumbre de pecar, la cual cuanto mas cresce, tanto menos se conosce, porque de dia en dia al gusanillo de la consciencia se le gastan los dientes, y aun se le vienen á caer, ó á lo menos de cansado deja de roer; y si muerde, hácelo tan lentamente que no hace sentimiento, y al fin es como centella de fuego, que cuan presto levantada, tan presto apagada; y esta es la peor señal que puede ser de una consciencia rota, que á do con mucha y continua amargura habíamos de hacer memoria de las ofensas hechas á Dios, las hacemos sin las echar de ver; y las inspiraciones divinas, que habian de ser truenos pa-

ra nos despertar, son murmullo para nos adormescer. Aqueste discurso he hecho para que ninguno se deje prender de la pereza, antes ponga toda su fuerza para la sacudir de sí; porque siendo de tantos vicios acompañada, venciendo á ella, con una batalla ganarás muchas coronas venciendo juntamente á sus compañeros.

CAPÍTULO XI.

De los remedios contra la pereza.

Y podrás vencerla á la hora que con una importuna violencia derramarás lágrimas de corazon, haciendo fuerza á la naturaleza, considerando que de todo tiempo inútilmente gastado has de dar estrecha cuenta; el cual te conviene restaurar con doblada fatiga siendo de aquí adelante tanto mas ferviente cuanto hasta aquí has sido mas perezoso. Es tambien gran remedio sujetar tu voluntad á otros que guiarte sepan; porque no podrá jamás echar de sí esta fiebre espiritual el que de su propia voluntad no hubiére salido vencedor. Bien sé que en nuestros tiempos se hallan pocas guias tales que con su doctrina abran el camino, y con su ejemplo pongan espuelas á los flacos, y con su conversacion inflamen á los tibios, y con su vida animen

á los mortescinos é negligentes; pero no te faltarán libros de Sanctos que te darán luz y fuego con que juntamente resplandezcas y ardas, entre los cuales es sant Juan Casiano, sant Bernardo, sant Buenaventura, sant Vicente, *De vita spirituali:* el *Contemptus mundi,* que se intitula de Gerson. Es tambien singular libro el *De simplicitate vitæ christianæ* de Fr. Hierónimo de Ferrara, y otro que está escrito en lengua italiana llamado *Espejo interior,* que por ser extremadamente provechoso, trabajaré que en breve se traslade en nuestra castellana. Estos avivados y como acerados con las *Meditaciones* de sant Agustin podrás tener en lugar de maestros; y no temas que Dios te falte, si tú no te faltas á tí mesmo. Y si quieres conoscer cuándo la tu sanidad se acerca, guarda como la sujecion te deleita y cuán voluntariamente te ocupas en la meditacion de la muerte, la cual es maravilloso despertador de los soñolientos y perezosos; la cual á los infieles se representa con pena, á los fieles sin ella. Mira tambien como cresce en tí cada dia mas el deseo de la perfeccion: brevemente, no podrás ser seguro de la salud en aquesta parte irascible, si primero no sanas la concupiscible; la cual es raíz de todas las pasiones. Por tanto examínate como estás en todos los sentidos enteramente mortificado;

que esta nuestra carne es una falsa raposa, y hácese muchas veces morticina, y tiene siete almas, segun el comun vulgar proverbio dice del gato. Y en conclusion si sintieres que amas las tribulaciones cuanto el vulgo comun de los cristianos las aborresce, á la hora serás cierto que has vencido al pecado de la pereza. ¡Oh dichoso tú cuando á tal estado llegares! porque hallarás en el dolor alegría, en las penas gozo, en el desplacer contentamiento, felicidad en las miserias, y todo bien en todo mal. Lector mio, no te baste leer aquestas cosas; mas toma las armas contra estas monstruosas fieras de tus propias pasiones, que este es el único medio de la gloria tuya.

CAPÍTULO XII.

De la avaricia.

Resta agora enseñar en qué modo se pueda alcanzar victoria contra los vicios de la parte racional, que por ser en nosotros la superior, es principal raíz de que se mantiene la buena y mala disposicion de la parte sensitiva, de cuyos vicios arriba hemos hablado; y aunque no se funda en complexion y humores corporales como esta otra, pero las inclinaciones del cuerpo muchas veces atraen á sí los apetitos del

alma; y por la mayor parte cada cual juzga de las cosas conforme á como es inclinado á ellas: y habido respecto á que ordinariamente nos dejamos llevar de nuestra condicion, bien pudo decir el otro: *Tal es cada uno, cual es su inclinacion*, como quiera que habia de ser al revés; que la señora no se ha de regir por la sierva, sino poco á poco hacerla á sus mañas y modo, cómo á labradora que entra en casa de algun señor. Pero mal podrá templar el destemplado; y si la racional vive sin razon, no podrá poner en ella á la sensitiva; por lo cual conviene tener suma solicitud en que esta nuestra porcion superior sea en sí muy regida y gobernada, sujetándose á Dios, para que sujete ella tambien á su inferior. Luego ante todos los otros vicios de la voluntad, el primero que se nos ofresce, es el de la avaricia, el cual no es á los hombres connatural como los pasados de la irascible y concupiscible; mas nasce de consciencia desordenada, porque como buscar hacienda para suplir las verdaderas necesidades del cuerpo es acto de prudencia, así por el contrario procurar lo supérfluo, y apropiar á sí mismo lo que habia de ser comun, contraviene á la discrecion humana, y es manifiesta señal de rotura de la consciencia. Si los avaros no fuesen imprudentes, bien verian no ser la hacienda la que da contenta-

miento, pues vemos á muchos ricos siempre solícitos en adquirir, sin gozar de aquello que han adquirido; y por el contrario vemos algunos pobres que con alegría continua comen eso poco que Dios les dió: el cual discurso si los hombres tuviesen, no tomarian tanto afan por alcanzar lo que despues de alcanzado no hace alegres á sus posesores. Nasce tambien aqueste defecto de poca fe y confianza en Dios, que provee de todo lo necesario á buenos y malos, y aun á las avecillas del cielo, como dice el Evangelio; y piensa el hombre mísero que le ha de faltar el agua que á las bestias sobra, como si el Señor de todos no tuviese mas particular providencia y cuidado de mantener á sus siervos, que á los pájaros del aire, y peces de la mar, y lagartijas de la tierra. Procede allende desto la avaricia de apetito desconcertado, que sin mirar por qué ni cómo, desea las riquezas sin tasa, no se poniendo límite ni término en el desear conforme á las necesidades ordinarias de la vida, para tener una competente pasada en tanto que duráremos en ella; y aun la raíz principal en los mas suele ser la soberbia que hace cobdiciar sin medida las riquezas, porque desmedidamente cobdicia la propia excelencia y ventaja sobre los otros; donde proviene que la competencia en el valer hace á porfía competencia

en el tener: no se quita por eso que no pueda haber diferentes estados en el mundo, conviene á saber, pobres y ricos; mas quítase la escaseza y la insaciable cobdicia del dinero, la cual al presente reina en la mayor parte de los hombres, que andan hoy dia tan atentos á esto como si otra felicidad no se hallase. De aquesto los padres amonestan á los hijos, y de la tierna niñez los hacen idólatras del oro: de aquesto son las comunes pláticas de los maridos con sus mujeres: en esto afanan los dias, en esto se desvelan las noches; y en fin como aquí tienen su tesoro, aquí tienen su corazon. Muchos con todo se excusan so color de no venir en necesidad, y no caer en alguna gran miseria; y no advierten que la continua congoja es miseria doblada, y que la avaricia hace á los hombres sumamente miserables. ¿Cuál de las dos cosas, te pregunto, es mas molesta, contentarnos con dia y vito, como dice sant Pablo, ó padescer cotidianos tormentos y congojas intolerables por acrescentar sin ningun fin los bienes que poseemos? y no los poseemos pues somos esclavos de ellos, y ellos nuestra cadena. Dirásme no quiero yo mas que dia y vito; pero temo que no me falte. ¡Oh miserable pecador! ¿temes que te falte la hacienda, y no temes que te falte la vida? ¿miras que no se disminuya el patrimonio,

y no miras que tu ser se disminuye? ¿Por qué razon, con qué seguridad te prometes mas dias á tí que á tus dineros? ¿y has miedo de perder el oro, y no perder el moro? que moro te puedo llamar, pues te falta la fe del Evangelio. Apacienta Dios á Elías en un yermo con el ministerio de los cuervos: á Daniel en el lago con la comida de Habacuc: á los ciervos y conejos en los campos, á los gorriones en el aire, ¿y crees tú que dando en abundancia de comer á las criaturas irracionales, que al hombre, al cristiano, al siervo de Jesucristo, á quien Dios ama tanto que le da su cuerpo y sangre; imaginas, digo, que le ha de faltar la sustentacion? salvo si no piensas que Jesucristo no mantiene á quien mantiene á él, esto es á sus pobres: salvo si no crees que negará lo temporal á quien comunica lo eterno. No hay luego que temer las sombras de las necesidades por venir: no hay que pretender mas excusas para cubrir tu avaricia: conosce la verdad, y siente que eres siervo de la pecunia. Dicen otros: menester es atesorar para los hijos, segun la doctrina del Apóstol; y cosa justa es poner cada cual á sus descendientes en estado, y tener respecto á su persona y condicion; los cuales van muy fuera de camino, porque convernia que un rey que tuviese diez hijos, tuviese tambien diez reinos para de-

jar á cada uno tanto cuanto á él le dejó su padre. Necesario es, dices, tener cuidado de los hijos: es verdad, pero como lo tuvo aquella viuda, que siendo madre, no prepuso los hijos al pobre Elías: de poco le dió parte, y diólo en hambre, y en hambre de hijos; mas no se les quitó lo que se dió á pobres, antes con una pequeña limosna desterrando la avaricia desterró la necesidad. Muchos hijos te espantan: pecados de muchos están á tu cargo, y con muchas limosnas los has de redimir: no te hagas tú solo padre dellos; gánales al Padre celestial, y la herencia que les quieres guardar, depositala en manos de Dios. Este sea su tutor y su curador, y suceda en la hacienda con ellos, porque como heredero principal, como hermano mayor provea á los otros menores. Cuanto mas que semejante disculpa es sofística; porque si tienes gran número de hijos, yo te pido: cien ducados mas ó menos ¿qué les podrán hacer ni deshacer repartidos entre tantos? Y si tú no osas sacar estos ciento del monton, argumento es claro que no es la causa los hijos, sino la mezquindad. ¡Oh cuántos por dejar ricos á sus herederos se van al infierno! oh cuántos pasan miseria en sus mesmas personas por allegar para quien en un mes juega lo que el padre ganó en diez años! oh cuántos se dan mala vida para que con

sus trabajos no agradescidos otros la tengan buena! Gran locura es por cierto, aunque no hubiese leyes humanas ni divinas, perder tú el sueño por quien dormirá á pierna tendida, y ayunar tú para quien será gloton, guardar para quien derramará, echar la hiel para quien le pesa que se te alargue la vida que le es estorbo para que no goce de tu hacienda. Algunos tambien dicen que tienen mucha gana de tener por hacer bien á muchos; y es grande engaño, que estos son los que despues mas se olvidan. Así que ninguna color hay buena para desear riquezas, porque es un apetito que no se apaga con tenerlas, antes se enciende mas: es fuego que nunca se harta por mas leña que le eches: es tierra que no se satisface por mas cuerpos que sepultes en ella: es mar que ningunos rios la hinchen: es infierno que con ningun número de almas se contenta: es hidropesía que ninguna agua la amata la sed: finalmente es perro rabioso, que cresce mas la rabia, cuanto mas lo cebas, y el mejor medio es ó atarle, ó matarle. Grandísima es la ceguedad deste pecado aborrescible á Dios y á los hombres. ¿No entenderia el avariento que la hambre del tener no está en el arca, sino en el alma? y si así es (como lo es) mal podria matar la hambre del alma con la plata que se cierra en el arca; y no solamente

ciega los ojos del alma, mas aun cierra las orejas para no oir los clamorès de los pobres; y aun los ojos corporales aparta, que no los miren; y si alguna vez los mira, enduresce tanto el corazon, que no hace mas sentimiento en él la miseria del pobre que si fuese de piedra. Hace este vicio á los hombres inhumanos y crueles, sin respecto á naturaleza, ni amistad, ni deudo, ni conversacion, ni conosciencia, ni ley humana, ni divina. Es padre de la envidia, cebo de la soberbia, principal orígen de la injusticia, de las fraudes, de los robos; en fin, como sant Pablo afirma, de todos los males. Es el lazo y red con que el demonio mas ata y enreda las almas: es pecado, á quien el Apóstol llamó con gran razon idolatría, porque hace al avariento que tenga por su ídolo al dinero: á este busca, á este adora, á este sirve, este pone sobre su cabeza. ¡Oh! pues el desasosiego que trae en la consciencia, es un mar océano con ordinarias crescientes y descrecientes, y con olas continuas, que siempre combaten el corazon: allende desto apoca el ánimo del hombre, envilécele, estréchale, abátele: ni le deja honra, ni ser, ni ningun pensamiento alto: déjale tal cual es el topo, que siempre escarba en tierra, y della se mantiene: amigo de tinieblas, enemigo de toda buena comunicacion, porque la compañía

no le necesite á gastar, y la soledad le ahorre de todo gasto. ¿Qué diré de los efectos deste vicio? ¿qué diré de tí, avaro captivo? señor paresces, y eres siervo: paresce que mandas, y eres esclavo: la honra que este tirano te hace, es que la cadena con que te aherroja, no es de hierro, sino de oro. Una cosa á lo menos ten por cierta, que no podrás juntamente servir á Dios y á la hacienda, porque, como dice el Evangelio, son dos señores contrarios; el uno dice: da á los necesitados: el otro, no les dés: el uno abre la bolsa, el otro la cierra: el uno manda, sey piadoso: el otro, sey duro; en conclusion, avaricia y cristiandad no caben en un vaso, ni hallo yo vicio mas repugnante á la ley cristiana, la cual es ley de caridad y misericordia. Hanse avariento y cristiano como lobo y oveja, que aquel no da, antes quita; esta no quita á nadie lo ajeno, y da á todos, aun hasta la vestidura de lana que le sale de las entrañas. Mas te hago saber, que por mas ansia que tengas de ser virtuoso, no aprovecharás cosa, si amas el tener. Un mancebo en el Evangelio solamente dejó de seguir á Cristo por ser aficionado de sus posesiones; y con haber guardado los mandamientos, y con estar muy deseoso de entrar en la escuela del Evangelio, pudo tirar mas la aficion á la pecunia que la buena habilidad y disposi-

cion que tenia para la virtud; y así nuestro Redentor, movido á piedad, exclamó diciendo: ¡Oh cuán dificultosamente los aficionados al dinero entrarán en el reino de los cielos! Por tanto conviene con toda diligencia curar este monstruoso vicio; y no lo curas, si primero no lo descubres; y descubrirlo has por estas señales. El avariento está siempre congojado, y con temor que le ha de faltar: ordinariamente habla de hacienda y granjería: muchas veces vuelve á contar su dinero: fácilmente juzga á los otros por desperdiciados y gastadores: sospecha que sus hijos y criados le son infieles: de nadie se fia, salvo de la llave: de todos teme y se guarda. Cuando se hace algun gasto en su casa, por pequeño que sea, lo riñe y murmura: si le es necesario dar cualque cosa, dala de mala gana: vánsele los ojos tras el oro y plata. Estas y otras señales semejantes, si tú vieres en tí mesmo, sabe que estás encadenado en la avaricia; y si no procuras de quebrar la cadena y salir con tiempo de la prision, irrecuperablemente serás de dia en dia sojuzgado de la cobdicia, porque esta llaga, cuanto mas se llega á la vejez, tanto mas se renueva, y auméntase su vigor cuando mas faltan las fuerzas del cuerpo. ¡Oh maldito apetito, que á la hora eres mas ardiente en que menos hay la necesidad, y en-

tonces cresces cuando la vida está mas al cabo! Y acontesce muchas veces que este mal reina mas tiránicamente en los eclesiásticos y religiosos que mas habian de despreciar al haber de este mundo; en los cuales este vicio así como es inexcusable, es tambien por la mayor parte incurable: y hay en las religiones algun descuido en vencerlo así porque no es infame, como porque á los principios no tienen en qué mostrarlo; pero andando el tiempo, dándoles algun cargo, allí se descubre la mala inclinacion que nunca fue vencida porque nunca fue combatida; y á mi parescer es feísima cosa en tal linaje de personas este pecado, porque en pequeñas riquezas, y esas ajenas, hacerse uno vil y escatimado es embeodarse de mal vino quien de su voluntad dejó otro bueno que pudiera beber: y aunque generalmente la avaricia deshace la nobleza y generosidad del ánimo; mas en especial contraviene á un desprecio de las cosas terrenas, al cual las personas voluntariamente dedicadas á Dios y á la pobreza, son tenidas; y aun como las mas veces este vicio se descubra en los cargos que se dan en los monasterios, hace á los Perlados odiosos á los súbditos, y que en su pensamiento los tengan en poco, porque naturalmente despreciamos á los miserables: esles tambien causa de caer en

muchas faltas, mayormente con los enfermos, que por no gastar con ellos los dejan muchas veces mal pasar.

CAPÍTULO XIII.

De los remedios contra la avaricia.

Cumple, pues, hacer un corazon noble y liberal, para lo cual es buen remedio esforzarse á hacer limosnas y vencerse á dar á aquellas personas de quien no se espera retorno : despues hace al caso huir la compañía de los avaros, cuya conversacion hace semejantes á ellos; mas sobre todo lo que mas desarraiga la avaricia, es encender el alma en ardiente deseo de las cosas divinas, porque fácilmente se menosprecian las terrenas cuando se gustan las celestiales. Aprovechan tambien las consideraciones del bienaventurado sant Juan Crisóstomo : la primera es de los antepasados ricos que se murieron sin se aprovechar de sus tesoros, y muchos dellos los dejaron á herederos ingratos y enemigos: la segunda, que los pecados cometidos en allegar hacienda ninguno los pagará por nosotros: la tercera, cuán poco presta ganar todo el mundo, si nuestra alma padesce detrimento : la cuarta, considerar aquel rico avariento en el infierno, que le faltó una gota

de agua para refrescar la lengua, porque le faltó en la tierra liberalidad para dar refrigerio al menesteroso Lázaro : la quinta, mirar qué fin tuvo el miserable Judas, de cuya perdicion la raíz fue la cobdicia. Es tambien útil para mitigar este fuego, llorar las culpas, porque como por el tiempo que uno llora á su hijo, no se acuerda de la hacienda; asi el que de veras llora su pecado, con la memoria deste olvida las negociaciones y fatigas. Ni es de poca utilidad considerar que el rescate de la maldad es la liberalidad con los pobres, y que desta sola se ha de pedir expresa y señalada cuenta mas que de ninguna otra virtud, el dia del juicio, segun que escribe san Mateo en el capítulo xxv. Y porque nuestro intento es enseñar tambien á los cristianos en qué casos los siete vicios son pecados mortales, has de saber que primeramente la avaricia es mortal, cuando se opone á la justicia : esto es, cuando tiene uno voluntad injusta de tomar, ó retener lo ajeno; en lo cual pecan los ladrones, los usureros, los negociantes y mercaderes que en algo engañan á sus prójimos, ó dejan de restituir lo que deben, con cobdicia de la hacienda. Lo segundo es mortal, cuando el deseo de tener es sin tasa ni medida; porque los tales que así desean, ciertamente toman la riqueza no por medio, sino por fin : lo cual se po-

drá conoscer en los efectos, si la avaricia te hace traspasar la ley de Dios ó de la Iglesia. Lo tercero en el caso en que la limosna es de obligacion; porque entonces, como la liberalidad está en precepto, la avaricia contraria es contra él, y por el consiguiente es mortal; y nota que segun la doctrina de los Santos, el repartir los bienes temporales con los pobres, es en dos casos necesario: el uno es cuando la necesidad es ó extremada, ó muy grave, como es la de la vida, ó de la salud, ó del estado, ó de la honra; que en semejantes accidentes no sufre la ley de buena amistad y hermandad no proveer al necesitado, en especial cuando lo puedes proveer á poca costa: en lo cual hoy dia los hombres viven muy engañados, y algun dia se parescerá, digo al tomar de las cuentas. El otro caso es cuando alguno posee dineros supérfluos: y llámase supérfluo lo que sobra despues de proveidas las ordinarias necesidades de la vida, conforme al estado y condicion de la persona. Donde por la mayor parte caen los ricos que entierran dineros, y atesoran sin fin mas de para fines sombríos y soñados, y para necesidades no verdaderas sino fantaseadas: é yo no sabria limitar puntualmente el cuándo y cómo, y cuánto, é á qué personas son obligados los ricos á proveer; ni les sabria dar mejor y mas seguro reme-

dio que el que sant Pablo escribe á Timoteo diciendole : Á los ricos deste siglo mándales que no sean altivos, ni hagan torres de viento, ni confien en la incertidumbre de sus riquezas, sino en Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia á fin que gocemos dellas. Mándales que hagan bien, que sean fáciles en dar y comunicar sus posesiones y hacienda : mándáles que se enriquezcan de buenas obras, y atesoren para fundar bien el edificio por venir que han de tener por morada sempiterna : que no se asgan de las hojas, ni abracen las sombras, sino la vida verdadera. Hazles saber que los que quieren en este siglo presente ser ricos, caen en la tentacion y lazo del diablo, y en varios deseos, é inútiles y aun dañosos, que llevan á los hombres á muerte y perdicion ; porque la raíz de todos los males es la cobdicia, por cuyo apetito algunos erraron el camino de la fe, y se metieron en muchos dolores. Esta doctrina admirable del Apóstol han de tener los cristianos por espejo de sus almas y freno de sus deseos desordenados, de los cuales á la hora conoscerás ser victorioso, cuando con alegre ánimo sufrirás la pérdida de la hacienda ó en todo, ó en parte ; y no solo por huir los cuidados y solicitud della, mas por amor de la virtud te deleitarás de ser pobre, y á imitacion de Jesucristo crucificado desea-

rás quedar sin ningun arrimo terrenal, aunque sea en un estiércol, desechado como el buen Job; el cual no tuvo pena en perder las riquezas, porque no tuvo gozo en poseerlas.

CAPÍTULO XIV.

De la soberbia.

La soberbia es apetito desordenado de la propia excelencia; y en las honras se llama ambicion, en las alabanzas y gloria de los hombres se dice vanagloria, en la excesiva confianza de sí mesmo se nombra presuncion, en las palabras grandiosas solemos llamar jactancia, en el contentamiento de sí mesmo tiene por nombre vanidad y ufanía; pero generalmente al deseo de ser excelente y aventajado en cualquiera cosa que sea, decímosle soberbia, principio de todos los pecados, enemiga capital de Dios: á la cual no solo desampara la divina misericordia, mas derechamente contradice y resiste la divina justicia. Debria por tanto la razon como solícito guardian estar en continua vela, porque la inconsideracion es principio de toda soberbia; y para extirpar esta mala raíz cumple tener mil ojos, segun es sotil y varia y de pocos advertida. No faltará quien requerido de su amigo se

esforzará á le favorecer con toda posibilidad, no tanto por la afeccion que le tiene, cuanto por la que tiene á sí mismo : quiero decir, no tanto por remediarle, cuanto por mostrarse que es hombre de bien y valeroso para aquello y mucho mas : hé aquí soberbia oculta con el velo de la amistad. Habrá otro que se abstenga de hacer alguna buena obra con recelo de no poder salir della á su honra, y perder la reputacion; y esta es fina soberbia, colorada de prudencia y discrecion. Hallaréis personas que se retraen para dar mayor salto, y se abajan para mas subir: esto es, que so color de humildad dicen de sí mil males y sonles sabrosos en su propia lengua; los cuales si las tachas que ellos de sí publican, las oyesen de la ajena, las oirian desabrida y aun impacientemente. Otros por ignorancia se creen saber lo que no saben, y tener mas agudo ingenio que tienen; y así están mas contentos y pagados de sí, de lo que deben : porque ser ignorantes de sí mesmos no es disculpa bastante deste vicio, antes la orígen dél es falta de conoscimiento propio. Algunos viendo en el prójimo alguna excelente virtud, se trabajan por la menoscabar é disminuir, y fácilmente se persuaden cualquiera imperfeccion en los otros, paresciéndoles que la gloria ajena se resuelve en deshonra propia; y esta es clara so-

berbia, la cual en todas las cosas desea singularidad, aunque en todas generalmente se mezcla : en el vestir con las supérfluas pompas, en el hablar con las elegantes palabras, en el comer con las preciosas y delicadas viandas, en el corazon con los altivos pensamientos ó juicios temerarios; y así son pocos los que de sus manos se escapan por ser ponzoña tan universal, que en bienes y males prende : que hay hombres que aun del mal hacer se ensoberbescen, como de haber engañado á sus prójimos, de haberse vengado de su enemigo, de haber cometido un adulterio : tanta es la maldad de la soberbia, que aun en el vicio pretende ser eminente, y causa ufanía de aquello de que los hombres se habian de meter debajo la tierra. Pues, ¿qué dirémos de aquellos que no hacen el bien, y dicen mal de quien lo hace, llamándolos beatos, hipócritas, santuchos, y otros semejantes nombres? porque como su tibieza y flojedad no llega á la penitencia y hervor de aquestos, han de infamar la santidad ajena porque no pierda la gente la estima dellos. Mas bien son tontos los que por la grita destos tales ó hacen ó deshacen algo; temiendo ser escarnescidos de aquellos que son dignos de toda mofa y escarnio : no lo hizo así Jesucristo, el cual si hubiera tenido la vergüenza de la cruz, no nos hubiera redimido de

la muerte. Volviendo, pues, á nuestro propósito, nasce aqueste vicio en muchas maneras, y es dificultosísimo conoscerlo, y mas vencerlo. Á veces una soberbia produce á otra, como en aquellos, los cuales por ser superiores á los otros son pródigos, y hacen gastos no menos excusados que vanos. Otras veces sale de su contrario, esto es de la humildad: como si uno se vistiese de sayal por se mostrar humilde y despreciador de ricas ó curiosas vestiduras; y este es lazo mas peligroso, porque el vicio va transformado, ó por mejor decir confitado con la apariencia de virtud. Tambien suele proceder dé la crianza; y en esta parte grande es la culpa de los padres en criar los hijos é hijas pomposamente y con excesiva libertad: los cuales mas al propio son carnífices y sayones de sus hijos que padres, porque comienzan á criarlos para el infierno en la mesma vanidad y crianza que Lucifer los pornia, si él como ayo los criase. Y puesto que la soberbia en los niños no pueda echar grandes raíces, porque la tierna edad no es capaz del vigor y fuerza deste vicio; mas con todo es gravísimo daño hacerles mamar con la leche el beleño de la locura y altivez, comenzando desde el principio de la vida las torres de viento que en el discurso della poco á poco se levantan: y de aquí viene que la costumbre y la usan-

za pone un velo á la soberbia, y hace estado de lo que no se puede hacer sin pecar. Allende desto, sin los ejemplos deste vicio tan cotidianos y canonizados por el uso, él mesmo secretamente nos saltea por todas y en todas partes; algunas vueltas en el principio de la obra, como cuando pensando nosotros en hacer alguna limosna secreta, nos provoca por mil respectos la hagamos pública: algunas veces en el medio por nos la estorbar, ó en el fin por la estragar, como cuando de la buena obra que hacemos nos levanta algun humillo, ó de la que hemos hecho nos hace loar á los hombres para nos dar vano contentamiento: y hay veces en que nos incita á ser fervientes en el bien, esperando podernos corromper mas con la soberbia intencion, que ayudar con la diligente solicitud; y si aquí desfallesce, quítanos luego el hervor é ímpetu que nos habia dado; y de ahí nos induce á dejar la obra comenzada con miedo que nos pone de no poder perseverar en ella, y que al fin la dejarémos con mayor afrenta: si esto no alcanza, muévenos á obrar indiscretamente, aumentando nuestros ayunos y asperezas porque seamos mártires del demonio. Tambien nos persuade que nos demos mucho al estudio de la ciencia especulativa, porque dejemos la práctica, y que nos ocupemos en la vida contemplativa, porque

perdamos el ejercicio de la activa, como hacen muchos doctos, á los cuales seria mejor ser ignorantes que dar cebo continuo á la presuncion con la continua licion: porque saber disputar de la humildad sin experiencia della no solamente es de poca utilidad, mas es de mucho daño; y dado que en cualquier linaje de personas este vicio se albergue, pero en unos mas que en otros. Sobreedifica, segun ya dijimos, muy á su placer sobre el fundamento que estaba echado de natural complacencia, en aquellos que de niños delicadamente se criaron: tambien tienta señaladamente á los magnánimos, los cuales por natural inclinacion proponen siempre á su pensamiento cosas grandes y singulares; y aun expresamente acomete á los pusilánimes, que no siendo para grandes empresas, temen ser despreciados, y tanto mas apetescen la loa cuanto menos en sí conoscen de qué ser loados. Pero al fin mas que todos son combatidos deste viento los ingeniosos y sábios por natural preeminencia que en el ser propio de hombres sobre los otros tienen; y porque lo digamos en suma, tienta este demonio á los incipientes, haciéndoles parescer toda cosa que hacen mayor de lo que es: tienta á los proficientes, poniéndoles celadas y asechanzas á todo paso por les hacer volver atrás; ni perdona á los per-

fectos, ingeriéndoles cualque airecillo de vanagloria. De suerte que no es fácil reportar de aqueste vicio la victoria; porque cada uno de los otros tiene su virtud contraria, mas la soberbia hace guerra juntamente á todas las virtudes, como quiera que de la castidad, de la templanza, de la humildad saca igualmente materia y ocasion de nos ensoberbescer: los otros vicios faltan al cabo con el tiempo; mas la soberbia en la vejez es mas fastidiosa, y con la flaqueza del cuerpo toma fuerzas para le arrogar mayor autoridad, y aun despues de la muerte pretende conservar su dominio, como en los enterramientos pomposos y sepulturas superbas se muestra. Ora ¿quién podrá sopear este vicio que en todo lugar, tiempo, persona y obra tan valientemente combate, salvo quien con Cristo crucificado primero se transformare? pues ya á venir á solas seria mas tolerable. Mas mira desta raíz cuántos ramos salen: el uno se llama curiosidad, la cual siempre tira á cosas nuevas é sin fructo: el otro es la ligereza del alma, la cual estando sin peso, nunca está jamás en un propósito, mas como pluma al viento cada hora le muda: el tercero tiene por nombre vana alegría, la cual con una liviandad de risa hace perder la mesura á todos los miembros del cuerpo. Nasce despues la jactancia que siempre se gloría y

ufana de lo que ha hecho y dicho, y aun de lo que nunca le pasó por pensamiento. De ahí viene la singularidad en decir y hacer cosas nuevas, las cuales no pudiendo sustentar con razon, salta en una clamorosa arrogancia; y con protervas y desmesuradas palabras quiere defender la primera locura. Sucede luego la presuncion y confianza de sí mesmo; y si hace algun defecto en lo que presuntuosamente emprende, confúndese de lo confesar: de do nascen las falsas disculpas, el cargar la culpa á otros, y la confesion fingida indigna de absolucion. De ahí se da èn ser rebelde contra Dios despreciando ó dando de mano á la confesion, y viniendo en una libertad de pecar sin freno; y doliéndose que haya preceptos que le retraigán, desea ser libre y suelto de todo yugo y atadura. Desta mísera y diabólica libertad procede el último ramo, que es la costumbre de pecar, con un tener en poco la ofensa que á Dios se hace. Tales son los ramos deste árbol del todo contrarios á los del árbol de la vida que es Cristo, el cual por dar eterna confusion á la soberbia quiso nascer, y vivir y morir humilde y manso, eligiendo todo aquello que el soberbio huye, y despreciando todo aquello que el soberbio estima: do se manifiesta ser aqueste vicio tan errado cuanto Jesucristo acertado; y entre otros sus yerros no

es el menor que por maravilla consigue lo que desea. La gula llévanos siempre al deleite, aunque algunas veces, como dice Salomon, hace pagar el escote, y con los dolores del estómago se venga de la golosina de la lengua. La ira nos lleva á la venganza, no embargante que acaesce vengarse primero de nosotros que de nuestros enemigos; pero la soberbia, bien que siempre pretende gloria, con todo, por mas que le fatigue, no la alcanza, porque es como sombra que huye á quien la sigue, y sigue á quien la huye; antes por la mayor parte da vituperio, y en lugar de levantar abate, y á trueque de honra da verdadera ignominia, no digo con Dios, sino aun con los hombres, segun que Hieremías del soberbio dice, que es como mar fuerte y sin sosiego, cuyas olas saliendo de su medida, redundan despues en ser pisadas.

CAPÍTULO XV.

De los remedios contra la soberbia.

Resta ya conoscer la enfermedad para que pueda mas fácilmente ser curada, no embargante que aun despues de conoscida difícilmente se remedia. Y bien que de las cosas dichas en el precedente capítulo se pueda comprehender cuándo el alma está to-

cada de este *noli me tangere;* pero con todo hay otras señales en que el soberbio se conosce, el cual se ufana del linaje noble y generoso, como por el contrario se afrenta si es de baja suerte y tiene viles parientes: aménguase de vestirse pobres ropas, de conversar á gente pobre, en summa rescibe empacho de todos los compañeros de la pobreza. En el hablar alza la voz, en el mofar se adelanta, en el detraer del prójimo es el primero, en la conversacion es porfiado; y cuando no sale con la suya, queda amargo y desabrido: entristéscese cuando no se sigue su consejo: alégrase de la confusion y corrimiento de los otros: no obedesce de buena gana sino á su posta y en aquello á que su voluntad se inclina: atribúyese las obras y fatigas ajenas: lee los libros de otros, y oye su doctrina no por ser discípulo sino por ser juez: desdéñase de leer é oir doctrinas simples y llanas, las cuales cuanto menos tienen de ingenio, tanto mas tienen de espíritu; y por ser menos sotiles no son menos provechosas. Estos son claros indicios de soberbia; pero mas secretamente se descubre en personas espirituales, como si uno dijese renegad de tanta sanctidad: dad á Dios tanta cerimonia: ya se pasó el tiempo de las asperezas del yermo: los padres de aquella era eran de otra complexion. Tambien el ser uno muy escrupuloso, y

congojosamente cerimonioso no es sin soberbia, porque quiere ser singular, y cree mas á sí que á los otros. Ni mas ni menos si alguno pensase que es humilde, seria dobladamente soberbio. Ni jamás el hombre se debe persuadir hasta la muerte que es libre deste mal; antes siempre de nuevo le hará guerra como si cada hora comenzase: y si el demonio nos quiere hacer entender que no somos soberbios, hagamos experiencia de nosotros en abrazar oficios y ejercicios viles, y si nos deleitamos en ser despreciados; que así por ventura hallarémos que la soberbia escondida tanto hace mayor resistencia al abatimiento de la obra cuanto se muestra mas presta en las palabras. Queriendo, pues, curar de aqueste vicio nuestra alma, es ante todas cosas necesario buen médico, el cual sea humilde con el ejemplo; otramente no podrán sus palabras sanar la soberbia de otro, si proceden de corazon soberbio: sea tambien discreto, porque el soberbio no podria á los principios soportar ásperas medicinas, como seria hacerle hacer cualquier cosa abyecta y de mengua al parescer del mundo. Propóngale luego al principio la grandeza del premio celestial, porque el deseo de cosas grandes se emplee en la verdadera grandeza; y aquí se dé la regla del Evangelio: *Omnis, qui se humiliat, exaltabitur;* y:

Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum cœlorum. Á la hora le proponga á Cristo, verdadero dechado de toda virtud, el cual en esta de la humildad se quiso señaladamente poner por nuestro maestro diciendo: *Discite à me quia mitis sum et humilis corde.* Tráyale á la memoria una vez el descender del cielo por nos levantar del suelo, otra vez el nascer en un establo, otra el morir en la cruz, agora las injurias, agora los denuestos que sufrió: dígale que no se halla otro camino para la gloria sino el de la cruz, el cual todos los Sanctos han seguido, el cual siendo Jesucristo tan honoroso, no tomara si no fuera summamente necesario. Si por aquesta via conosces alguna salud, no te quieras asegurar; mas trabaja de conservarte en aquella bajeza y desprecio de tí mesmo: para lo cual será buen remedio dejarte llevar por parescer ajeno, y quebrantar á menudo el tuyo propio, pisando tu voluntad, desarraigando el apetito del tener y del valer, desechando las pompas, conversando con personas abyectas, con tal que sean virtuosas. No conviene con todo á todos una mesma medicina: algunos se humillan por la consideracion de sus pecados, algunos por la consideracion de la vileza de su propio cuerpo, cuyo principio, medio y fin es polvo y ceniza, albañar de suciedad, y saco de gu-

sanos: algunos por temor del infierno: otros considerando la divina largueza en dar tantos dones á los indignos, y la ingratitud y dureza nuestra á continuamente resistirle, para que no haga en nosotros mucho mas de lo que hace. Humillaba tambien á los Sanctos la consideracion de la divina Majestad y grandeza; y poniéndose en presencia de Dios sentian de sí que eran nada: aprovechábales mucho mirar los castigos que Dios ha hecho en los soberbios como fue señaladamente el de Lucifer; lo cual Nuestro Señor acordó á sus discípulos viéndolos una vez algo levantados, diciéndoles: *Videbam Satanam sicut fulgur de cœlo cadentem.* Allende desto hace mucho al caso ver que todo el bien que tenemos es de Dios, sin cuya gracia ni lo podemos alcanzar ni conservar: y si el hombre considerase que todos cuantos bienes en él hay, así naturales como sobrenaturales, son prestados; no solo no se enalteceria, mas tornarse hia tanto mas humilde cuanto fuese dotado de mayores gracias, sabiendo que con las gracias juntamente cresce la obligacion; y esto es lo que sant Pablo decia: ¿Qué tienes que no lo hayas rescebido? ¿y si lo rescebiste, qué te glorías, como si no lo rescibieras? ¡Oh cuán loca seria la novia de la aldea, si estuviese muy ufana con las ropas traidas prestadas de la ciudad! ¡Oh qué va-

no seria el escudero que anduviese hinchado haciendo alarde con el caballo y armas que le prestaron! ¡Oh cuán desatinado seria el que hecho rico por el caudal é industria que otro le dió, se usurpase algo de la gloria de las riquezas! Todo es ajeno cuanto en nosotros hay, saber, ingenio, industria, fuerza, riquezas; en fin cuerpo y alma. Y ni mas ni menos que el hierro encendido, si rindiese al fuego lo que dél rescibió, quedaria pesado, terrestre, escuro y duro; ansí nosotros, si damos á Dios lo que de sus manos rescebimos, quedarémos nada: y sola una cosa se puede llamar propia nuestra, que es el pecado, del cual quien se ensoberbesce, mas muestra rudeza é insensibilidad que malicia, pues hace materia de gloria lo que es materia de confusion. Tambien considerar que Dios libremente sin nuestro merescimiento nos conserva, y estamos pendientes, como de un delgado hilo, de sola la misericordia divina, y por otra parte nuestra flaqueza y natural inconstancia no es pequeño remedio para humildad, y este nos dió el Apóstol cuando dijo: Con temor y temblor obrad vuestra salvacion, porque Dios es el que obra en vosotros el querer y el hacer por su bella gracia y libre voluntad: y Nuestro Señor en el Evangelio viendo á sus Apóstoles algo sobresalidos, porque habiéndose otros discípulos

salido de la escuela, ellos quedaban firmes en ella, díjoles: ¿Por ventura yo no os escogí de entre todos, y uno de vosotros es diablo? Mira como los quiso conservar en modestia, así por razon de la eleccion libre, como de la caida que podrian dar; pues aun de los doce el uno que al parescer quedaba fijo, era demonio: con estas mismas consideraciones una alegría demasiada y un peligroso contentamiento que suele recrescer á los incipientes de las buenas obras que hacen, se puede convenientemente remediar. Vean allende desto cuán poco provecho traen á su Señor: consideren mas, que por mucho que hagan, hacen solo lo que les mandan; y aun aquí faltan muchas veces, que es el remedio de nuestro Redentor: *Cum feceritis omnia quæ præcepta sunt vobis, dicite: servi inutiles sumus: quod debuimus facere fecimus.* Es con estos otro remedio singular: ver lo que Jesucristo ha hecho por tí; y en comparacion del agradescimiento que le debes, cuán poco haces, aunque siempre te deshicieses en su amor, pues no has echado la hiel, ni sudado gotas de sangre, ni sido puesto en cruz por servicio de Dios. El último consejo es esconder y disimular la virtud que cada uno tuviere; lo cual es summamente necesario á los que comienzan, porque pequeña lumbre puesta al viento, forzado es que se apa-

gue. Ezequías perdió sus tesoros porque los descubrió. El Rey de los cielos es tesoro, que quien le halla tiene gozo, pero escondido. Muchos árboles se queman por echar las flores muy temprano: muchas mujeres abortan por parir antes del mes: muchos panes no llegan á colmo porque con la calor salieron muy presto, sin haber hecho cepa é raíz; y muchos se pierden, porque sus limosnas, sus oraciones, sus lágrimas y sentimientos no los metieron debajo la tierra, ó hablando mas al propio, sobre el cielo, contentándose con que solo Dios sea el testigo dellas, que ha de ser el juez y premiador. Y porque no es fácil distinguir cuándo la soberbia es pecado mortal, debemos siempre humillarnos en el acatamiento de Dios, porque algunas veces se comete sin sentirlo quien lo hace. El primer caso es gloriarse de cosa en que hubo pecado mortal; aunque podria haber alguna vez excusa, que solo nos pretendemos jactar de alguna circunstancia, ó de ingenio, ó de industria, ó de valentía que hubo en la tal obra; mas gran peligro corre á lo menos del nuevo agradarnos de aquello de que nos glorificamos. El segundo, cuando se desea mayoría ó ventaja con detrimento del prójimo, como si uno cobdicia ser perlado sin ser para ello. El tercero, cuando el contentamiento de sí mesmo es con me-

nosprecio del prójimo, como el del Fariseo. El cuarto, cuando en la soberbia hay alguna injuria, ó desprecio de Dios; como si uno resurtiese de verse sujeto á las leyes divinas, si estuviese muy hinchado y muy levantado dentro de sí, ni mas ni menos que si los bienes que tiene fuesen suyos, é no de Dios: lo cual se conosce mas en sus efectos que por otras reglas que se puedan dar. El que se viere descuidado notablemente de dar gracias á Dios, y de su honor, ó por el contrario cuidoso de su propia honra, témase de grave soberbia. Quien se viere con gran seguridad del bien que tiene, sin tener miedo de lo poder perder, tema que hay en él grave soberbia. Quien experimentare en sí una gran prontitud y facilidad en excusar sus propios defectos, y ponderar los ajenos, digo que tema: y tema aquel que poco solícito de la patria celestial, del bien de sus prójimos, de la satisfacion de sus pecados, pasa la vida en una confianza tan segura como si en estas cosas fuese diligente y cuidadoso; porque sin duda estas son señales de soberbia, ó mortal, ó cási mortal: como tambien es gran argumento della una crudeza de corazon y dureza con los afligidos, una impaciencia en las adversidades, un querellarse continuamente del tratamiento que Dios le hace, un no sufrir ser tenido en poco, una indigna-

cion terrible contra los que no hacen las cosas á nuestra voluntad; pero generalmente es mortal el apetito de la excelencia, cuando se pone en ella el último fin, esto es cuando se ama sin fin. Lo cual se descubre si haciéndote una injuria, luego te vengas: si ofresciéndose caso de honra, luego pierdes á Dios; y entonces habrás vencido aqueste vicio, cuando deseares lo contrario que el soberbio, conviene á saber las cosas que el mundo desprecia y abomina, como ser abatido, afrentado, afligido y vituperado de los hombres; mas la perfectísima señal seria, si vinieses á tanto desprecio de tí mesmo que te tuvieses no solo por el mayor pecador del mundo, mas ocasion de todos los males del mundo, de las pestilencias, de las hambres, de los daños públicos y secretos, comunes y particulares de toda la tierra, con un grandísimo espanto que Dios te soporte, siendo quien eres, y que no te trague el abismo, que no caigan rayos del cielo, no pudiendo imaginar justicia suficiente conforme á tus deméritos y culpas. Lo cual como se pueda con verdad sentir, ora no lo escribo, porque tal doctrina no se aprende por papeles, mas Jesucristo la enseña á todos los que con humildad la piden, y con perseverancia la escuchan á quien interiormente habla con los que se convierten al corazon: ni es mi in-

tento inducir por esto á desesperacion, antes á tanto mayor esperanza cuanto la verdadera fiucia que no es presuncion, se funda en humilde sentimiento de sí mismo: digo humilde sentimiento, porque á ser solo conoscimiento especulativo, é sin sentirse y palparse como en la mano, nunca la humildad está fundada de veras, la cual es fundamento del edificio cristiano.

CAPÍTULO XVI.

De la envidia.

La envidia es tristeza de la prosperidad del prójimo, porque al envidioso le paresce que los bienes ajenos menoscaban su propia honra y excelencia; y así del bien de los otros se entristesce como del mal suyo: es vicio derechamente contrario á la caridad; por lo cual á la clara se concluye que do hay amor no hay envidia; y hay dos linajes ó especies della: la primera se llama humana, cuando es de cosas humanas, como de las riquezas, ó honras, ó fuerzas, ó hermosura de nuestros prójimos: la segunda es diabólica, que los teólogos nombran envidia de la gracia fraterna, cuando al hombre le pesa de los dones y gracias divinas que ve en sus hermanos, ó porque á él le faltan, y no querria ver en otro el bien

que en él no hay, ó porque piensa que siendo los otros dotados de virtud y excelencia, no siendo él solo y singular, perderá parte de la estima que á su juicio se le debe; y este es uno de los pecados contra el Espíritu Sancto, y por ventura el mas grave de todos: y es la una y la otra pecado mortal, si son consentidas y deliberadas; porque los movimientos de la envidia súbitos, ó cási súbitos que apenas están en nuestra mano, ó no son culpas, ó á lo menos no son mortales. No hablo aquí de una cierta tristeza ó indignacion que pasa por los hombres celosos cuando ven ó ser prosperados los malos, ó ser atribulados y perseguidos los buenos; que esta no es envidia, dado que muchas veces, como el profeta David dice, sea peligrosa y algunas mortal, si excede tanto que llega á se querellar determinadamente de la divina Providencia, y rescebir notable molestia desta distribucion de bienes y males en la presente vida, la cual Dios ansí hace por su muy alto y profundo consejo para muy grandes utilidades de los escogidos: ni hablo tampoco de la tristeza que ternia algun bueno viendo que la prosperidad de algun ruin es muy gran cuchillo para degollar los pobres: ni menos hablo de algunos que se duelen del poder ajeno, con el cual injustamente son agraviados; porque en semejantes casos el tal

pesar tomado con templada moderacion y buen respecto, no solamente no es pecado de envidia, pero ni aun pecado: ni es mi intencion de condenar aquella que san Hierónimo llama sancta envidia, orígen y raíz de una loable penitencia; la cual me hace tener pena del bien del prójimo, no porque él le tiene, sino porque no le tengo yo. Mi intento es hablar, como toqué al principio del capítulo, de una tristeza del bien ajeno fundada en apetito de honra propia, hija primogénita de la soberbia, madre de la murmuracion, de la detraccion, é del aborrescimiento del prójimo, causa de gozo en sus adversidades, fundamento de dureza de corazon, fiera pésima, que este nombre le dió Jacob cuando para significar irónicamente la verdadera fiera que habia comido á Josef, dijo: *Fera pessima devoravit filium meum Joseph.* Por esta el demonio sin ninguna piedad persiguió al hombre, Cain á Abel, Saul á David, los Fariseos á Jesucristo; los cuales todos vinieron á hacer crueldades extrañas por dejarse sojuzgar deste abominable vicio: vicio miserabilísimo, porque en los otros hay algun cebo de que la voluntad se prenda, ó deleite, ó interese, ó alguna gloria; mas aqueste no tiene de qué cebarse, salvo de sí mesmo: esto es de rancor y amargura por ser pecado no solo baldío é sin fructo, pero dañoso y pe-

noso á quien le hace, tanto que con razon dijo el otro: Nunca los tiranos de Sicilia hallaron igual tormento para la ejecucion de su crueza como lo es la envidia para quien en su seno la tiene: fuego de alquitran, serpiente venenosa que no solamente se mantiene de sabandijas y animales ponzoñosos como cigüeña, mas cuanto ve, y oye y siente de su prójimo, le es tósico mortífero y pestilencial, si bien, muere de pesar; si mal, muere de placer: y no sin causa el diablo, cuyos hijos al propio son los envidiosos, cuando enviando al hombre le vino á tentar, vino en figura de serpiente; cuya penitencia fue que sus mesmas obras le fuesen el tormento: *Terram comedes cunctis diebus vitæ tuæ, et super pectus tuum gradieris.* Duro y terrestre manjar de que se sustenta la envidia, conviene á saber, tierra y melancolía; pero mas duro es que sobre tan pesada comida le hagan andar al envidioso el estómago arrastrando por tierra, porque si fue grave el comer, sea muy mas grave el digerir. ¡Oh gente mezquina que con la alegría de los otros se deshace, con la medra desmedra, con la salud enferma, con la vida muere! Y puesto que hay muchas señales en que se conosce esta enfermedad, mas la mas cierta es, si cuando oyes loar á otros tus iguales, sientes algun desabrimiento, y piensas que no es tanto co-

mo dicen : si disminuyes con tus palabras ó semblante los buenos hechos y dichos ajenos : si ponderas los defectos de los otros : brevemente la llaga mesma se descubre, porque trae dolor tan sensible, que cada uno la conoscerá fácilmente, salvo si no le falta sentido. Ni por tanto es fácil el remedio, porque, como dice el Sábio : *Putredo ossium invidia.* Esta mala plaga corrompe y empodresce no solo la carne, mas tambien el hueso : esto es, ninguna virtud queda en el alma que no la estraga. Pero segun ya muchas veces hemos dicho, no hay mal incurable á la misericordia de Dios junta con nuestra diligencia. Será, pues, el primer remedio poner el deseo en aquellos bienes que poseidos de cada uno enteramente, no quitan parte alguna á los otros compañeros, cual es la felicidad de los bienaventurados en el cielo, do no se estrecha el aposento á nadie por los nuevos huéspedes que vienen, do se goza igualmente del bien y gozo ajeno que del propio. El segundo remedio es la consideracion de la vileza y poquedad deste vicio, el cual por maravilla cae salvo en personas pusilánimes y ceviles, segun que Job afirma, donde dice : *Parvulum occidit invidia.* Y de aquí vino la opinion comun á llamarle vicio de mujeres ; pero yo mujer llamo al hombre afeminado y de abyecto corazon, como por el

contrario la que tiene ánimo grande y varonil, meresce muy al propio el nombre de varon. Tambien es remedio singular la consideracion de aquellas cosas que mas mueven al amor del prójimo; porque, como dicho fue, la envidia es contraria á la caridad, y con un contrario se cura otro: y si alguno quisiere saber cuáles sean los motivos mas vehementes para amar á nuestros hermanos, espérelos de otro tratado, porque este su poco á poco ha crescido mas de lo que yo al principio creí. Así que por concluir este capítulo digo, que la última y summa medicina de la envidia es curar al alma de soberbia; porque no se entristescerá de la excelencia ajena quien no deseare la propia, salvo si no fuere tan mal acondicionado que no quiera el bien y honra en los otros porque no lo quiere en sí; pero aun esto es soberbia, que el verdadero humilde de tal manera desecha la gloria humana de sí, que la rinde de buena gana á los otros.

CAPÍTULO XVII.

De la victoria universal de todos los vicios.

No debe el hombre desmayar de no poder conseguir la victoria de sí mismo cuando se siente de tantos contrapesos de malas in-

clinaciones agravado; porque, como en el primer capítulo de nuestro tratadillo dijimos, la bondad divina todos estos impedimentos nos convierte en mayor bien de nuestras almas, y si Dios esto no pudiese hacer, nunca habria jamás en nosotros permitido semejantes pasiones, las cuales de su naturaleza no son malas, y hacen nuestras culpas mas excusables; donde el Ángel no fue de Dios redimido, porque caresciendo de aquestas naturales y flacas inclinaciones tuvo menos ocasion de pecar. Allende desto consérvannos en humildad, porque si aun con tan grandes y muchos contrapesos nos levantamos sobre nosotros, ¿qué hiciéramos á hallarnos libres dellos? toda esta agua fue menester para templar la confianza y presuncion que de nuestras fuerzas tenemos. Hácennos tambien cautos, dándonos recelo de nuestra natural flaqueza; y si al fin caemos, dannos una cierta esperanza de la divina misericordia, como el profeta David se disculpaba con Dios por ser concebido en pecado, y con mayor fiucia pedia que se le perdonase. Y aun son las pasiones unas espuelas para que el alma se desgane de la morada del cuerpo, y mas ahincadamente desee la patria celestial, do carescerá de las vejaciones é importunidades de la carne; que sintiendo esto sant Pablo decia: Desdichado de mí, ¿quién

me librará de aqueste cuerpo mortal? y el profeta David : Saca, Señor, mi alma desta cárcel. Finalmente, nos son gran motivo para que desconfiados de nosotros, demandemos continuamente á Dios socorro, y frecuentemos la oracion con una ansia humilde, que es uno de los mayores bienes que en esta vida presente podemos poseer, porque para vencer á sí mismo es necesario fuerza sobre sí mismo; esto es, gracia y virtud sobrenatural; la cual, si de nosotros no halla estorbo, de sí se ingiere en nuestros corazones, y al fin tiene fuerzas para vencer y trocar la naturaleza, si de nuestra parte hacemos un santo y firme propósito, y solo por amor de Dios y no por otro algun respecto: digo que sea firme, y que no sea extranjero, sino doméstico; no peregrino, sino permanesciente; no pasajero, sino perseverante; y tantas veces confirmado cuantas en nosotros se entibiare ó enflaquesciere. Ni basta vencerse con sola la imaginacion, sino con el efecto : ni de un solo vicio, sino de todos; porque si la victoria no es entera, de una pequeña raíz que quede nascerán las otras malas plantas, y de una pasion brotarán muchas. Por tanto, conviene con diligencia vencer á las mayores, si queremos enseñorearnos de las menores; y aquellas vencidas, no hay que nos asegurar, porque las chicas ó ellas mesmas

crescen y se hacen muy grandes, ó despiertan á las grandes. Y si por ventura han pasado por tí muchos años sin tratar deste ejercicio, debes considerar cuánta merced de Dios ha sido el esperarte; y no desfallezcas, ni te asombre el comenzarlo tarde, pues Dios no está atado al tiempo, antes en un punto nos puede hacer sanctos; y podria haber en nosotros tanto arrepentimiento del pecado, y tan firme propósito de la enmienda, que en un momento se nos perdonase toda la culpa y la pena. Así que, si hasta aquí has sido negligente y perezoso en te vencer á tí mesmo, vuelve en tí y despierta del sueño, haciéndote tanto mas diligente y solícito cuanto en el tiempo pasado menos lo has sido, y en el por venir menos espacio te queda para bien obrar. Bien es verdad que segun el curso ordinario, ninguno es ni bueno ni pésimo en summo grado, salvo en discurso de tiempo, y con muchos actos que se convierten en hábito; y si algun bueno se vee dar gran caida de repente, téngase por líquido y averiguado que cualque imperfeccion estaba en él escondida, la cual con el caer repentino se descubre. En el cual peligro están mayormente aquellos que son de alto ingenio, porque no se satisfacen de cosas bajas, mas se divierten en varias conversaciones y recreaciones, entre las cuales se suele asaz

resfriar el hervor, y el demonio con cien mil mañas y modos ocultos ingerirse; y si quieres señal con que conozcas en tí la victoria universal de todos los vicios, mira si tu voluntad es tanto á la divina conforme, que sin resistencia de cualquiera cosa que te avenga, eres contento, siendo Dios servido della. Á la hora sentirás el favor é ayuda de Dios en todo, y un continuo aspirar al summo grado de la perfeccion: á la hora aborrescerás todo aquello con que has ofendido á Dios, como las potencias sensitivas que fueron instrumentos de la ofensa, y desearás dellas pugnicion, haciendo en ellas una rigurosa justicia: á la hora los Ángeles se deleitarán con tu conversacion, y sentirás muy á menudo su presencia: á la hora penetrará tu victoria del infierno al cielo, porque con ella á aquel harás triste, y á este alegre: el cielo te favorescerá, y el infierno te habrá miedo. De la diestra habrás vencido todo deleite: de la siniestra desearás todo tormento: en pos de tí dejarás toda cosa terrena, delante no verás otro que Dios: ya no te parescerá duro refrenar la gula, sojuzgar la ira, sopear la soberbia, y abrazar la desnuda cruz de Nuestro Señor y Redentor Jesucristo, en la cual toda cosa muy difícil no solo te será muy fácil, pero aun suave y muy suave: é si á semejante estado fueres venido, da gloria á Dios;

y si no, no te falte el corazon, mas persevera, como he escrito, en combatir contra tí mesmo, porque en mano de Dios está darnos esta perfeccion, á la cual él mismo nos convida; y darála sin duda á quien obstáculo no pusiere, porque su convite no sea vano.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

Del remedio universal á todo vicio.

Cuando los hijos de Israel de la muchedumbre de venenosas serpientes fueron en el desierto heridos, á ruego de Moysen proveyó Dios aqueste remedio general á la ponzoña, que hecha una sierpe de bronce y puesta sobre un alto madero, todos los mordidos atentamente la mirasen; porque de solo fijar los ojos en la serpentina estatua sanarian de sus llagas, cualesquiera que ellas fuesen. Por lo cual figurativamente se nos muestra, si queremos de la herida del pecado ser libres, que debemos con atencion considerar al inocente á ley de nocente crucificado: en la cual consideracion sanarémos de todos los vicios y pasiones de nuestras almas. Y discurriendo por cada una dellas por el mesmo órden que arriba guardamos, si del vicio de la gula eres tentado, guarda bien al Crucifijo en su postri-

mera agonía, no digo de delicados manjares, no de escogidos vinos, mas aun de una jarra de agua haber sido duramente privado, y de hiel y vinagre haber sido amarguísimamente abrevado. Confúndete de te dar á comer y beber, do tu Criador sufre tan penosa sed: ten vergüenza de regalar el gusto que tu Redentor tan ásperamente trata: afréntate de engrasar la tu corruptible carne, despues que el Hijo de Dios la suya inocentísima por tu respecto tiene en durísima cruz suspensa. En esta misma vista tambien vencerás la lujuria, si adviertes tu cuerpo no ser ya tuyo, mas de Cristo, que con tan costoso precio lo ha comprado y de habitacion del demonio lo ha vuelto en templo del Espíritu Sancto. ¿Será, pues, bien los miembros que son de Cristo, hacerlos de una súcia mujer, echado en el cieno un tan precioso tesoro? ¿será bien procurar deleites torpes, do tu Señor padesce tantos y tan extraños tormentos? ¿será bien la vasija en que Jesucristo tiene depositada su sangre, hinchirla de asquerosa abominable delectacion? Que la avaricia, bien que parezca incurable, con contemplar al Crucifijo se sana; porque allí te enseña dejar el amor de las cosas supérfluas, no teniendo él ni aun las necesarias, y ciertamente él era Dios de las riquezas, pero murió en summa pobreza, porque veas cuánto

importa al cristiano, para libremente en aquella postrera hora depositar el espíritu en las manos del Padre, tenerle libre de los cuidados de la hacienda. ¡Oh cuán mal conviene al siervo la solicitud de la riqueza, la cual desprecia su señor! ¡oh cuán mal dice al discípulo encoger y apretar las manos á los pobres, las cuales el maestro extiende y abre para todo el mundo! ¡oh cuán gran dureza es del cristiano cerrar sus entrañas á los necesitados, do su Redentor las rasga, para que en las aberturas veamos cuál es él con nosotros, y seamos nosotros tales con nuestros prójimos! ¿Y qué quieres tú hacer del tesoro de la tierra, si él con su sangre compra el tesoro del cielo? ¿Cómo no das el dinero á quien tu Dios da la vida? ¿cómo no repartes la hacienda á quien Jesucristo dió, no parte, sino toda la sangre que tenia? Pues si eres colérico y por cualquiera ocasion sales en palabras de desden, guarda, yo te ruego, al Hijo de Dios entre tantas injurias injustamente á él hechas no de los extraños, mas de los suyos mesmos, á los cuales habia hecho infinitos beneficios en aquel mesmo tiempo en que era actualmente injuriado, cuando las llagas estaban mas frescas, los dolores mas recientes, los tormentos mas crescidos; romper el silencio del sufrimiento pasado con una tan suave palabra: Padre, perdónales, que no saben lo que hacen: y

ciertamente otra cosa que la lengua seca y abrasada de la sed no le habia quedado; mas no quiso quedase ociosa, porque sangre y clamor conviniesen en uno, no á pedir venganza, sino á pedir misericordia. Podia, convocados muchos ejércitos de Ángeles, vengar una tan injusta injuria, pero no lo hizo; antes guardando él mesmo sus reglas, no solamente no se ensaña, ni amenaza, ni maldice á los enemigos; mas da beneficio por maleficio, y palabras amorosas por las injuriosas que le decian. Tenia abiertas las espaldas, mesados los cabellos y peladas las barbas, escupido el rostro, espinada la cabeza, barrenados los piés, las manos agujeradas; y como cordero delante quien le degüella, como yunque á los golpes de los martillos, calla, sufre, disimula; é ya que habla, no echa maldiciones, no demanda justicia de sus contrarios, antes pide al Padre que los bendiga, diciendo: *Pater ignosce illis, etc.* ¿Qué es, Señor, lo que dices? ¿cómo excusas lo que ninguna excusa tiene? ¿cómo deshaces la gravedad de clara malicia con títulos y nombres de ignorancia? ¿y cómo será verdad lo que dijiste: Si no viniera y no les hablara, tuvieran disculpa de no saber, mas agora veen y aborrescen lo que veen? ¿Qué lugar de ignorancia podia haber do los Ángeles publican tu nascimiento, los pastores te adoran, los Magos te re-

conoscen, los doctores del templo de tus preguntas y respuestas se maravillan; do sant Juan Bautista públicamente pregona: *Ecce Agnus Dei;* do las gentes con admiracion de ver hablar maravillas, dicen: *Numquam sic locutus est homo;* do viendo resuscitar los muertos, confiesan: *Quia hic est vere Propheta qui vènturus est?* ¿Qué razon hay de dubdar, do los ciegos veen, los cojos andan, los sordos oyen, los perláticos corren, y haciendo tus obras nunca hechas, en virtud del Espíritu Sancto, lo atribuyen al demonio? ¿Qué ignorancia puede haber, do Pilatos á la cara conosce que por envidia te entregan á sus manos: é ya que no conosciesen tu deidad; pero no pueden ignorar tu humanidad, tu mansedumbre, tu clemencia, tu misericordia, tu sanctidad, tu innocencia? ¿Qué es luego, Señor, lo que dices: *Ignosce illis quia nesciunt quid faciunt?* Podrás interponer tu auctoridad, tu valor, tu sangre; pero alegar excusas de ignorancia, yo no veo qué color pueda tener. ¡Oh ejemplo de mansedumbre increible! ¡oh paciencia inestimable! ¡oh confusion de los que exageran y acriminan las ofensas contra ellos cometidas! Mirémosle aquí todos abogado en la causa de sus enemigos, y como disminuye la culpa muy mejor que ellos mesmos lo pudieran hacer, para mostrarnos desculpar á nuestros prójimos cuando nos

ofendieren, y que á lo menos no encarezcamos sus delictos haciendo de ignorancia malicia, pues él á la que pudiera llamar malicia llama ignorancia. ¡Ohcuán ligeramente soportarémos, si miramos este dechado, las palabras dichas contra nosotros! ¡oh cuán fácil será la tolerancia de las injurias, si imprimimos tal ejemplo en nuestra imaginacion! El espíritu de la tristeza, si tú lo quieres perfectamente sobrepujar, contempla á Cristo crucificado, el cual en su último dolor y congoja con una delicada y amorosa querella se vuelve al Padre diciendo: *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?* ¿Quieres ver que no es queja de enojado ó mal sufrido corazon? mira la blandura de aquel *mio* dos veces tan tiernamente repetido: Dios mio, Dios mio. ¿Quieres ver que no es dicho de hombre desesperado? mira lo que añade: *In manus tuas commendo spiritum meum.* ¡Oh cuánta confianza rescibe el alma en aquesta consideracion, y como sintiéndose venir á menos, redobla las fuerzas, y cayendo se fortalesce! Porque en el Crucifijo aprende que cuando mas fatigada se hallare, cuando con mayor desesperacion, entonces se ha de volver á Dios, y proponerle: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? no para querellarse de la justicia de Dios, la cual es justa en todas las tribulaciones que nos diere: no

para le pedir cuenta de lo que hace, pues de su hechura puede hacer á su voluntad; sino para le suplicar que le dé á entender las causas por que le aflige y atribula, si es para purgarla, ó para emendarla, ó para humillarla, ó para ejercitarla. ¡Oh alma mia, y cómo será posible que te dejes sopear de la acidia reguardando aquella sangre que por tí fue derramada! Si tú desconfias de poder vencer á tí mesmo, con aquella sangre podrás sobre tu poder, y las cosas imposibles te serán fáciles. Si tú temes de no alcanzar alguna gracia, atiende á aquella sangre, y verás que quien tal te da, nada te podrá negar. Si la pereza te induce al sueño y negligencia, levanta los ojos al Crucifijo, mira que no tiene aun dónde recline su cabeza. Si te hallas flojo y descaido, mírale descoyuntado, y que con los piés clavados sufre el peso de todo el cuerpo: mírale que podria fácilmente descender de la cruz siquiera para se asentar en tierra, y está fijo en los tormentos por llevar adelante la obra comenzada. ¿Y cómo esperas tú, restando en ocio, vencer al demonio, si el Hijo de Dios siendo sin pecado, no teniendo rebelion de su carne, vivió en continuos trabajos y dolores? Ciertamente si fijas la vista en la ocupacion y ejercicio del Crucificado, habrás empacho de ser tibio y ocioso, alimentando tu descaimien-

to y poquedad so color de la divina clemencia; ni so cubierta de misericordia reinará en tí la tibieza, pues que el Señor tuyo infatigablemente ha procurado la tu salud nunca jamás cansándose, hasta que rindió al Padre el espíritu, aparejado y ganoso de mas sufrir si la flaca carne lo pudiera llevar. ¿Y cómo podrás tener ocio y descuido á la presencia de la cruz llena de amor y solicitud por te salvar? ¿cómo podrás tomar pasatiempo y recreacion en la vista de Jesucristo atormentado por tu causa? La envidia sin mucha dificultad la desterrarás de tí contemplando la benignidad del Crucifijo tan general con todos, el amor tan universal, sin eceptar ni aun á los enemigos, la sangre derramada porque los otros sean buenos, la honra perdida por darnos á todos gloria. Ultimadamente, como la soberbia es el peor vicio de todos, así mas que todos con el continuo mirar al Crucifijo será sopeada: si la vanagloria te impugna, contempla á tu amorosísimo Señor, no de bellas vestiduras adornado, mas todo desnudo y afeado, todo ignominioso y despedazado: mírale, no de guirnaldas floridas su cabeza coronada, mas de agudas espinas traspasada: no trae en la garganta cadena de oro, sino las señales de la ñudosa soga: la su delicada faz no de olorosos ungüentos, mas de hidionda saliva está llena: no

los cabellos compuestos, no la barba emprensada: no otra color salvo los cardenales de los azotes, no otra agua salvo la sangre con que de piés á cabeza está bañado. Contempla un poco el su divino aspecto escurescido, los ojos lagrimosos, la frente sanguina, las mejillas descoloridas, la cabeza inclinada, los brazos tendidos, el costado abierto, los piés rasgados, las manos rotas: contémplalo, digo, y hallarás que de toda parte te predica humildad. ¡Oh mortal superbo! si en aqueste espectáculo estás entero, serás mas duro que las piedras, porque aun ellas se quebrantaron: si aquí no tiemblas, serás mas insensible que la tierra, porque aun ella hizo sentimiento: si ocupado en pensar tu grandeza no advierte á la del Crucificado, serás mas pagano que el Centurion, el cual dijo: *Vere Filius Dei erat iste.* Si el corazon tuyo en aquesta vista se queda yerto y empedernido, serás mas fiero que la turba, la cual asombrada de ver las señales que se hacian, heria su pecho con confusion de lo que pasaba. ¡Oh hombre! si el Hijo de Dios es ansí bajo, ¿quieres tú ser altivo? si él es pacífico, ¿quieres tú ser arrogante? si él huella la honra, ¿quiéresla tú adorar? si la desprecia Dios, ¿por qué la tienes en tanto? Abaja, miserable, tu orgullo y escoge el postrer lugar, pues tu Señor escogió la cruz: confúndete,

vilísima criatura, de no seguir á Cristo por tí crucificado. Si eres vil ¿por qué te hinchas? si eres noble ¿por qué no imitas al que es alto sobre toda alteza? si quieres gloria, ¿cuál mayor que seguir al Dios de la gloria? si quieres ciencia, sabe que esta es única filosofía: llégate á la cátedra de la cruz, é oirás la postrimera licion del divino Maestro. Lee, yo te amonesto, el libro del Crucifijo, y hallarás en él todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios; pero mira que dice, *escondidos:* porque infinitos secretos tiene la cruz reservados para sus estudiantes y discípulos. Estudia, yo te digo, en el Crucifijo, el cual te dará la perfecta victoria de tí mismo, y te hará como un otro sant Pablo crucificado al mundo, y el mundo á tí. Amen.

FIN DE LA VICTORIA DE SÍ MISMO.

EL ALMA VICTORIOSA

DE LA PASION DOMINANTE,

POR MEDIO

DEL EXÁMEN PARTICULAR DE LA CONCIENCIA,

DE LOS EJERCICIOS COTIDIANOS,

Y PRACTICA DE LAS DEVOCIONES.

OBRA UTILÍSIMA QUE DIÓ Á LUZ

EL P. FRANCISCO JAVIER HERNANDEZ,

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

ADVERTENCIA.

El Emo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, el Ilmo. Sr. Arzobispo de Zaragoza, y los Ilustrísimos Sres. Obispos de Cartagena, Huesca, Barbastro, Jaca, Tarazona, Albarracin, Teruel, Leta, Barcelona, Gerona, Vich, Urgel, Solsona, conceden 700 dias de indulgencia á los que devotamente leyeren, oyeren leer ó practicaren la doctrina de cualquier párrafo de los contenidos en este manualito; y esto tantas veces, cuantas lo practicaren, como consta de sus letras respectivas, etc.

PRÓLOGO.

Todos los dias veo en las manos devotas ciertos libros de varones espirituales con varias instrucciones y ejercicios que excitan la devocion cristiana; pero un manual práctico para hacer todas las obras cotidianas con tal arte, que tiren á extirpar uno por uno los vicios, y plantar en el alma las virtudes, no lo he visto: y porque deseo verlo, ofrezco al bien público este, cuya doctrina es sólida; y aunque sucinta, tal vez mas á propósito que abultados volúmenes para adelantar á los que la practicaren en el camino de la perfeccion. Su blanco es vencer á la pasion dominante por medio del exámen particular de la conciencia, dirigiendo al mismo fin todas las obras del dia. Su método es suave, sus preceptos pocos, y tan universales, que se pueden observar en cualquier estado.

La segunda parte de dos que componen á este librito, es un copioso arancel de selectas deprecaciones con el mismo blanco de todo la obra, y segun el espíritu de la Iglesia, de las cuales hará cado uno las que le pareciere, atendiendo á su devocion, sin descuidar de sus precisas obligaciones. Instruye tambien á los fieles, para que eviten los abusos que ha in-

troducido la relajacion en la práctica de ciertas devociones públicas, recibidas universalmente: como son novenarios, romerías, procesiones y otras. Cierra todo este manual un capitulo de preguntas sin respuesta, que dan materia abundante á la meditacion de las postrimerías, y son eficacísimas para estimular al pecador á que busque la gracia, y el tibio el fervor. Agradéceme, lector mio, el deseo que tengo de tu aprovechamiento, y en retorno al obsequio encomiéndame á Dios, que te guarde.

EL ALMA VICTORIOSA

DE LA PASION DOMINANTE,

POR MEDIO

DEL EXÁMEN PARTICULAR DE LA CONCIENCIA,

DE LOS EJERCICIOS COTIDIANOS,

Y PRÁCTICA DE LAS DEVOCIONES.

PARTE PRIMERA.

TRATA DE LA PASION DOMINANTE, Y DA LOS MEDIOS PARA VENCERLA.

CAPÍTULO I.

De la pasion dominante.

Todos por lo regular tenemos una pasion dominante, fatal orígen de nuestros males, y perene manancial de las mas vergonzosas caidas. Sírvenla de íntimas aliadas las pasiones inferiores, de suerte que confederadas todas contra el alma, no tratan sino de perderla. Lo mas temible de esta fiera indómita es, que ofusca al entendimiento.

y este una vez ofuscado, se abalanza intrépida la voluntad á lo que la reina de sus pasiones la inclina. Válese unas veces de sagaces supercherías para defender su partido; usurpa otras el hermoso traje á la virtud para salirse con lo que desea. Cuando se promete feliz éxito á cara descubierta sale cara á cara, y como si estuviera cargada de razon se queja de quien se opone á sus designios. ¿Por qué, dice el soberbio, se me ha de tratar de esta y esta manera? Esto es atropellar el decoro debido á mi persona. Hiciéranse tales desacatos á sujetos de otra clase; ¡pero á mí! Por quien soy que he de solicitar la debida satisfaccion en un ejemplar escarmiento.

Hé aquí el descaro de la soberbia, que no se porta así cuando teme que dándose á conocer expone la victoria. Pues ¿cómo? Disfrázase de virtud, y engaña no pocas veces á los incautos; si bien no carece por lo regular su engaño de culpa; ya porque el Padre de las luces no escasea las necesarias para que conozcamos nuestras pasiones, y ya porque el obrar contra razon suele ir acompañado de un desabrimiento sensible del ánimo, que debiéramos examinar hasta encontrar su causa. Ni es dudable que los vicios usurpen su traje á las virtudes, cuando vemos calificada razon de estado la soberbia, celo del honor la ira, despejo ai-

roso la inmodestia, bizarría la prodigalidad, prudencia sosegada la inaccion, devocion sólida, ó una mera exterioridad, ó una solapada hipocresía.

Así, así logra no pocas veces nuestra pasion dominante vendarnos los ojos, y conducirnos al precipicio fatal de la impenitencia: porque como el primer remedio de una dolencia oculta sea manifestarla, mal la descubrirá quien no la conoce, y mucho peor si está persuadido de que no adolece. De aquí nace que los menos vencen á su pasion dominante, acompañándolos, como decia el santo Job, hasta la sepultura. Ponte la mano al pecho, y todavía percibirás los latidos de la soberbia que veinte años há te dominaba: advertirás que la ira, compañera de tu juventud, lo es tambien de tu virilidad: verás que la codicia, la ambicion, la pereza y la lujuria no se apartan jamás de tu lado; y es que como te lisonjean el gusto, no las tienes por enemigas.

Acaso no entenderás cómo la pasion dominante pueda cegar del todo, ó disminuir en parte las luces al entendimiento: pues sabe que lo ejecuta, aficionando intensamente la voluntad hácia el objeto que la daña, ó poniéndola notable aversion á lo que la conviene; y esta noble potencia una vez aficionada ó adversa, manda al entendimiento que busque cuantas razones

aprueben sus ideas : que los fundamentos á su favor, por mas ligeros que sean, los agrave; y que los inconvenientes opuestos, aunque muy abultados en sí, los disminuya. No de otra manera engañó la envidia á los fariseos contra la majestad de Cristo. Fue golpe de mucho dolor para ellos el milagro del ciego, á quien dió el Salvador la vista : sintieron sobremanera su aplauso : temieron el séquito de la plebe, que ya lo aclamaba Profeta : y para atajar los pasos á tanta gloria, azorados de la envidia, levantaron la voz contra quien habia hecho el prodigio.

¿Cómo, decian, el que no guarda los preceptos de la ley santa ha de ser Profeta verdadero? Prohibido está el trabajo servil en los dias de fiesta; y este hombre amasó el barro, y lo aplicó á los ojos del ciego con su propia mano : él con sus sofisterías deslumbra á los incautos, y estamos expuestos á un trabajo considerable, á no aplicar prontamente el remedio. Así, revestida con capa de celo la envidia, amotinó los ánimos ya enconados de los fariseos miserables, los cuales mas ciegos por su pasion que el otro por su dolencia, no acertaban á leer las Escrituras, que dan por lícito en los dias mas clásicos el ejercicio de las obras de misericordia.

Ni es menester ir tan allá por ejemplos

que confirmen esta doctrina, cuando cada cual tiene en sí mismo sobradas experiencias. ¿No érais antes acérrimo protector de aquella persona de quien ya os da todo en rostro? Pues ¿en qué consiste la novedad? En que no os sirvió en vuestras pretensiones; en que no habló de vuestro decoro como deseárais; ó en que mirais sus aplausos como lunares de vuestra gloria. De aquí, de aquí toma vuestra pasion no mortificada ocasion para variar el afecto, haciendo que ahora os disgusten tanto sus cosas, como poco antes os complacian. ¡Oh! Dios nos libre de una pasion dominante; y para que nosotros cooperemos á tan preciosa libertad, va á proponer el medio mas práctico el capítulo siguiente.

ADVERTENCIA.

Cuando el entendimiento está preocupado, y la voluntad ciegamente apasionada, se aventura la rectitud del juicio; despéjense, pues, ambas potencias de toda pasion, si se quiere lograr el acierto. Los ascéticos enseñan que no es tiempo de deliberar cuando el alma se halla inquieta, porque faltándole la serenidad, se expone la deliberacion.

CAPÍTULO II.

Exámen particular de la conciencia.

El medio mas ejecutivo para tener á raya una pasion dominante es el exámen particular, tan encomendado como practicado de los Santos. El patriarca san Ignacio de Loyola, á quien podemos llamar restaurador de este santo ejercicio, es su amartelado panegirista; y con mucha razon, pues á su práctica debió un dominio tan superior á todas sus pasiones, que parecia haber mudado naturaleza. San Francisco de Sales sacó por fruto del exámen particular, que practicó cási veinte años, una dulzura de espíritu admirable, con la cual ganó para Dios los corazones mas rebeldes; y el que antes habia sido de temperamento colérico, fue de una mansedumbre prodigiosa.

La práctica de este ejercicio ha de empezar con la mañana, proponiendo al Señor, que no se dejará vencer aquel dia de su pasion dominante con el socorro de la divina gracia. Renueve este propósito cada hora; y si cayere en alguna falta, póngase luego la mano sobre el pecho en señal de arrepentido, pero sin turbarse, no sea que la desazon interior sea causa de otros defec-

tos quizá mas notables. Humíllese, sí, en presencia del Señor, reconozca su culpa, pídale perdon, y proponga de veras la enmienda. Prosiga de este modo hasta el exámen de la noche, si no es que quiera hacerlo tambien al mediodía; y entonces hará una séria pesquisa de las faltas que en este particular hubiere cometido, arrepintiéndose de ellas, proponiendo enmendarse, y haciendo una razonable penitencia.

Aconseja san Ignacio que se confieran los defectos de un dia con los de otro dia, los de una semana con los de otra semana, los de un mes con los de otro mes, y los de un año con los de otro año: por donde se ha de inferir si hay ó deja de haber aprovechamiento. ¿Y cómo sabrá cada uno cuál es la pasion que lo domina? Sabrálo, si examinare con atencion contra qué virtud cae con mas frecuencia. Segun esta regla será la ira su pasion dominante, si fueren faltas de paciencia sus mas frecuentes caidas. Pero quien deseare proceder con toda seguridad, podrá dejar este cuidado al director, el cual, hecha primero una séria anatomía de las pasiones, determinará la materia de exámen.

Él mismo le dirá cuándo conviene variarla, ó para extirpar otro vicio vencido el primero, ó para adquirir alguna de las virtudes principales, como es una humildad pro-

funda, hasta conseguir llevar no solo con rostro apacible y corazon sereno las injurias, sino hasta complacerse en ellas; una abnegacion entera de su voluntad y de su juicio, primero á los mayores, despues á los iguales, y últimamente á los inferiores; una llena conformidad de su querer con el de Dios, hasta que mire con la misma serenidad el semblante de un trabajo como el de una dicha. Él mismo por remate de este punto echará de ver si conviene, atendidas todas estas circunstancias, aplicar el exámen particular á la victoria de alguna pasion, que aunque no sea la predominante, pero sí la de peores consecuencias, ó á la consecucion de aquella virtud que juzgare por entonces la mas conveniente.

En todo caso, sea virtud ó sea pásion la materia del exámen particular, sea una sola: lo primero, porque nuestras fuerzas son limitadas; y quien mucho abarca poco aprieta: lo segundo, porque nos demuestra la experiencia, que por no haberlo practicado en esta forma, estamos tan poco aprovechados en la virtud como al principio: lo tercero, porque á la manera que el soldado veterano y prudente no intenta degollar de un solo tajo á todo el ejército contrario, sino que primero descarga sobre este, despues sobre aquel, luego sobre el de mas allá; así nosotros debemos pelear pri-

mero contra una pasion, luego contra otra, y sobre todo vaya por tierra el gigante, caiga el Goliat de nuestras pasiones, que este vencido, se habrán de rendir mal que les pese todos los filisteos.

ADVERTENCIA.

Para ir notando cada dia en su casilla las faltas, se ha de tener una tabla de mano ó impresa, como la que va al fin de este manualito; por la que se verá claramente si se adelanta ó no en la victoria de las pasiones y en el ejercicio de las virtudes. Suele ser muy útil aplicar el exámen particular á la observancia de los propósitos ó distribucion de vida devota, que se sacaron en algunos dias de santos ejercicios.

CAPÍTULO III.

Ofrece el cristiano á Dios las obras por la mañana.

¿Cuál debe ser el primer aliento del cristiano en despertando por la mañana? Agradecer á Dios los beneficios que le acaba de hacer aquella noche. Hale su Majestad concedido el descanso necesario, hale librado de muchos riesgos de la vida, y quizá no lo ha sepultado, pudiendo, en los abismos. ¿Cuántos se acostaron enteramente sanos, y amanecieron gravísimamente enfermos? ¿Y cuántos se fueron en pecado á la cama.

que se encontraron sin remedio condenados? ¡Qué fuera de mí, á no usar el Señor de su misericordia! Al punto, pues, que despierte, reconoceré esta obligacion; y levantando el corazon á su Majestad, me ofreceré enteramente á su servicio.

No dejaré que me domine la pereza; que fuera de un corazon villano sacrificar al vicio las primicias de un dia que se me añade graciosamente para amar á Dios y aspirar á la perfeccion. Serviráme de despertador en boca de mi Ángel custodio aquel *Levántate aprisa* que dijo el otro á san Pedro, cuando lo sacó de la cárcel; y me avisará el recato entre tanto que me visto la presencia de aquella Majestad ante quien se encorvan de respeto los mas encumbrados Serafines. Vestido, y de rodillas, me armaré con la señal del cristiano, para vencer á mis enemigos, y con profunda reverencia de espíritu hablaré al Señor:

«Altísimo Dios de todo lo criado: Verdad «infalible, en quien creo: Clemencia inefa«ble, en quien espero: Bondad infinita, á «quien amo sobre todas las cosas, y á quien «me pesa de haber ofendido solo por ser «quien sois: yo os agradezco los beneficios «que me habeis hecho esta noche, y os ofrez«co todos los pensamientos, palabras, obras «y trabajos del presente dia, con intencion «de ganar cuantas indulgencias puedo, ro-

«gándoos por los fines que tuvieron los Su-
«mos Pontífices en concederlas, y aplicán-
«dolas, con todo lo que hoy hiciere, en sa-
«tisfaccion de mis pecados.

«No permitais, Padre mio amorosísimo,
«que yo os disguste en alguna de mis ac-
«ciones : apartadme de los lazos que me
«tiene parados el enemigo : dadme fortale-
«za para vencer á mi pasion dominante :
«haced que cumpla con el fin para que es-
«toy en el mundo : inspiradme lo que fue-
«re de vuestro mayor agrado, viviendo el
«dia de hoy, como si fuera el primero de
«mi conversion, fervoroso, vigilante, y so-
«lícito de lo que mas me importa, que es la
«salvacion de mi alma, y la amplificacion
«de vuestra gloria. Así sea por los méritos
«de mi Señor Jesucristo, con los cuales de-
«seo unir los mios, y por la intercesion de
«la siempre Vírgen María que con vuestra
«Majestad vive y reina. Amen.»

Adoracion de las cinco llagas del Salvador, con que se implora su asistencia por la mañana, para hacer con perfeccion las obras del dia.

Á LA MANO DERECHA.

Amantísimo Padre mio, yo adoro con el mas humilde respeto la llaga de vuestra mano derecha; y por ella os pido dirijais

de tal suerte mis obras este dia, que todas sean á mayor gloria de Dios, obsequio de vuestra sacratísima humanidad, y bien de mi alma. Amen. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

Á LA MANO IZQUIERDA.

Soberano Dueño mio, yo adoro con profunda reverencia la llaga de vuestra mano izquierda; y por la sangre que de ella vertísteis os suplico libreis á mis acciones este dia de la vanagloria, y de cualquiera otro fin torcido que las hiciere indignas de vuestra aceptacion. Amen. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

AL PIÉ DERECHO.

Pacientísimo Redentor mio, yo adoro con toda la veneracion que puedo la llaga de vuestro pié derecho; y por el dolor intenso que en ella padecísteis deseo me guieis el presente dia por el camino real de los santos Mandamientos, y obligaciones de mi estado con la luz de vuestras inspiraciones. Amen. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

AL PIÉ IZQUIERDO.

Benignísimo Salvador mio, yo adoro penetrado de dolor la llaga de vuestro pié izquierdo; y por la pena que en él padecís-

teis os pido claveis mis piés con el clavo del santo temor, siguiendo todo el dia vuestras sagradas huellas con desvío total del camino de perdicion. Amen. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

AL SANTO COSTADO.

Dulcísimo Jesús mio, yo adoro con indecible ternura la llaga de vuestro sacratísimo costado, por la que os suplico deis entrada á mis deseos en este divino corazon, en quien descansan los escogidos. En esa fuente de la vida vivan, Padre mio, mis ansias: en esa fragua de amor sagrado se acrisolen mis afectos: en esa casa de refugio quiero morar este y todos los dias de mi vida: desde esa inexpugnable fortaleza deseo hacer guerra á mis pasiones, especialmente á la dominante, hasta alcanzar victoria. Amen. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

ADVERTENCIA.

Algunos dejan lo satisfactorio de sus obras (y está muy bien dejado) en manos de María santísima, para que esta Señora disponga de ello á su arbitrio: otros lo aplican, ó por el alma mas sola, ó por todas las del purgatorio. Cada dia por la mañana nos persuadamos que tal vez será el último de nuestra vida, porque este pensamiento nos estimule á vivir prevenidos para la muerte.

CAPÍTULO IV.

De la oracion mental cotidiana.

El negocio de mayor entidad que tiene el hombre es salvarse; y uno de los medios mas oportunos para conseguirlo es la oracion. El Salvador dice, que conviene orar siempre; y Tertuliano, que fuera cosa horrenda pasar sin oracion un dia. Conociendo, pues, el demonio la importancia de este santo ejercicio, propone con sagacidad en él muchas dificultades; y en verdad que, hablando regularmente, ninguna hay, como se quiera. Todos saben orar, porque nadie ignora el modo de levantar el corazon á Dios para pedirle alguna gracia, en lo cual consiste la oracion sustancialmente.

La multiplicidad de negocios antes debe ser aliciente que óbice para este santo ejercicio; porque él es medio muy poderoso y de cristiana conexion con la felicidad en el éxito. Quien desea ganar un pleito, consulta los primeros abogados, y solicita el arbitrio de los jueces: pues ¿quién podrá aconsejar mejor, y favorecer mas, que el Padre de las luces, en cuya mano está el corazon de los reyes y la equidad de los tribunales? Ni debe prevalecer la escasez del tiempo: menos pereza en dejar la cama;

menos trato con las criaturas; menos diversiones de mundo, y sobrará tiempo para todo: y cuando hubiere de faltar, falte para lo que importa menos.

Excúsanse algunos con que no saben leer los puntos para meditarlos; pero estas y otras excusas son frívolas, hijas de un falso no puedo, por un verdadero no quiero. ¿Sabes que tu Redentor sudó sangre en el huerto? ¿que le entregó con un ósculo de paz un traidor? ¿que fue preso y maniatado como infame? Pues medita sobre esos pasos, imita esos ejemplos: esa constancia en proseguir la oracion, aun cuando agoniza; esa mansedumbre en saludar afable, y en recibir benigno á un Judas que le vende; esa paciencia en dejarse atar las manos, escupir el rostro, mesar los cabellos. ¿Sabes que al inocentísimo Jesús en un tribunal lo juzgaron blasfemo, en otro loco, y en otro lo condenaron á corona de espinas, disciplina de sangre, y despues á muerte? Pues medita sobre esos pasos, imita esos ejemplos: en la persecucion calla, en las injurias sufre, en los desprecios enmudece.

¿Sabes que en medio de dos facinerosos salió rodeado de infinito pueblo con la cruz sobre sus hombros para el infame cadalso? ¿que encontró traspasada de dolor á su afligida Madre, quedando al verse yertos de

inexplicable pena sus corazones? ¿que cayó falto de fuerzas y agobiado del peso en tierra, estampado su venerabilísimo rostro en el polvo? Pues medita sobre esos pasos, imita esos ejemplos. ¿Sabes que en llegando al monte Calvario le arrancaron de las llagas sus vestiduras, lo clavaron en un madero, y levantado en alto, su primera palabra fue rogar al Padre eterno por sus enemigos? Pues medita sobre esos pasos, imita esos ejemplos. ¿Sabes que al cabo de tres horas de indecibles penas espiró el Autor de la vida? ¿que se obscureció el sol, tembló la tierra, se enternecieron los riscos, y se rasgó el velo del templo? Pues sabes cuanto se requiere para orar; y no se admitirá por legítima excusa tu pretextada ignorancia en el tribunal de Dios.

El tiempo mas oportuno para la oracion es el de la mañana, porque entonces las potencias están mas expeditas con el descanso de la noche. Sea el lugar retirado, la atencion grande, la postura devota, el cuidado en sacudir el sueño y avegaciones, mucho. No entre en la oracion prometiéndose sosiego y dulzura de espíritu, sino indiferente á lo que Dios le diere. Si en el discurso de ella se encuentra árido ó desolado, no se desanime; que tal vez será entonces su oracion mas meritoria, principalmente si no dió causa á las distracciones. Solicite

el recogimiento de potencias y sentidos entre dia; porque alma curiosa y ventanera, no será muy espiritual y devota.

Todas las tres potencias tienen en la oracion regular su ejercicio; acuérdase la memoria, discurre el entendimiento, y la voluntad ejercita sus afectos: ello es un negociar con Dios toda el alma de quien ora. Si el entendimiento adelgaza mucho, y alarga sobrado los discursos, córtesele el hilo; porque el fin de la oracion son los propósitos y afectos de la voluntad; no las especulaciones sutiles y nímias del entendimiento. En todo caso el fruto de la oracion sea el mismo que se pretende con el exámen particular: refírmese bien en los propósitos de pelear hasta vencer á la pasion dominante; zanje nuevas resoluciones de no dejarse llevar de ella en los lances ocurrentes; pida al Señor con humilde rendimiento esta gracia, y ponga por medianera para conseguirla á Nuestra Señora.

ADVERTENCIA.

La humanidad de Cristo despedazada es el mejor libro de meditaciones, porque su doctrina es práctica para todos y sin réplica. El fruto que se saca de la oracion no se ha de echar en el olvido; para lo cual importa renovar muchas veces entre dia los propósitos que en ella se concibieron, especialmente cuando se ofrece la ocasion de practicarlos. Aunque en la oracion no tenga

el alma consuelos y dulzura; si sale de ella humilde y deseosa de caminar á la perfeccion, es muy buena.

CAPÍTULO V.

Del santo sacrificio de la misa.

El ejercicio mas santo y respetable de la católica Iglesia es el sacrificio de la misa, y es un acto de religion con que ofrecemos á Dios, como á Señor supremo, el cuerpo y sangre de su santísimo Hijo. No se ofrecen en este sacrificio víctimas irracionales, como en la ley mosáica; sino el mismo Hombre-Dios, que se ofreció en la ara de la cruz por la redencion del universo. Uno y otro son el mismo sacrificio; aunque con esta diferencia, que en la cruz fue una sola vez, y con derramamiento de sangre; pero en el altar muchas, y es incruento. El mismo es tambien el sacerdote invisible Cristo, que por boca de sus ministros le ofrece, la misma es la víctima ofrecida, y unos mismos los fines.

Es á saber, tributar á Dios culto perfecto en una ofrenda digna de tan alta Majestad; satisfacerle por nuestros pecados; darle gracias por los beneficios recibidos, é inclinar su piedad á que prosiga en favorecernos. De aquí se infiere, que no se habia de pasar dia alguno al cristiano sin hacer el úl-

timo esfuerzo para asistir al santo sacrificio de la misa. Si cada año se celebrara una sola en el mundo, se desterraran á oirla de sus cuatro partes los fieles; pero ¡ah dolor! pásanse á muchos semanas enteras sin otra misa que aquella á que los arrastra un precepto. Y ¿cuál debe ser la atencion, cuál el silencio, cuál la reverencia de los que asisten á tan venerable sacrificio?

Cual fue la del discípulo amado, y la de la Vírgen nuestra Señora, que se hallaron presentes en el Calvario; y cual hubiera sido la suya, si con pleno conocimiento de tan altos misterios hubieran logrado igual fortuna. San Juan Crisóstomo dice, que los Ángeles sirven al sacrificio de nuestra redencion, que es este, con un santo temblor y con un profundo respeto : por donde se conoce el desacato, la insolencia ó falta de reflexion cristiana de aquellos que parece van al templo, ó por satisfacer la curiosidad, ó por mera ceremonia. Y á la verdad no sé qué indicio mas claro de relajacion puede haber en un pecho católico, que asistir con postura irreverente y corazon derramado á un acto que es el mas solemne de la religion que profesa.

Los cristianos de la primitiva Iglesia adoraban las columnas de los templos por reverencia al Señor de la Majestad que en ellos habitaba, y hasta los mahometanos

entraban descalzos en el cenáculo á donde bajó el Espíritu Santo. Sea, pues, la primera diligencia de quien desea oir misa, cerrar las puertas de sus potencias y sentidos á todas las cosas de la tierra, para emplear el alma toda en la contemplacion de tan divinos sacramentos. Medite sobre las penas del Salvador un rato. ¡Qué tormentos! ¡qué afrentas! ¡qué ultrajes! ¡qué cordeles! ¡qué azotes! ¡qué espinas! ¡qué cruz! ¡qué clavos! y ¡qué muerte!

Es preso como facineroso; es abofeteado como blasfemo; es despreciado como fatuo; es pospuesto á Barrabás como sedicioso, y es crucificado entre dos ladrones como el mayor de ellos. Haga sobre este plan lastimoso una séria reflexion de lo mucho que al Salvador está obligado, y de la gravedad de sus culpas, que fueron causa de tan atroces penas. Cuando se sintiere movido á compasion, á gratitud, á dolor, á detestacion de sus pecados, deje que el corazon se empape á satisfaccion en esos cristianos sentimientos, concibiendo un odio irreconciliable á su pasion dominante, y renovando los propósitos de no desistir de su empeño hasta haberla vencido. ¡Oh mónstruo! exclamará contra ella; ¡oh mónstruo! por tí he sido parricida, cristicida, homicida y deicida: confiésolo, mas que se bañe de rubor el rostro, y se parta el corazon de dolor.

Si se oyera con este espíritu la misa, se vieran presto reformadas las costumbres de los malos, y mejoradas notablemente las vidas de los buenos. Acostumbrémonos, pues, á ello, meditando cada dia algun paso de los mas insignes de la Pasion del Salvador, por el órden que en el capítulo de la presencia de Cristo paciente se prescribe. Hagamos al amorosísimo Jesús nuestras súplicas en tiempo de los mementos, que es el mas oportuno para su feliz despacho. Comulguemos á lo menos espiritualmente, cuando el sacerdote sume; que de esta manera será crecido el fruto que sacarémos del santo sacrificio de la misa.

ADVERTENCIA.

Gánanse muchas indulgencias visitando los cinco altares y rezando la estacion al Sacramento, y ambas cosas se pueden hacer acabado el sacrificio. Antes de partirse pedirá su bendicion al Señor con profundo respeto, y por la reverencia que se debe á tan alta Majestad, guardará silencio, modestia y compostura todo el tiempo que estuviese en la iglesia.

CAPÍTULO VI.

Del exámen general cotidiano de la conciencia.

Solo eres malo porque no te conoces, y no te conoces porque no te examinas, decia Séneca. De esta sentencia, que pareciera bien en la boca de un san Juan Crisóstomo, se infiere la importancia, por no decir necesidad, del exámen general cotidiano de la conciencia. Quien hace frecuentemente reflexion de sus miserias abate con el propio conocimiento el orgullo del corazon engreido, que es la basa sobre que sólidamente estriba el edificio de la perfeccion cristiana; y quien diariamente cita á juicio sus defectos, léjos está de apadrinarlos. San Ignacio de Loyola, que desde el primer dia de su conversion publicó guerra contra sus siniestras inclinaciones, tomó tan á pechos este ejercicio, que lo practicaba todas las horas del dia, creciendo con él por instantes su aprovechamiento.

Este exámen es una exacta revista de cuanto pasa en el interior del hombre; es una centinela que observa el movimiento de los enemigos domésticos; es una espada que degüella los egipcios de las pasiones; es un cuchillo que circuncida las su-

perfluidades del corazon; es, finalmente, una severa residencia que se toma delante de Dios el cristiano de su malos procederes, empeñando su palabra de no reincidir en adelante. Pero lo que mas encarece la práctica de este santo ejercicio es, que muchos son por ella astros del cielo, que fueron carbones del abismo. ¿Cuántos murieron de repente, que á no haberse arrepentido antes de acostarse, amanecieran condenados? ¿Y cuántos lloran su omision en las voraces llamas sin consuelo? Todas estas excelencias son propias no de una que otra ojeada superficial sobre los defectos que mas abultan; sino de una investigacion séria, en que se examinan á fondo todas las faltas, sin perdonar las conversaciones inútiles, la pérdida del tiempo, la infidelidad á la gracia, el dispendio de los talentos, sobre todo, aquellas á que induce la pasion dominante y el amor á las comodidades.

Consta este santo ejercicio de cinco puntos. En el primero se dan á Dios las gracias por los beneficios generales y particulares recibidos de su divina mano. En el segundo se pide al Padre de las luces conocimiento de las faltas cometidas; tambien de los ejercicios de virtud que se hubieren practicado. En el tercero se hace un fiel escrutinio hasta de las cosas mas ligeras del dia. En el cuarto se agradéce al Señor todo

lo bueno, y se deposita en sus manos para que esté á buena custodia. En el quinto finalmente se detestan todos los defectos, especialmente aquellos á que indujo la pasion dominante, y se propone con valentía de corazon la enmienda.

Porque el dolor y el propósito son las partes mas notables del exámen, importa detenerse mas en estas que en aquellas, gastando de tres partes de un cuarto de hora, que diariamente basta, dos en arrepentirse de las faltas y proponer la enmienda. Cuando la detestacion de las culpas tiene por objeto la bondad de Dios ofendida, es acto de contricion que por sí justifica (supongo el propósito de confesar y de la enmienda); pero si fuere por temor al castigo de la justicia divina, será atricion sobrenatural, la que solamente santifica al alma en el sacramento de la Penitencia. ¿Y por dónde rastrearémos la bondad del Señor, y lo mucho á que le estamos obligados? Por sus beneficios.

Criónos, sacándonos del abismo de la nada, y dejándose allá infinitos que no le fueran tan ingratos: ¡oh qué favor! Nos conserva sirviéndonos en cierto modo con todas las criaturas, y esto cortando el hilo de la vida á muchos menos infieles á su gracia: ¡oh qué beneficio! Quísonos entre cristianos: ¡oh qué amor! ¿Y qué fuera de nos-

otros entre idólatras, herejes, ó ateistas? Si acá donde florece tanto la religion verdadera, en donde el ejemplo de tantos buenos anima, y el visible ejercicio de las virtudes estimula, somos tan malos; ¿qué fuéramos en aquellos eriales, que solo brotan abrojos del error é idolatría? Por nosotros (todavía mas crecidos favores), por nosotros enlazó la segunda Persona de la Trinidad sagrada el mas estrecho parentesco con la humana naturaleza.

Por nosotros nació en un establo, vivió á los ojos del mundo una vida miserable, y murió la muerte mas cruel é ignominiosa, quedándose hasta el fin del mundo disfrazado bajo los accidentes de pan y vino en el augusto sacramento de la Eucaristía: ¡oh qué fineza! Por fin, los avisos, las inspiraciones, los desengaños, los remordimientos de conciencia, el estado, y sobre todo el no habernos quitado la vida cuando estábamos en su desgracia, son otros tantos beneficios que perpétuamente ejecutan á nuestro agradecimiento. Por aquí, por aquí podemos inferir cuál será aquella bondad que así favorece, que así espera, que así busca, que así llama, y que así perdona á quien por tantos títulos lo tiene desmerecido.

ADVERTENCIA.

Este exámen puede servir para las confesiones cotidianas, con tal que no se retracte el dolor y propósito que se tuvo al hacerlo la noche antecedente; pero si la confesion se dilata algunos dias, se han de recopilar todos los defectos cometidos desde la última bien hecha, segun la doctrina del capítulo que se sigue.

CAPÍTULO VII.

De la confesion sacramental.

¡Qué hermosa transformacion la que hace en el alma el santo sacramento de la Penitencia! Conviértese el culpado en inocente; el esclavo de Satanás en hijo de Dios; y el que poco antes era mónstruo horrendo por la culpa, en imágen bellísima del Criador á esmeros de la gracia. Aquí, pues, la necedad de los que miran con tal horror á este Sacramento, que lo reciben ó por temor á las censuras de la Iglesia de año en año, ó por respeto al qué dirán de tarde en tarde, expuestos al mas fatal precipicio. ¿Qué delincuente se detuviera perezoso en las prisiones, si pendiera su libertad de la confesion ingénua de su culpa? ¿Qué náufrago no alargara la mano á la tabla que le ofreciese la Providencia? Ó ¿qué enfermo rehusara la salud por un pequeño sinsa-

bor de la medicina? Pero no solo se califican de necios los que agobiados de pesadas culpas no solicitan su alivio en el sacramento de la Penitencia, sino tambien los que por siniestras preocupaciones, ó por excusas frívolas no le frecuentan.

Un solo grado de gracia de los muchos que allí se comunican al alma, monta mas que toda la naturaleza; pues ¿quién á tan poca costa no atesora para el cielo lo que vale tanto? Y ¿quién no solicita purificarse en esta vida de aquellas manchas, que necesitan para quitarse de mucho fuego en el purgatario? Viniendo ya á la práctica de quien desea recibir con mucho fruto este santo Sacramento, digo que la primera diligencia es indagar sus culpas con vigilancia racional, no nímia, no congojosa, no importuna, que esto fuera hacer odioso al Sacramento de la misericordia, Póngase en examinar la conciencia el cuidado que se pondria en buscar una alhaja preciosa, ó en un negocio de entidad, y esto basta. Aquel romperse dia y noche la cabeza; aquel no poder tomar el sueño; aquel desasósiego interior, que á veces se asoma al rostro y molesta á los domésticos; no, no es segun el dulce espíritu de nuestra amorosa madre la Iglesia.

Bastará á quien se confiesa dos veces á la semana un cuarto de exámen; media ho-

ra á quien de quince en quince dias; y al que de mes á mes una. Materia del exámen necesaria son los pecados graves cometidos despues del Bautismo; pero una vez bien confesados, solo son materia suficiente como los veniales. Examínese por los Mandamientos, y por sus peculiares obligaciones, entendiendo que puede faltar por pensamiento consentido, palabra, obra, y omision grave ó levemente; para lo cual se debe atender mucho al dictámen de la conciencia. Cuando al resolverse juzgó no faltar en materia grave, por mas que despues lo juzgue, no pecó gravemente; y aunque no sea la cosa grave de su naturaleza, si la juzgó tal cuando la hizo, cometió culpa grave. Descubra enteramente sus llagas al médico de su alma, que este es muy buen principio para la salud; y quererlas ocultar es necedad peligrosa.

Prudente es el rubor que impide el pecado; pero imprudente el que dificulta la penitencia. ¿Quién dijera que una soberbia refinada es el orígen de esta confusion? Pues lo es; que á ser humilde el penitente, holgara que el confesor lo tuviera por defectuoso. Ea, rompa el rubor que oprime su garganta, y desabroche bien el pecho al que como padre le guardará un inviolable sigilo. Nada dirá, que nada puede decir; y aunque pudiera lo callara; porque mas ha-

ce el penitente en fiarle su mayor secreto, que él en guardarlo. De mí aseguro, que ninguna cosa me obliga tanto á cualquiera persona, como la satisfaccion que veo hace, cuando sin reserva me descubre lo mas vergonzoso de su interior. Ni la enormidad del delito escandaliza al confesor prudente, ó porque leyó en los autores la fragilidad de nuestro barro, ó porque la estudió en la experiencia propia, ó porque la aprendió en la ajena. En todo caso sepa que mientras no manifieste su culpa grave, segun la tiene en la conciencia, ninguna de sus obras es meritoria. Nada le aprovechan las oraciones, nada las limosnas, nada las penitencias, aunque el golpe de la disciplina derrame toda la sangre de sus venas.

¡Qué locura! Por no pasar un poquito de rubor en el rincon de un confesonario, padecer eterna confusion. Piénselo bien; y si no tuviere valor para manifestar su delito al director propio (que fuera lo mas acertado), busque un confesor que no lo conozca, comenzando por estas palabras su confesion: *Padre, vengo poseido de la vergüenza.* No hay obligacion de confesar las faltas veniales; pero importa mucho manifestarlas, en especial las que pertenecen al exámen particular de la conciencia. Si no tuviere pecado grave ó leve de la vida presente, pondrá por materia de la absolucion

alguno determinado de la pasada, del que se deberá arrepentir, so pena de ser su confesion sin fruto. Aunque el confesor lo trate con entereza, aunque lo reprenda, aunque lo amenace; no se exaspere, antes lo oiga con humildad sin interrumpirle, y sin celarle lo que agrava á su conciencia: mire que en el tribunal divino no le valdrá la excusa de que calló el pecado por temor á la reprension.

Importa mucho la obediencia ciega, especialmente á personas escrupulosas: y así cuando el director las asegura de que están bien confesadas, lo crean; y ahorren ciertas reflexiones extravagantes de si se han, ó no se han explicado: si las ha, ó no las ha entendido: si tienen, ó no tienen dolor: si hubo, ó dejó de haber falta en el exámen, persuadiéndose que solo van seguras por la carrera de la obediencia. Hable el penitente de modo que el confesor lo perciba, no los circunstantes, que estarian obligados al sigilo; y entre tanto que llega su vez, ejercítese en afectos de arrepentimiento sobrenatural y propósito de la enmienda. Guarde silencio; y si advirtiere que espera alguna persona enferma, ó alguna otra gravemente ocupada, cédale la vez; que en ocasion semejante holgará se practique consigo la misma política cristiana. Mientras recibe la absolucion el que acaba, dirá

la confesion el inmediato, y ambos cumplirán, lo antes que cómodamente pudieren, sus penitencias. Si estas, ora satisfactorias, ora medicinales, fueren graves, obligan bajo pecado grave; si leves, bajo pecado leve solamente.

ADVERTENCIA.

Evite cuanto fuere posible la prolijidad en el confesonario, omitiendo cuentos ridículos, noticias impertinentes al Sacramento, faltas ajenas y ciertas pretensiones de mundo que hacen sospechosas las confesiones. Quien confiesa y comulga sacrílegamente, cuando la Iglesia le manda confesar y comulgar, no satisface á la obligacion del precepto.

CAPÍTULO VIII.

De la comunion sacramental.

Vive de tal suerte, decia san Ambrosio, que merezcas recibir á Cristo sacramentado todos los dias. En la primitiva Iglesia cuando hervia la sangre de Jesucristo, y estaba reciente su doctrina en la memoria de los fieles, comulgaban todos cada dia; y al paso que se fué apagando el fervor en tan santo ejercicio, se helaron los corazones, y se estragaron las costumbres de los cristianos. Hay muchos que cubriendo con capa de humildad su indevocion y ti-

bieza, comulgan de tarde en tarde, llevando mal que otros no los imiten; y es que el ejemplo de los fervorosos es una viva reprehension de su pereza. Confiesan su indignidad; pero no quieren entender que lo mismo que los retrae debiera atraerlos á la Eucaristía; puesto que no hay medio que mas disponga para una comunion como otra. Bueno es por sí el conocimiento de nuestro córto caudal, pero es mejor si nos estimula á buscarle remedio.

Posea nuestros corazones un respeto santo; mas no debemos abandonar nuestra necesidad en brazos de una ruin desconfianza. Si es Dios de la Majestad en cuya presencia tiemblan las columnas del cielo; tambien es Padre con los brazos abiertos para recibir al hijo pródigo, y cubrir con la estola encarnada del amor sus pobres andrajos. Acobardado estaba san Buenaventura, sin atreverse de humilde á celebrar un dia el tremendo sacrificio; cuando el Ángel del Señor tomó una partícula de la hostia, que otro sacerdote habia consagrado, y se la puso en la boca, entendiendo que era mas grato á Dios el sacrificio de la misa que su encogimiento. Ni es de temer que esta frecuencia menoscabe un ápice el respeto debido; antes ella misma aumentará la veneracion á Cristo sacramentado, porque dará al que lo recibe una

idea mas clara de sus admirables perfecciones.

Si te preguntan, decia san Francisco de Sales, ¿por qué comulgas con tanta frecuencia? Les dirás: que por aprender á amar á Dios; por purificarte de tus culpas; por fortalecerte contra tu flaqueza, y por hallar consuelo en tus aflicciones. Añádeles que dos castas de personas deben comulgar á menudo: los perfectos porque lo son; y los imperfectos para no serlo: los fuertes para no hacerse flacos; y los flacos para hacerse fuertes: los sanos para no enfermar, y para cobrar salud los enfermos: los que no tienen muchos negocios, porque están desocupados; y los que los tienen, para el acierto. Es indubitable, si no queremos cerrar los ojos á la misma luz, que entre todos los medios de la religion cristiana para la santificacion de los fieles ninguno mas eficaz que este augusto Sacramento. Aquí tiene el idiota maestro que lo enseñe; el enfermo médico que lo cure; el desamparado padrino que lo acoja; el perseguido abogado que lo defienda. Este es pan angélico que castifica; maná sabroso que alimenta; es bálsamo que suaviza; y no uno que otro destello, como los demás Sacramentos, sino toda la fuente de la gracia.

Procure, sí, disponerse con vigilancia; pero para que no le arredre su indignidad con

notable detrimento, sepa que hay dos disposiciones: una que debe tener el que comulga, otra que seria justo tuviese: aquella consiste en estar en gracia de Dios, en ayuno natural, y tener conocimiento de lo que allí se recibe: esta otra es una entereza de vida irreprensible y pureza de costumbres á que aspiran muchas almas con el favor divino. Deteste, pues, con fino dolor en el sacramento de la Penitencia las culpas graves, y trabaje en perder toda aficion á las leves; desprenda su corazon de las criaturas, solicitando el trato con el Criador, y buscando segun lo permitiere su estado el retiro; avive las ansias de llegar á tan sagrado banquete con fervientes aspiraciones la víspera; cójale el sueño de la noche con la memoria en Cristo; suspire su venida; reprenda al dia de perezoso, y al rayar el alba deje la cama; ofrezca las obras al Señor; haga el exámen; confiese con mucho dolor sus pecados; lea con especial ternura el capítulo III de la segunda parte, y con humilde confianza de que está bien dispuesto, pase al comulgatorio.

Cuando viniere el Sacramento en manos del sacerdote, sálgale al encuentro en tiernos suspiros toda el alma; y en llegando, cierre los ojos, abra los labios, ponga sobre el inferior la lengua, reciba la forma, y procure pasarla cuanto antes. Ya en su pe-

cho todo un Dios sacramentado, divida el espacio de media hora (si mas ó menos, lo dirán las ocupaciones) en tres partes. Gaste la primera en suaves afectos de admiracion, al ver que tan grande Majestad se abate tanto, que parece quiere anonadarse; llamando á los Serafines para que le ayuden á dar gracias por tan señalado beneficio. Emplee la segunda en pedir al Rey liberalísimo muchos favores, y en especial la victoria de su pasion dominante. Ofrézcale en la tercera, y vaya de corazon, toda el alma con todas sus potencias, y muy particularmente aquel obsequio que juzgare ha de ser mas de su agrado.

ADVERTENCIA.

Probar el caldo, enjugarse la boca ó cosa semejante, como nada pase al estómago, no impide la comunion. Tampoco la impide morder un hilo ó tragarse por casualidad una pajita. Los dias de concurso apártese luego del comulgatorio, para hacer lugar á los que se siguen. Todo el capítulo IV de la segunda parte son afectos propísimos para despues de haber comulgado.

CAPÍTULO IX.

Del cumplimiento de las cotidianas obligaciones.

No basta para ser una persona sólidamente devota, cual pretende formar este manualito, no basta que observe los Mandamientos de la ley, sino que debe aplicarse con ahinco á las particulares obligaciones de su estado. Así que no seria prelado devoto, sino mal prelado, aquel que no apacentase por sí ó por sus idóneos vigilantes coadjutores con el pasto de saludable doctrina al rebaño que Dios le tiene encomendado. Aquel juez que, cohechado del interés propio ó llevado del respeto ajeno, no administrase justicia; aquel padre de república, que poseido de su pereza, ó sobornado del regalo, no celase en desterrar escándalos y abusos; aquel abogado, que por el emolumento que espera emprendiese, ó no desistiese del pleito sin probabilidad de ganarlo; aquel médico que por no aplicarse con teson á los libros fuese homicida de sus enfermos; aquel militar que entregado enteramente á la diversion descuidase de lo que previene la Ordenanza, usurpase al soldado parte del sueldo que el rey le concede, y le permitiese vivir en una sentina de

vicios; aquel padre de familias que no repartiese á sus domésticos el sustento del cuerpo y alma, enseñándoles bien con la palabra, y mejor con las obras, el camino del cielo; aquel sacerdote que comiéndose la renta del beneficio, no cumpliese sus cargas, no alargase la mano al pobre, no emplease el talento en utilidad del prójimo, y no procurase una vida digna de un ministro del Evangelio; aquel religioso que descantillase la pobreza, ajase la azucena de la castidad, y recalcitrase á la obediencia, sin observar las reglas de su instituto, ni aspirar á la perfeccion á que Dios misericordiosamente lo ha llamado; aquel maestro que no solicitase de veras el aprovechamiento de sus discípulos en virtud y letras, dejándolos vivir á su libertad, sin apartarlos de los riesgos á que está expuesta la juventud; aquel estudiante que mas frecuente en la casa de juego y de la perdicion que en la Universidad hiciese fatal desperdicio del tiempo, del talento y del dinero; aquel oficial y aquel criado, que por su culpa no llenasen sus obligaciones; estos y otros semejantes muy léjos estarian de una vida devota y sólidamente cristiana.

Llaman unos á la fiel observancia de la ley y obligaciones del estado, alma; yo, fundamento de la perfeccion, porque sobre ella descansa con solidez el ejercicio de las

virtudes, la prática de los consejos evangélicos, y la ejecucion de ciertas devociones que parecen el carácter de las personas espirituales, y cuando hay aquello, va bien esto; pero emplear gran parte del dia en roer altares, pasear iglesias, catar santuarios, y manosear libros, descuidando de sus precisas obligaciones, es una ficcion, es un engaño, es una calificada hipocresía que podrá vendar los ojos á los necios é ilusos, no á los cuerdos y sólidamente espirituales. Cuando una persona el tiempo que habia de malgastar en ociosidades, en saraos, en comedias, en bailes, en el tocador, en el espejo, en el juego, en la conversacion inútil, en el cumplido de mundo, se aplica intensamente á la labor propia de su esfera para dar puntual salida á sus obligaciones, esta comienza bien: si despues practica con fervor los ejercicios que en esta obrita se prescriben, prosigue mejor, y á los principios y progresos corresponderá el fin de su carrera.

Pero si cuando habia de orar, confesar, comulgar y oir misa duerme á sueño suelto; si cuando habia de celar sobre la familia se está muy de asiento en la iglesia; si cuando habia de tomar con ahinco el trabajo se va á visitar enfermos, malo: ese espíritu no es sólido ni de Dios, que intimó al linaje humano, encabezado en Adan,

comprase á precio del propio sudor el pan de su sustento. Dé, pues, el primer lugar al cumplimiento de la ley y de sus obligaciones; practique á mas de esto con fervor sus devotos ejercicios, y tenga por cierto que este es el camino seguro. Contra quien así proceda podrá vituperar un temerario la comunion frecuente, el oir la palabra de Dios, el asistir al santo sacrificio de la misa, el leer un libro devoto, el visitar al Sacramento donde estuviere patente, el hacer el exámen de la conciencia; y ¡ay de quien así vituperare! que habrá de salir responsable en el tribunal de Dios de lo que se omita por su culpa.

El timorato, el que sabe discernir entre lo aparente y lo sólido, el prudente nada tendrá que censurar; que aplaudir y que imitar, sí. Sobre este pié deben andar los prácticos directores, y advertirán bien presto si es sólida ó no la virtud de sus penitentes. Cuando los vean que sobre ajustarse á los piés de su obligacion, van cual mercader solícito logrando todas las ocasiones de atesorar para el cielo, bella cosa: ellos hacen lo uno, sin omitir lo otro; hacen lo que se les manda, y hacen lo que se les aconseja; ellos son verdaderos israelitas sin dolo ni doblez, y son abejitas cuidadosas, que se labran el panal sin perdonar trabajo. Pero cuando adviertan que todo menos tra-

bajar, todo menos cuidar de su casa, todo voluntad propia: entren en vehementes sospechas de que van fuera del buen camino. Que se apliquen primero á la obligacion; que lleven acerca de esto el exámen particular; que rindan su juicio á la obediencia si quieren hacer progresos en la virtud.

ADVERTENCIA.

Cuando de dos cosas se hubiere de omitir una, sea siempre la de supererogacion. Acomode cada cual á sus obligaciones aquellos ejercicios que sean compatibles con ellos y se puedan hacer perfectamente. Lea el padre de familias con singular cuidado este capítulo, y cele mucho la práctica de su doctrina, exhortando á ella con el ejemplo.

CAPÍTULO X.

De la rectitud de intencion y de las diversiones.

Toda el alma de nuestras acciones es la intencion que las anima: si la intencion es recta, rectas; si torcida, torcidas serán ellas. San Basilio dice que todas las operaciones del cristiano tienen un solo blanco, que es la gloria de Dios; por lo menos era razon que lo tuviesen. Tuviéronlo las del patriarca san Ignacio, y aun por eso fue varon perfectísimo. La rectitud de inten-

cion rectifica hasta las obras mas indiferentes: la comida, el paseo, el descanso por agradar á Dios son acciones santas: sagrada alquimia que sabe convertir en oro finísimo el polvo despreciable. De tener ó no este blason las obras nacen los progresos de unos y los retrasos de otros en el camino del espíritu; y es cosa lastimosa que pudiendo ennoblecer á tan poca costa las acciones, no se haga.

¡Qué confusion será el dia del juicio para los negligentes ver que con las mismas obras con que perdieron ellos mucho, ganaron los vigilantes no poco, solo porque estos las hicieron por complacer á Dios, y ellos ó por mera costumbre, ó por no disgustar á su amor propio! En este rectificar la intencion se oculta mucho mayor caudal del que á primera vista se descubre; y es que como las acciones de suyo indiferentes que ocurren en uno y otro dia son tantas, si en todas ellas buscamos puramente la mayor gloria del Señor, será notable el aprovechamiento. Fuera de esto, cuando los ejercicios, por mas mecánicos que sean, se hacen por agradar á Dios, no esterilizan el corazon, antes bien lo dejan jugoso y expedito para el trato con su Majestad. Pero si el alma ni en los principios ni en los progresos de ellos se acuerda de dirigirlos á su último fin, expuesta está á no poder sa-

cudir las especies que tenazmente imprimen en la fantasía.

Los que usan de este mundo, decia el Apóstol, usen de él como si tal cosa no hicieran, so pena de no poderle desprender de la memoria. Finalmente digo, que quien procura la rectitud de intencion en todo, muy léjos está de oponerse á la voluntad divina. ¡Qué bien pareciera que dirigiese yo á Dios el sustento del cuerpo, y excediera despues los límites de la templanza! que le ofreciese un rato de conversacion, y murmurase en ella! que le consagrase el descanso de la noche, y no hubiera quien al dia siguiente me sacase de la cama! No, no concuerda bien sacrificar á Dios algun obsequio, y ofender á su Majestad, ó en el modo, ó en la sustancia de su ejecucion. Sea, pues, nuestro lenguaje familiar á la frente de todas las obras: *Señor, por agradaros: Señor, á vuestra mayor gloria.* Y no solo debiéramos usar este sagrado estilo en el principio, sino tambien en el discurso de nuestras acciones; que este actuar de nuevo la intencion es un cierto sacudir el polvillo de las distracciones, y un reforzar el espíritu para que no desfallezca.

En cuanto á la segunda parte del capítulo digo, que diversion (como el mismo nombre lo indica) *es alzar la mano al trabajo que fatigaba el ánimo, pero divirtiéndolo á*

otras cosas; porque pasar el tiempo sin ejercicio alguno es perderlo; y no se debe llamar recreacion honesta, sino ociosidad reprensible. Así que será decente diversion esparcir un rato el ánimo por la campaña, ó hacer alguna laborcita de manos (como lo practicaban los santos monjes del yermo) para quien estuvo muchas horas vacando á Dios en ejercicios espirituales, ó sobre los libros; y para quien se ejercita todo el dia ó la mayor parte en obras serviles, será loable recreacion leer un libro devoto, pensar un rato en el negocio de la salvacion, ó conversar de lo que conviene. Todos los maestros de la vida espiritual aconsejan una decente recreacion; porque como nuestras fuerzas son limitadas, van poco á poco descaeciendo con el trabajo, y necesitan rehacerse de cuando en cuando para trabajar despues con mayor ahinco. ¿Qué instrumento fuera constante en su armonía, á no aplicar el músico á su tiempo la mano á la clavija? Si se aflojó la cuerda con la repeticion de uno y otro golpe, necesaria es alguna páusa para levantarla.

Es, pues, la diversion loable y acto de la virtud de eutropelía, dice santo Tomás, como la acompañen estas condiciones: Primera, que no se busque en palabras ó en acciones torpes ó nocivas; y es su razon, porque como tales palabras y acciones son

inhonestas, no pueden hermanarse con acto alguno de virtud, cuya alma es la honestidad. Segunda, que no se gaste en la recreacion todo el conato de espíritu, porque eso fuera fijar en ella la voluntad, que debe parar en solo Dios, como fin que es de nuestras acciones. Tercera (y vale por trescientas), que no desdiga ni del tiempo ni del lugar, ni de la calidad de las personas; porque si desdice, no será recreacion cristiana. Á vista de esta angélica doctrina, pregunto: ¿Será loable diversion la comedia, el sarao, y otras concurrencias profanas en que solo place el equívoco menos decente, la palabra licenciosa y el pasaje amatorio? ¿Será loable diversion molerse los huesos con el baile hasta quedar rendido á la fatiga, sin fuerzas en el cuerpo para el trabajo, y sin jugo para los ejercicios devotos en el espíritu? ¿Será loable diversion el juego en que solo se busca la ganancia, ó en que se pone tanto conato, como se pusiera en una leccion de puntos? ¿Será loable diversion al eclesiástico el baile, al religioso la comedia, y á la señorita el juego de manos con personas de distinto sexo?

¡Qué han de ser! á esos juegos, y á esas diversiones las llamó san Juan Crisóstomo inventivas del diablo para sacar el jugo de la devocion, y arrastrar un crecido número de almas al abismo. Á decir verdad, ¿qué

hastío no engendran al trabajo semejantes recreaciones? ¿qué descuido de las familias no causan? ¿qué gastos supérfluos no ocasionan? ¿y qué trastorno de todo el hombre interior no llevan consigo? Me persuado que si cada cual consultase con sus propias experiencias el punto, habia de adherir á mi dictámen, confesando que las que el mundo llama diversiones decentes, y aun precisas, son la perdicion de muchos. Sobre todo quedemos advertidos de dos cosas: la primera, que en las diversiones se dará á entender no pocas veces nuestra pasion dominante; por lo que conviene estar sobre sí para refrenar sus insultos; la segunda, que ninguno tiene menos derecho á la diversion que el que en todo trata de divertirse.

ADVERTENCIA.

De las diversiones se tomen aquellas que impiden menos la presencia de Dios. Sean moderadas como las medicinas, y sin que embaracen el curso á las precisas obligaciones. Visitar al Señor sacramentado, á Maria santísima ó á alguna santa imágen; oir la palabra de Dios, consolar los enfermos ó encarcelados, son diversiones santas; tañer un instrumento, cazar sin fatiga, jugar al ajedrez, tablas ó pelota, con las condiciones referidas, son loables.

CAPÍTULO XI.

De la leccion espiritual.

¡Qué bien parece en las manos del cristiano un libro devoto! ¡Y qué conforme es en su leccion á la doctrina de los Santos! *Atiende á la leccion,* decia el Apóstol á su discípulo Timoteo, para que estudiase la verdad y aprendiese las máximas concernientes á la perfeccion evangélica. Encuéntrase en los libros ascéticos el consejo que avisa, el desengaño que estimula, el ejemplo que anima, y la tragedia que refrena. Las Escrituras sagradas ofrecen las verdades de la Religion; instruyen los santos Padres para que se reduzcan á la práctica; son las vidas de los varones ilustres modelo de nuestras operaciones, y una eficaz exhortacion al fervor y penitencia los ejemplos de tantos jóvenes y doncellas.

Y á la verdad ¿quién no se ha de alentar al sufrimiento en las enfermedades, al perdon de las injurias, á la mortificacion del cuerpo, al celo de las almas, á la victoria de las tentaciones, al uso de las penitencias, y á la confianza en la misericordia, leyendo la paciencia de Job comido de gusanos en el muladar; la oracion sosegada de Estéban por sus enemigos, la abstinen-

cia de Borja hasta pedir perdon á su cuerpo en la hora de la muerte, la caridad de Ignacio, sumergido en un estanque helado, por atajar á un jóven lascivo los pasos de su perdicion, la sagrada intrepidez de Francisco en la zarza, para que el dolor de las espinas contuviese la insolencia de la carne, la generosidad de Gonzaga en derramar la sangre de su inocente cuerpecillo al golpe de la disciplina, y la santidad heróica de un David lloroso, de un Pedro penitente, y de un Pablo arrepentido?

No hay espejo tan puntual, ni amigo tan fiel como un libro devoto: él avisa los mas ligeros defectos; él propone lo que nos conviene; él dice cara á cara las verdades sin temor á la persona con quien habla, y sin respeto á la lisonja. No se cansa de amonestarnos; no se enoja de que lo arrinconemos, siempre dispuesto á franquear el tesoro de sus instrucciones. Destínese, pues, cada dia un rato á este ejercicio con el fin de que se aficione á lo bueno y mejor la voluntad, y se instruya el entendimiento. Ha de ser la leccion devota, atenta y pausada, para que sea como el agua mansa, que cala las entrañas de la tierra. Si el pasaje que se lee enternece al corazon, suspéndase un poco la lectura, y en aquel paréntesis del cielo se ha de aprovechar la mocion del Espíritu Santo que, como decia

san Bernardo, suele ser breve y de tarde en tarde.

Cuando tropezare la vista con alguna sentencia, ejemplo, medio, ó aviso concerniente á la victoria de la pasion dominante, júzguelo amorosa providencia del Señor que le ofrece lo que por entonces le conviene. Entre la leccion espiritual así practicada y la oracion mental, hay tan estrecho parentesco, que aconsejan los maestros de la vida espiritual á personas de imaginacion intrépida que lean un poquito, y lo rumien; que tornen á leer y á rumiar, hasta que cebándose el entendimiento en algun desengaño, sientan encenderse la voluntad en buenos afectos y santos propósitos. Que cuando estos se apaguen, prosiga la leccion y las reflexiones, gastando en este su equivalente aquel tiempo que habia de emplear en la oracion retirada.

Pero ¿qué libros serán á propósito para esta leccion? Las Escrituras de uno y otro Testamento; las vidas de los Santos; las Confesiones de san Agustin; las obras de san Buenaventura; las de san Francisco de Sales; las de Gerson; Dionisio Cartujano; Ludovico Blosio; Fray Luis de Granada; el maestro Juan de Ávila; las de los Padres Luis de la Puente, Señeri, Pinamonti, Nepeu, Croisset; el Combate espiritual de Escupoli, y las Verdades eternas de Rosigno-

li. La Diferencia entre lo temporal y eterno del V. P. Eusebio Nieremberg para desprender al corazon del mundo, es obra pasmosa: los Ejercicios del V. P. Alonso Rodriguez, para la práctica de las virtudes, admirables: son acertadísimas en la escuela de la perfeccion las Máximas de santa Teresa: las Sentencias del V. Tomás de Kempis para elevar el corazon propísimas. Estos y semejantes libros, que por estar escritos con particular luz del cielo y uncion cási sensible del Espíritu Santo, alumbran el entendimiento é inflaman la voluntad, son los que pone la devocion en las manos de los que anhelan su aprovechamiento; y la misma destierra de ellas á los de pernicioso lenguaje ó sospechosa doctrina. Tales son los prohibidos por el santo Tribunal de la Fe, los libelos infamatorios, especialmente contra la autoridad pontificia y sagradas religiones, las comedias, novelas y papeles satíricos escritos con una ponzoña infernal y una refinada malicia.

Semejantes escritos introducen insensiblemente el veneno en el corazon de quien los lee; y cuando menos, secan y esterilizan el ánimo, dando testimonio de sí en sus efectos. Algunas veces se leen, ó por mera curiosidad, ó porque parecen de exquisito lenguaje ó de estilo peregrino; mas nada de esto indemniza á los lectores, ni bonifi-

ca á los papeles. El veneno (por mas que se brinde en copa de oro) siempre es veneno; y no por eso deja de matar al que lo bebe. Afuera de las manos sólidamente cristianas libros de tan maldita casta: entréguense luego al fuego, que solo merecen ser quemados. San Agustin llamó á las Escrituras sagradas *cartas misivas*, por venir del cielo para anunciarnos de parte de Dios la verdad, y á esotros escritos sacrílegos llamara yo *cartapacios de Lucifer*, salidos del abismo para inspirar en los corazones el odio, la impureza y el engaño.

ADVERTENCIA.

Procuren los padres de familias que asistan al rato de leccion espiritual sus domésticos, siempre que fuere compatible con el cumplimiento de sus obligaciones; y un dia por lo menos cada semana seria del caso que fuera la leccion del Catecismo, celando mucho el silencio entre tanto que se leyere.

CAPÍTULO XII.

De la conformidad con la voluntad de Dios.

La suma de nuestra perfeccion en esta vida, y el resúmen de nuestra felicidad en la otra, consiste en la entera conformidad de nuestras voluntades con la divina. El que en todo quiere lo que Dios quiere, es

perfecto; y el que en nada resiste á la divina Providencia, es dichoso. Porque ¿qué mayor perfeccion que amar á Dios en todo y por todo? ¿Y qué dicha igual á la de hallarse bien con cuanto le acaece? Quien por este camino de la conformidad va al cielo, adelanta mucho y sin especial fatiga sus jornadas: él es el atajo por lo breve y la carretera por lo suave. Al que mira la voluntad del Altísimo por regla de la suya, ni le engrie lo próspero, ni le abate lo adverso; porque lo cree todo regulado por un principio justísimo é inmutable. Si le halaga en su prosperidad la fortuna, agradece al primer móvil el impulso que dió á la rueda; si descarga sobre su espalda el azote de los trabajos, adora la mano que lo empuña: y es que lo atribuye todo á un Padre sobre amoroso sapientísimo, que puede y quiere disponerlo como conviene.

No es Dios menos justo cuando castiga que cuando premia; no es menos amable cuando atribula que cuando halaga; no es menos sábio cuando permite que cuando dispone; no es menos Padre cuando nos levanta que cuando nos abate. Es verdad que nuestra naturaleza recalcitra á lo que disgusta, y se va tras lo que la place: pero ni siempre la es dañoso lo que aborrece, ni provechoso lo que anhela. Muchos que con la prosperidad se perdieran, con la ad-

versidad se salvan: y nó pocos cayeran precipitados de su elevacion, á no cortar la Providencia el vuelo á los ascensos. ¿Pensais que esa falta de bienes temporales que os aflige, que esa ignominia que os acosa, que ese desamparo de amigos y parientes que os atribula, que esa enfermedad que os molesta, son acasos? Pues nada menos, nada menos: de lo alto vienen dirigidos tan pesados golpes, ó para que abrais los ojos á esa vida desreglada, ó para que os purifiqueis en ese purgatorio lento, ó para que llevándolos como venidos de la mano de Dios, os labreis á martillo la corona.

Quizá fuérais soberbio, codicioso, deshonesto, insufrible ó tibio, si el paternal cuidado del gran Dios no os tratara como os trata. Importa, pues, mucho creer que todo viene regulado por la amorosa providencia del Señor para llevarlo todo con igualdad. Porque así se lo persuadia el santo Job, no supo robarle la serenidad del rostro, ni la dulzura del trato, la muerte de los hijos, el robo de los ganados, el menoscabo de los bienes, el desamparo de los amigos, la necia importunidad de la mujer, ó el quebranto de la salud; siempre uno, y siempre con las alabanzas del Señor en el labio. Admirais la serenidad de este hombre santo: os pasma la paz inalterable de su espíritu; pues merézcaos la

imitacion un ejemplo que no desmerece vuestros elogios.

Cuando se os muriere el pariente ó el amigo (mas que sea el íntimo) decid: *loado sea el Señor*. Cuando se lleve una nube la cosecha, una enfermedad el ganado, un falso testimonio la honra: *loado sea el Señor*. Cuando se pierda el pleito, se desgracie el negocio, la pretension bien fundada se desvanezca: *loado sea el Señor*. Cuando os pospongan á los inferiores, haciendo mas caudal de su dictámen y de su mérito que del vuestro, sin querer dar oido á las razones que os indemnizan: *loado sea el Señor*. Cuando os agobien los escrúpulos, os fatiguen los temores, ó las tentaciones os crucifiquen: *loado sea el Señor*. Cuando el tropel de las precisas obligaciones ó el quebranto de la salud impidan el curso regular á vuestros ejercicios devotos: *loado sea el Señor*. Esta doctrina es á todos necesaria, pero con especialidad á aquellas personas que, en sacándolas de su paso, luego pierden la paz interior y la dulzura del espíritu; sin llegar á persuadirse en la práctica que la mas sublime virtud consiste en hacer siempre la voluntad divina, y que de esta turbacion y desasosiego son la verdadera causa, ó un ardid solapado de Satanás, ó un amor propio refinado.

Tomad esos achaques como venidos de la

divina mano: agradeced al Señor esos regalitos (asi los llamais, cuando consolais á otros): unid vuestros dolores con los del Salvador: edificad á cuantos os visitaren con el ejemplo: léase en vuestro rostro una serenidad inalterable: no os quejeis de los que os asisten; y tened por cierto que agradaréis tanto en esto solo á su Majestad (quizá mas y menos expuesto á vanagloria), que con esotros suspirados ejercicios. No os congojeis porque sentís los trabajos, que Dios no os quiere insensible, sino resignado. Sintiólos Cristo con ser fortaleza infinita, el que uniendo su voluntad con la del eterno Padre, canonizó con su ejemplo esta doctrina. Vuestra pasion dominante os pondrá con mucha frecuencia en la mano la práctica de este ejercicio, y él mismo es medio muy eficaz para vencerla.

ADVERTENCIA.

Cuando os aconteciere algun lance pesado, traed á la memoria la doctrina de este capitulo, que os podrá tambien servir para consolar á los atribulados; pero mirad no seais de aquellos necios que exhortando á la resignacion, quieren persuadir al afligido no sienta su trabajo, como si fuera de bronce ó de diamante.

CAPÍTULO XIII.

Del director y dirigido.

Muy expuesta al principio va aquella alma que no tiene quien la dirija. La nave que carece de piloto, el enfermo á quien faltó el médico, el infante incauto sin ayo, y el discípulo descuidado sin maestro, arriesgados están, y solo pueden conseguir el fin pretendido como por milagro. Pero á la manera que ni todos los que empuñan el timon son diestros pilotos; ni todos los que toman el pulso son médicos peritos; ni todos los que hacen lado al infante son fieles ayos; ni todos los que regentan una cátedra son dignos maestros; así no son buenos directores todos los que frecuentan el confesonario. Escoged uno entre mil, decia el V. M. Juan de Ávila, apóstol de Andalucía; y san Francisco de Sales: Escoged entre diez mil uno, porque se hallan muchos menos de los que pensamos, capaces de ministerio tan sagrado.

Ha de ser el director hábil en el conocimiento de las culpas, perspicaz en la penetracion de las conciencias, en discernir las inclinaciones naturales práctico, en aplicar las medicinas discreto, solícito en inquirir lo que importa, prudente en callar

lo que conviene, que á las veces en la cátedra del Espíritu Santo el no enseñar es obra de misericordia. No lo aparte de la rectitud ni la autoridad de la persona, ni la condescendencia ni el regalo, usando de la severidad ó de la dulzura cómo y cuándo convenga. Si dudare del espíritu que dirige, pruébelo con mucha sagacidad y largas experiencias, y así cumplirá el consejo del evangelista san Juan á los directores. Procure con ahinco que el dirigido tome á pechos vencer á su pasion dominante, que pise el idolillo maldito *qué dirán,* que vaya siempre contra los desafueros del amor propio, y sobre todo, que aborrezca el chisme y la murmuracion. Encárguele la modestia, la dulzura, la afabilidad y la cortesía, que no están reñidas con la virtud las rúbricas de una política cristiana.

No permita que el traje, gastos, y aun limosnas sean mas allá de lo que permiten sus rentas y su esfera, para que así se cumplan las obligaciones de justicia; pero mire no se meta en el gobierno de su casa y negocios temporales sin ser consultado; que esto fuera poner la hoz en miés ajena. Si no hiciere las paces estando enemistado, ó no restituyere lo ajeno pudiendo, diláte le la absolucion hasta que perdone y restituya; como tambien basta que deje la ocasion próxima voluntaria. En las mortifica-

ciones corporales atienda al estado, fuerzas y circunstancias del sujeto, porque no es discrecion aconsejar á todos una misma penitencia; bien es verdad que algunas mortificaciones se pueden permitir sin perjuicio de la salud aun á los menos robustos: como el dejar la fruta, el dulcecillo, el agua compuesta, y otras semejantes. Aficiónelo, sí, mucho á la interior mortificacion de las pasiones, que esta se hermana bellamente con la salud del alma y cuerpo, sin que haya legítima excusa para no hacerla. Que calle á la palabrilla picante é injuriosa; que cierre los ojos á toda curiosidad vana; que renuncie novelas impertinentes, y que no se deje llevar de la corriente de su apetito.

Todo esto ya se ve que pide mucho caudal de prudencia; y que no basta para llenar tan arduo ministerio poca teología moral y poca mística. Pues ¿qué de la virtud? Si el director no confirma con el ejemplo lo que enseña de palabra, no espere notables progresos en el dirigido; porque quien no practica lo que enseña, deshace con la una mano lo que hizo con la otra. Sea, pues, su vida irreprehensible; y para mantenerse en el respeto y autoridad que le concede su empleo, evite la familiaridad nímia que suele rozarse con el desprecio. El dirigido cuando hace eleccion del nue-

vo padre de su espíritu, déle entera cuenta de su conciencia, sin celarle cosa que pueda conducir al pleno conocimiento de su alma, y trátelo siempre con filial respeto. Séale obediente hasta morir, y oiga como de boca del mismo Cristo su doctrina. Si le ordenare que nada repita de sus confesiones, que pase á comulgar sin miedo, que no haga caso de sus escrúpulos, ejecútelo todo á la letra, persuadiéndose que no puede errar obedeciendo.

No haga mortificaciones corporales sin aprobacion del que lo dirige; y si le negare la licencia para ejecutarlas, quédese muy sosegado, entendiendo ser mejor la obediencia que el sacrificio. Para vencer las tentaciones practique con toda diligencia los medios que le prescribiere; y si se siente movido á algun ejercicio santo, déle puntual noticia de sus inspiraciones. Cuando hubiere de tomar estado, proponga al director los motivos que para elegir este y no otro se le ofrecen; persuadido ser este punto de tanta importancia, que quizá depende del acierto su salvacion. Antes de escoger director, consulte mucho con Dios para que su Majestad le inspire cual conviene; pero una vez elegido, manténgalo, á no ser que la experiencia le enseñare que con el tal no le va bien en su aprovechamiento, ó porque no le da medios para

adelantarse, ó porque los que da son del todo fútiles y sin efecto.

ADVERTENCIA.

Si viviere en algun lugar en que no hay director con las sobredichas circunstancias, solicite ocasion de consultar las cosas de su alma con sujeto de virtud y sabiduría, gobernándose por las máximas que le comunicare, y entre tanto obedezca á su confesor, á quien Dios inspirará lo que mas le conviniere.

CAPÍTULO XIV.

De la presencia de Cristo paciente.

¡Qué respeto infunde en el ánimo de los grandes la presencia del Rey! ¡Qué atencion ocasiona en los discípulos el semblante del maestro! ¡Y qué aliento imprime en el corazon de los soldados el rostro de su general! Ninguna empresa parecia insuperable al ejército de Alejandro, y es que solo su aspecto inspiraba marcial coraje aun á los mas cobardes. Esta verdad persuade eficazmente al cristiano la presencia de Cristo paciente, su rey, su capitan general y su maestro: como si ella fuese una escuela universal de perfeccion, á que debe aspirar. Todo lo es; porque todas las empresas del soldado discípulo de Cristo se reducen á aquel *agere, et pati fortia* de los

romanos: y para hacer y padecer cosas arduas, infunde la presencia del Salvador fortaleza del cielo y una mas que humana sabiduría.

¡Oh y cuánto enseña aquel sufrimiento en los trabajos! aquel silencio en las injurias! aquella serenidad en las afrentas! ¿Habrá candado que así cierre á toda queja el labio del cristiano? ¡Oh y cómo estimula la paciencia, la humildad, la mansedumbre y la constancia de un Hombre-Dios á la imitacion de semejantes virtudes! ¿Se predicará sermon tan eficaz y que inspire en el corazon de un puro hombre semejante aliento? Cristo cual corderillo manso que llevan al matadero; ¡y yo su discípulo impaciente! ¡yo insufrible! ¡yo vengativo! Ni esta presencia de Cristo paciente es ejercicio de solos principiantes; para todos es, para los que comienzan, para los que adelantan, y para los aprovechados en la virtud.

Los que están en la via purgativa tienen sobrado motivo para la detestacion de sus culpas á vista del estrago que causaron en su amoroso Padre, publicando la mas cruda guerra contra sus pasiones, especialmente contra la dominante. Los que caminan por la via iluminativa pueden fijar sus pasos sobre las huellas de su Maestro, imitando sus ejemplos. Finalmente, los que

desean unirse por amor con Dios, aquí encontrarán otros tantos lazos cuantas son las finezas del que derramó por ellos la sangre de sus venas. Ea, baste de elogios: vamos á estudiar la práctica de toda esta doctrina por los siete dias de la semana.

ORA EN EL HUERTO.

Figúrese el cristiano desde por la mañana sobre su corazon á Cristo, que ora con terrible pena, que suda sangre entre agonías de muerte, y que en medio de tanto dolor se conforma con la voluntad de su eterno Padre. Á vista de un espectáculo tan lastimoso, y de tan raros ejemplos, clame unas veces: «¡Oh Jesús mio, si yo pudiera «serviros de algun consuelo! Otras: aquí «teneis las telas de mi corazon, para enju«gar esa sangre que os baña. Otras: mue«ra, Padre mio, quien tiene la culpa de tan«to dolor, que son mis ingratitudes. Otras: «dadme, Dueño de mi alma, fortaleza para «beber el cáliz de mis trabajos. Otras: ya «no dejaré la oracion, aunque me afijan «las desolaciones. Otras finalmente: no «quiero hacer mi voluntad, sino la divina.»

ES ENTREGADO Y PRESO.

Imagínese el cristiano desde la mañana sobre su corazon á Cristo entregado por Judas con ósculo de paz, atropellado por las

calles de Jesuralen, mesados sus venerables cabellos, y herida su inocente mejilla con una récia bofetada. Haga reflexion atenta sobre la serenidad y dulzura de la persona que padece, hasta exclamar pasmado: «¡Oh paciencia de un Dios! ¡oh man«sedumbre infinita! ¡Vendido el Maestro «por un traidor discípulo, y calla! ¡El au«tor de la libertad en prisiones, y enmu«dece! ¡Ultrajado el rostro, en quien se es«pejan los Serafines, y no se queja! ¡Qué «es esto, Jesús mio! ¡Vos así con ser la mis«ma inocencia, y yo soberbio! ¡yo impa«ciente! ¡yo altivo! Se me cae la cara de «rubor al ver lo poco que imito vuestros «ejemplos.»

ES AZOTADO EN LA COLUMNA.

Mire compasivo el cristiano desde la mañana sobre su corazon á Cristo, amarrado á la columna y despedazado á la violencia de los azotes que descargó la impiedad de los sayones sobre su espalda. Dígale con las voces de una profunda admiracion, penetrado de sentimiento: «¿Por qué os tra«ta con tanta fiereza la perfidia de los ju«díos? ¿Por qué dísteis ojos á los ciegos, «manos á los mancos, salud á los enfermos, «y vida á los difuntos? En verdad, que si «no son delito vuestros favores, ningun

«motivo les habeis dado para que así os mal-
«traten. Yo sí, yo sí, que soy delincuente,
«dignísimo de semejante castigo : pues
«¿por qué ha de pagar, Jesús mio, vuestra
«inocencia lo que debe mi malicia?»

ES CORONADO DE ESPINAS.

Llévese á su vista el cristiano desde la mañana sobre su corazon á Cristo coronado de espinas y con una caña en la mano. Reflexione mucho los errados pareceres del mundo : castiga al inocente ; trata de Rey intruso al legítimo heredero de la corona ; se burla de la omnipotencia, y desprecia al que es infinita sabiduría. «¡Ah mundo!
«¡ah mundo! ¿cómo quieres haga caso de
«tu juicio, cuando lo tienes tan perdido?
«Si mis pensamientos merecen las espinas,
«¿por qué las clavas en la cabeza de la mis-
«ma inocencia? Si yo merezco la librea de
«loco, ¿por qué la vistes al que cuenta por
«su nombre las estrellas, y gobierna todo
«el universo? Bien puedes tratarme de in-
«sensato, que no, no seguiré tus máximas,
«sino el ejemplo de mi Maestro.»

LLEVA LA CRUZ Á CUESTAS.

Hágase presente el cristiano desde la mañana sobre su corazon á Cristo que sale con

la cruz entre ladrones, que lo encuentra su afligida Madre, que cae sobre su venerable rostro en el suelo, y hablando con su Majestad le dirá: «¿Qué es esto, Jesús mio? «¡Vos por tierra! ¡Vos sobre el polvo! ¡Vos «sin aliento! ¡Vos, que sois la misma for- «taleza, y sosteneis con dos dedos de vues- «tra mano toda la máquina del universo! «¡Vos! Si me dais licencia, os ayudaré á le- «vantar: tomaré mi cruz, iré en pos de Vos «al Calvario, persuadido de que no hay otro «camino para el cielo.»

ES CRUCIFICADO EN EL CALVARIO.

Acompañe el cristiano desde la mañana á Cristo sobre su corazon en los misterios del Calvario. Mire como le arrancan la túnica inconsútil; como le renuevan las heridas; como le clavan en la cruz; como agoniza, y como muere. Aquí asombrado explicará su dolor de esta manera: «Dejó «ya de vivir el Autor de la vida; ¡y vivo! «Murió todo mi bien; ¡y no muero! Espiró «el inocentísimo Jesús en una cruz; ¡y no «espiro! ¿Á dónde iré sin Padre? ¿En dón- «de encontrará algun desahogo mi llanto? «¿En las riquezas? ¿en las honras? ¿en los «deleites de la tierra? No por cierto, no, «que ellos fueron los instrumentos de mi «perdicion, y la causa de padecer el Reden- «tor del mundo tan atroces tormentos.»

ESTÁ DIFUNTO EN LOS BRAZOS DE SU MADRE.

No pierda de vista el cristiano desde la mañana sobre su corazon á Cristo difunto en los brazos de Nuestra Señora. ¡Qué deshecho el cuerpo del Hijo! ¡qué afligido el corazon de la Madre! Pero ¡qué fuerte! ¡qué constante! ¡qué sufrido! No desmaya, aun cuando se le introduce á paso lento por los ojos la muerte de su propia vida. Aunque pobre y desamparada en la mayor afliccion, no se queja. Mira en el espejo que tiene á la vista las injurias que han hecho á su amado los judíos, sin premeditar otra venganza que abogar por ellos en el tribunal de la misericordia. «¿Y no perdonaré el «agravio que se me hizo? ¿no llevaré con «resignacion los trabajos? ¿Tendré voces «para quejarme de la pobreza? ¿no me com«padeceré de los dolores de Nuestra Seño«ra? ¡Oh! así pudiera yo trasladar una por «una á mi pecho aquellas sus siete es«padas.»

Estos afectos han de ser el fruto de la presencia de Cristo paciente; pero si el Espíritu Santo, que es el mejor maestro de espíritu, le inspirare otros, obedezca á la inspiracion, dejándose llevar por donde el Señor quisiere. Mas por lo mucho que le importa, nunca pierda de vista al divino

Catedrático de la verdad: imagíneselo siempre atento á lo que piensa, atento á lo que dice, atento á lo que hace, y atento á cuanto padece. Unas veces como que lo alienta al trabajo, otras como si lo exhorta á la paciencia; y en breve conocerá la eficacia de este prodigioso ejercicio para adquirir la perfeccion. Cuando se levantare de la cama, levántese como si lo viera Cristo, y será modesto: cuando comiere, hágalo como si Cristo lo mirara, y será templado: si ora, ore en la presencia de Cristo, y no será remiso: si habla, sea como si Cristo lo escuchara, y será cauto; poniendo, para hacerlo con mas facilidad, los ojos en una estampa de la pasion que corresponda al dia, luego que se despertare por la mañana. La mayor recomendacion de este ejercicio es haberlo practicado Nuestra Señora, segun la misma lo reveló á santa Brígida.

ADVERTENCIA.

En los movimientos tan primeros, especialmente de impaciencia, que cogen al alma desprevenida, sea el primer cuidado ponerse en la presencia de Cristo, para proceder segun la doctrina de tal Maestro. Mire no se cargue de razones; porque á mas de que ninguna puede haber para impacientarse, daria con eso alas á la pasion; y esta una vez amotinada, ofusca al entendimiento, y hace que se pierda la dulzura del espíritu.

PARTE SEGUNDA.

TRATA DE LA DEVOCION Y SUS EJERCICIOS SEGUN EL ESPÍRITU DE LA IGLESIA.

CAPÍTULO I.

De la verdadera devocion.

Tan varios como errados son los dictámenes que regularmente se forman sobre el carácter de la devocion verdadera. Apenas hay virtud en que mas fácilmente se equivoquen las almas; siendo así que ninguna mas familiar en el camino de la perfeccion. Persuádense algunos que está en ciertas preces ó número de oraciones vocales, que por ningun caso omiten: si así fuera, apenas se hallara en el pueblo cristiano quien no fuese verdaderamente devoto. Porque ¿quién hay que no rece el Rosario á Nuestra Señora, ó no tribute el obsequio de algunas oraciones vocales al Santo de su devocion cada dia? No es esto la devocion: ni es rezar mucho, enternecerse mucho, saber muchas cosas de la otra vida y parlarlas. Si la persona toda no está dedicada á

Dios, toda con el corazon, toda con la lengua, toda con las manos, y toda con las obras, no es sólidamente devota; y como lo dicho no se alcanza sin una séria meditacion y victoria de las pasiones, por eso son poquitos los verdaderamente devotos.

Es, pues, la devocion una virtud que inclina la voluntad criada, para que practique con prontitud cuanto juzga obsequio de la divina; y así la impele á la puntual observancia de los mandamientos del Señor, al cumplimiento de sus peculiares obligaciones, y á obedecer la inspiracion sobrenatural y consejos del Evangelio. De esta doctrina, que es del gran maestro de espíritu san Francisco de Sales, y muy conforme á la de santo Tomás, se infiere lo primero, que los que atropellan este ó aquel mandamiento de Dios, que descuidan de esta ó la otra obligacion precisa de su estado, no cumpliendo, ó solo por ceremonia, sus empleos; mas que enlacen un escapulario al cuello, un cordon á la cintura ó un rosario á la mano, no son en la realidad devotos.

Lo segundo, que la verdadera devocion está reñida con los espíritus poseidos de la ociosidad y desdeñosos al trabajo. De todo hay en la viña: hállanse personas rezadoras, que con muchas devociones y sin rastro de devocion pescan cuanto comen. Lo

tercero, que para ser una alma verdaderamente devota, á mas de la amistad con Dios por medio de la gracia, debe tener su voluntad enteramente sacrificada á la divina: que quien se contenta con ciertas exterioridades, impaciente al trabajo, sordo á la inspiracion, y nada resignado, dista tanto de la devocion verdadera, como la sombra del cuerpo, ó el hombre vivo de su perspectiva. Lo cuarto, que los ejercicios llamados comunmente devociones son actos de la devocion, cuando nacen de un ánimo verdaderamente devoto, y el alma de tales ejercicios es hacerlos devotamente.

El Espíritu Santo, que ó por sí ó por sus ministros ordena la devocion en las almas, no es uniforme en todas. Un religioso, una religiosa, un eclesiástico puede y debe tener mas devocion y mas devociones que un lego. Un padre de familias, una persona de empleo público que ejecuta á todo un hombre, ni debe ni puede abarcar tantos ejercicios devotos cuantos una persona libre sin especiales obligaciones. Lo que importa es, que ó muchas ó pocas, sean mas ó sean menos las devociones, se hagan con espíritu sosegado, humilde, atento y respetuoso: para lo cual ayudará la prévia reflexion de que fuera acaso mejor no hacerlas que hacerlas mal. Es Dios el fin último de nuestros devotos obsequios, es la

misma perfeccion y santidad : pues póngase toda la mente y todo el corazon en ellos, para que no desdiga la oferta de la Majestad á quien se hace.

De tres maneras podemos sacar de nuestras devociones fruto contra la pasion dominante : ya dirigiéndolas al Señor, para impetrar por este medio robusta gracia con que pelear hasta vencerla ; ya ofreciéndolas en satisfaccion de los defectos cometidos ; ya sacando de ellas mismas propósitos eficaces de no tornar á cometerlos. De no practicar con este espíritu las devociones nace que muchos no adelantan un paso mas hoy que ayer, este año que el pasado en el camino de la perfeccion cristiana. Hállanse personas todo el dia royendo altares, sin rastro de mortificacion. Si las dejan con sus plegarias, muy satisfechas ; pero tóquenlas un poquito en lo vivo, y luego saltan como víboras impacientes ó al aviso ó á la correccion que las humilla.

ADVERTENCIA.

Porque quien está en pecado mortal es enemigo de Dios, importa mucho dar principio con el acto de contricion á todas las devociones, para que sean aceptas y agradables á su Majestad. Señálese hora para hacerlas, y no se dejen de propósito para cuando las potencias están fatigadas con los negocios temporales, ni para la ca-

ma, que fuera exponerlas á la flojedad, al sueño y á la irreverencia.

CAPÍTULO II.

Gemidos del corazon contrito para antes de la confesion.

Soberano Dios de todo lo criado, lleno de rubor comparezco ante vuestra Majestad, no para que me castigueis como merecen mis maldades, sino para que useis con esta vil criatura de vuestra misericordia. Reo soy, y mis delitos claman al cielo justicia; pero Vos sois la misma clemencia. Soy hijo pródigo, y me hallo en la última miseria por haber disipado el tesoro inestimable de vuestra gracia. Fáltame, Señor, el mérito de las buenas obras que perdí por mi culpa; fáltanme las virtudes que debiera haber acaudalado con vuestras inspiraciones; soy un mendigo vestido de los viles andrajos de mis pasiones y brutales apetitos. Un infierno, Padre clementísimo, fuera poco castigo para mis pecados: ya ardiera mi alma en el volcan abrasador del abismo al lado de Lucifer y Judas, á no haber suspendido el golpe tanta misericordia.

¿Y qué seria de mí, Señor, sin Vos eternamente? ¡Yo criado para pisar las estrellas, hollado de los demonios! ¡yo nacido

para cortejaros en la gloria, huérfano en los calabozos del infierno! ¡yo, que os habia de gozar en compañía de María santísima para siempre, para siempre sin vuestra amabilísima presencia! ¡Oh maldita culpa que á tanto riesgo me expusiste! ¡Oh quién hubiera reventado mil veces antes que haberse visto en tal peligro! ¡Y no se parte mi corazon de sentimiento! Perdí la gracia atesorada con tanto trabajo: ¡oh qué pérdida! Arriesgué mi salvacion, y estuve en las puertas del abismo: ¡oh qué riesgo! Me desvié del Dios que me crió, del Padre que me sustentó, del Maestro que me enseñó, del Redentor que con la sangre de sus venas me redimió: ¡oh qué desvío!

¿En dónde estais, espadas penetrantes del mas agudo dolor, para atravesar mi corazon de parte á parte? ¿En dónde, lágrimas de sangre, para llorar tan desmedida ingratitud? ¡Mi Jesús azotado en la columna por mis deshonestidades! ¡mi Padre coronado de espinas por mis pensamientos! ¡mi Dios agonizando de pena en el huerto por mis ingratitudes! ¡El Rey de cielo y tierra tenido por loco, y pospuesto á Barrabás por mi soberbia! ¡El Autor de la vida puesto en una cruz por mis malditas culpas! ¡Y mis ojos serenos! Pero no, que ya se enternecen al considerar que yo fuí causa de tan lastimosa tragedia; ya se angustia mi

corazon, ya clamo á las puertas de vuestra clemencia.

«Señor mio Jesucristo, Dios y Hombre «verdadero, en quien creo, en quien espe- «ro, y á quien amo sobre todas las cosas, «mas que á mi vida, mas que á mi alma, «mas y mas que á todas las criaturas: me «pesa, Dueño mio, de haberos ofendido por «ser quien sois, tan bueno, tan santo, tan «justo y tan misericordioso: que sois abis- «mo de bondad, abismo de santidad, abis- «mo de justicia, abismo de misericordia; y «propongo nunca ofenderos, confesar en- «teramente mis culpas, apartarme de todas «las ocasiones de pecar, mejorar de vida, «y buscar el cielo con vuestra divina gra- «cia. Amen.»

ADVERTENCIA.

Quien desea arrepentirse de sus pecados por temor al castigo, imagínese á las puertas del infierno, mirando á los que allí padecen sin alivio. Pero si quiere dolerse por la bondad de Dios á quien está tan obligado, figúrese al Salvador, hecho un retablo de dolores, como que le dice: *Mira cuál me ponen tus ingratitudes.*

CAPÍTULO III.

Suspiros del corazon devoto para antes de comulgar.

Omnipotente Señor de cielo y tierra, á quien adoran rendidos los mas encumbrados Serafines; confieso que sois Hijo del eterno Padre, Dios y Hombre verdadero: en las perfecciones igual al Padre y al Espíritu Santo, en el poder infinito, en la santidad sin término, piélago sin fondo en la grandeza, abismo sin vado en la misericordia. Todo esto confieso que sois en este augusto sacramento de la Eucaristía; pero esto mismo me acobarda para recibiros. Porque ¿cómo se han de juntar extremos tan opuestos, cuales son lo sumo y lo ínfimo, la bondad y la malicia, el cielo y la tierra, el Rey y el vasallo, el Criador y la criatura? Sé que en vuestra soberana presencia no se atreven á levantar sus ojos los bienaventurados; pues ¿cómo tendré yo aliento no solo para veros, sino aun para incorporaros en mi pecho?

En verdad, Señor, que á no alentarme vuestra mucha dignacion y clemencia, me acobardara mi pequeñez á vista de tanta majestad y grandeza; pero ya que Vos, por tener con los hijos de los hombres vuestras

delicias, me convidais á tan diniva mesa, acepto, aunque lleno de rubor, el convite. Pasaré con rendida voluntad al mas soberano banquete; así Vos purifiqueis mis labios con una brasa de vuestro amor, como lós del profeta Isaías: así limpieis las inmundicias de mi alma con el rocío de vuestra gracia: así arranqueis de mi corazon la mas fuerte de mis pasiones y el afecto á las criaturas: así me concedais la pureza de los Ángeles, el amor de los Serafines, la disposicion que tuvieron todos los Santos para recibiros, y sobre todo la de vuestra santísima Madre cuando os encarnásteis en sus purísimas entrañas.

Y porque sé que lo que mas os da en rostro son las culpas, ya las detesto de nuevo, amado mio, ya aborrezco las imperfecciones de mi vida, ya abomino la tibieza, ya se abrasa, Padre mio, el corazon en vivas ansias de recibiros, ya desea mi pecho aposentaros dentro de sí mismo, ya os digo con toda el alma: «Venid, Hijo consustan-«cial del eterno Padre; venid, Reparador «del mundo arruinado por la culpa; venid, «fuente perenne de la gracia, mar sin fon-«do de dulzura, piélago inagotable de bon-«dad, vida de los justos, Padre de los huér-«fanos, recreo de los afligidos, gloria de «los bienaventurados; venid, Esposo mio, «venid, que solo con vuestra presencia da-

«ré saltos de placer, como el Bautista en «las entrañas de Isabel su madre: se abra- «sará mi pecho en un volcan de amor, se «ahuyentarán las sombras del entendi- «miento, y se inflamarán los castos afectos «de la voluntad.

«Venid, no tardeis un punto, que ya des- «fallezco de amor, ya me anego en un pié- «lago de dulcísimos deseos, ya me niego á «mí mismo y á todo lo que no sois Vos. «Vuestro soy, suavísimo Padre mio, y co- «mo dueño legítimo tomad posesion de mí, «de todas mis potencias y sentidos, para «que en adelante Vos solo seais el blanco «de mis pensamientos, el objeto de mis ca- «riños, el centro de mis operaciones por «gracia: así sea, Esposo mio, todo mi bien, «todo mi consuelo, toda mi gloria. Amen.»

ADVERTENCIA.

La comunion espiritual es un deseo de recibir á Cristo sacramentado; y así todos podemos comulgar una y muchas veces cada dia, porque todos podemos desearlo. La práctica de este santo ejercicio se reduce á estos ó semejantes afectos: *¡Oh Señor, si yo estuviera aparejado para recibiros, con cuánto gusto os depositara dentro de mi pecho!*

CAPÍTULO IV.

Afectos del corazon agradecido para despues de haber comulgado.

Altísimo Rey de todo lo visible é invisible, á cuya soberanía respetan humildes los Ángeles, obedecen rendidos los Arcángeles, y rinden obsequioso vasallaje los Serafines : pasmado estoy y como fuera de mí al considerar vuestra imponderable dignacion para con esta vilísima criatura, esclava de sus apetitos y rea de lesa majestad. ¡Vos en mi pecho, que solo ha usado con Vos groseros desvaríos! ¡Vos en mi corazon hediondo y abominable por su desordenado afecto á las criaturas! ¡Vos en mi alma denegrida con tantas y tan horrendas culpas! ¿Quién sois Vos, y quién soy yo? Vos sois el Dios de la majestad, y yo el mas vil gusanillo de la tierra. Pues ¿de dónde á mí tanta dicha que el mismo Rey de la gloria quiera honrar el establo inmundo de mi pecho con su presencia?

¡Oh amor inefable, y quién hubiera coconocido antes vuestra bondad! ¡Oh Dios escondido, y quién hubiera gustado desde el uso de la razon el torrente de vuestra dulzura! Alábente, Señor, por la dignacion que usais con esta indigna criatura, los Án-

geles: alábente por tan señalado beneficio los Principados, las Potestades, las Virtudes, las Dominaciones, los Tronos, los Querubines y los Serafines. Glorifíquente, Dueño mio, los Patriarcas, los Profetas, los Doctores, los Evangelistas, los Mártires, los Confesores y las Vírgenes.

Entonen himnos de perpétuas alabanzas á vuestra bondad los justos de la tierra, los bienaventurados del cielo, y sobre todo aquella Vírgen Madre, en cuya belleza os complaceis mas que en la de cualquiera criatura. Pero ¡oh qué dicha la mia! Hallado he al resplandor del Padre, al júbilo de Israel, al Cordero inmaculado y al Esposo divino. Ya lo tengo depositado sobre las telas de mi corazon, y no le dejaré. Sacramentado está en el tabernáculo de mi pecho el Santo, Santo, Santo, Dios y Señor de los ejércitos, que me dará valor para pelear sus batallas. Flaco soy; pero mi Rey es la misma fortaleza. Mendigo soy; pero mi Dueño es la misma riqueza de los cielos. Enfermo soy; pero mi Padre es médico que lleva la salud en sus alas á cuantos la desean. Tibio soy; pero mi Amado es fuego que vino á encender con su llama toda la redondez de la tierra.

Concededme, pues, Esposo mio muy querido, estas gracias y aquellos dones que me faltan para agradaros, una fe firme, una es-

peranza constante, una caridad ardiente, una humildad profunda, una obediencia rendida, una pureza angélica, y una sed insaciable de tribulaciones; porque si la prenda mas segura del amor es padecer por el amado, quiero que entiendan los cielos y la tierra, los Ángeles y los hombres que os amo; porque padezco gustoso las penalidades de mi cuerpo, las angustias de mi espíritu. Con igual valentía de amor pelearé contra mi pasion dominante, y derramaré la sangre de mis venas por no perder vuestra amistad, como me asista la divina gracia. Amen.

ADVERTENCIA.

Si el alma se sintiere interiormente movida del Señor que ha recibido, siga su impulso, y aprovechará mas en poco rato que en la prolongada leccion de estudiados afectos. El demonio, que á las veces se transforma en ángel de luz, huye de Cristo sacramentado: por tanto, este es el tiempo mas oportuno para consultar al Maestro divino nuestras dudas, y resolver segun las luces que su Majestad nos comunicare.

CAPÍTULO V.

Expresiones de reverencia, amor y gratitud á la santísima Trinidad, á Cristo Señor nuestro y á la beatísima Vírgen.

Á LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Ó Trinidad amabilísima, Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo Dios en la naturaleza, y trina en las personas, incomprensible en los secretos, admirable en las providencias, y divina en todas las perfecciones: yo os adoro cómo mi primer principio y mi último fin con el mas profundo respeto: os glorifico por todos cuantos son vuestros soberanos atributos, y me confieso enteramente obligado á vuestros beneficios. Quiero alabaros con todos los Ángeles, serviros con todos los justos, y amaros con todos los Serafines. Á ser posible os amara como Vos misma os amais: y en testimonio el mayor que puedo daros de esta verdad, me resigno desde esta hora enteramente en vuestras manos. Si me quereis atribulado, vengan tribulaciones: si me quereis perseguido, vengan persecuciones: si me quereis tentado, vengan tentaciones. Venga lo mas desabrido, lo mas sensible, lo mas amargo de esta y aun de la otra vida; que como venga de vuestra ma-

no, será bien admitido. Pero ¡ah mi Dios! Que temo mucho (por mas que sean estos al presente mis sentimientos) la frágil contextura de mi barro, si no me da la mano vuestra omnipotencia, si no me alumbra un rayo de vuestra sabiduría, si no me abrasa el fuego de vuestro amor; sea así, Criador mio dulcísimo, para que venza mis pasiones, adquiera las virtudes, os ame cual siervo fiel acá en la tierra, y os goce eternamente allá en la gloria. Amen. *Tres actos de amor de Dios.*

Á CRISTO SEÑOR NUESTRO.

Dulcísimo Jesús, que por mi amor enlazásteis en una persona dos naturalezas, la humana y la divina, en las entrañas de la siempre Vírgen María, nuestra Señora; que nacísteis en el corazon del invierno en un establo, y derramásteis el dia de la Circuncision la sangre de vuestras venas; que huyendo la rabiosa persecucion del rey Herodes padecísteis imponderables trabajos, aumentando vuestro dolor el martirio de tantos inocentes; que vivísteis una vida colmada de desprecios, vendido por un traidor, tenido por loco, pospuesto á Barrabás, azotado, escupido, coronado de espinas, y sentenciado á muerte de cruz entre ladrones; pasmado estoy y como fuera de mí

al considerar tanto amor y paciencia, avergonzándome del ningun aprecio que hago de las afrentas y trabajos á vista de tan prodigiosos ejemplos. ¡Ah, que no he sido, Jesús mio, discípulo vuestro sino de solo nombre! Pero porque quisiera serlo en realidad, haced por las entrañas de vuestra clemencia, que venza una por una todas mis pasiones, que me abrace gustoso con la cruz, que vaya con ella en pos de Vós hácia el Calvario, persuadido de que no hay otro camino para el cielo. Amen. *Tres actos de contricion.*

Á LA BEATÍSIMA VÍRGEN.

Santísima Vírgen María, emperatriz de todo lo criado, reina de los Ángeles, abogada de los hombres, primogénita del eterno Padre, Madre dignísima del Hijo, Esposa predilecta del Espíritu Santo, hermosa sin el borron de la primera culpa, agraciada sin el lunar de la mas ligera mancha, mas fuerte que Judit, mas bella que Raquel, mas fecunda que Lia, mas afortunada que Ester, mas sábia que Abigail, tesorera de las gracias, monte de las piedades, erario de las maravillas: Señora, por todas las gracias y privilegios de que os dotó la Omnipotencia sobre todas las criaturas, en que yo me gozo cuanto puedo, y

que os cediera gustoso, aunque fueran mios; os suplico el don de la pureza tan peculiar de vuestros verdaderos devotos, el de la vigilancia en buscar aquel uno necesario de la salvacion, el de la fortaleza para vencer á todas mis pasiones, especialmente la dominante, el de la conformidad en los trabajos, y el de acabar en paz con vuestra asistencia á la cabecera de mi cama, hasta alabaros eternamente en la gloria. Amen. *Tres Ave Marías.*

ADVERTENCIA.

Si los buenos hijos saludan muchas veces á sus padres, tambien sus verdaderos devotos á la Vírgen María. Por la mañana, al mediodía y al anochecer con las oraciones que tiene instituidas la Iglesia. Cuando pasan por delante de alguna santa imágen de esta Señora, y siempre que toca el reloj, con una *Ave María*, y con tres antes de acostarse en reverencia de su pureza.

CAPÍTULO VI.

Cordiales afectos á los corazones de Jesús y de María, y á la sagrada Familia.

AL CORAZON DE JESÚS.

¡Oh amabilísimo Corazon de Jesús, fruto dulcísimo de las purísimas entrañas de María! Yo os ofrezco el Corazon perfectísimo

de vuestra santísima Madre con todos los obsequios y amor ardentísimo con que sumamente os agradó, amó y sirvió esta soberana Señora; suplicándoos que os digneis admitir su fervor en suplemento y recompensa de mi tibieza en amaros; y dándoos cuantas gracias puedo por las prerogativas con que dotásteis á su purísimo Corazon, os saludo con un *Padre nuestro.*

AL CORAZON DE MARÍA.

¡Oh Corazon purísimo de María, Madre dignísima de Jesús! Yo os ofrezco el Corazon divino de vuestro santísimo Hijo, que tan entrañablemente os amó, suplicándoos purifiqueis el mio de todo lo que no sea del beneplácito de vuestro amantísimo Hijo, comunicándome el don de la pureza virginal, que tanto le agradó en Vos; y dándoos el parabien de las muchas gracias y privilegios con que os dotó vuestro Hijo sacratísimo, os saludo con una *Ave María.*

Á LOS DOS SAGRADOS CORAZONES.

¡Oh dulcísimo Corazon de Jesús! ¡Oh amabilísimo Corazon de María! Yo os ofrezco mi tibio é imperfectísimo corazon, para que unido con entrambos se purifique é inflame en el divino amor, suplicando me

concedais la victoria de mi pasion dominante con una santa y dulce muerte. Á los dos Corazones sacratísimos encomiendo todos los que se han encomendado en mis oraciones, todos los que me quieren bien, y los que mal me quieren, para que llenos todos de vuestro amor, se empleen en las divinas alabanzas, saludándoos con un *Padre nuestro y una Ave María.*

Á SAN JOSÉ.

Castísimo José, honra de los mas ilustres Patriarcas, gloria inmortal del linaje de David, varon segun el corazon de Dios, que llenásteis el alto ministerio de Padre putativo de Jesús, Hijo de María santísima vuestra amada esposa, que cumplístois con perfeccion admirable las obligaciones de vuestro estado, que parecíais insensible á los trabajos, y de bronce á las persecuciones; Vos que asistís con especialísima vigilancia á los que fielmente os invocan en vida, para teneros propicio en las agonías de la muerte, admitidme desde este punto en el dichoso número de vuestros esclavos, y llenadme de copiosas bendiciones para que imite vuestras virtudes, venza esta pasion, que es orígen de mis frecuentes recaidas, y logre por este medio sellar mis labios en la última hora con los dulcísimos

nombres de Jesús y María, que viven y reinan por todos los siglos de los siglos. Amen. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

Á SAN JOAQUIN.

Devotísimo patriarca san Joaquin, esposo de santa Ana, padre de María santísima, abuelo de Jesús, y ejemplo de perfectísimos casados, vigilante en el cuidado y educacion de la casa, prudente y santo en la distribucion de las rentas; consagrando una parte al templo, otra á beneficio de los pobres, y otra para la manutencion de la familia; dedicado á la oracion, amante de la soledad, sufrido en los trabajos, callado en los improperios bastantemente sensibles por la esterilidad de vuestra santa esposa; suplícoos me alcanceis del dulcísimo Jesús que os imite en el ejercicio de estas virtudes en que tanto resplandecísteis; que venza todas mis pasiones, especialmente la dominante, y que logre la dicha de veros por eternidades de la gloria. Amen. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

Á SANTA ANA.

Dignísima esposa de san Joaquin, madre felicísima de la Vírgen María nuestra Señora, que dedicada á Dios en el templo

fuísteis dechado de purísimas vírgenes cuando doncella, y despues espejo de perfectísimas casadas: frecuente en la oracion, compasiva con los pobres, benigna, humilde, paciente, devota y recatada; por estas gracias con que os previno el cielo para la dignidad de abuela de Jesús, esposa de Joaquin y madre de María, os ruego me alenteis á la imitacion de vuestras virtudes y á la victoria de mis pasiones, para que así goce de vuestra amabilísima compañía en la gloria. Amen. *Padre nuestro, Ave María y Gloria Patri.*

ADVERTENCIA.

Es muy particular el patrocinio de san José contra la diabólica tentacion de los celos: el de san Venancio mártir contra caidas, y contra ladrones el de san Dimas. San Juan Nepomuceno es protector de la fama, y ha confirmado el Señor esta su proteccion con estupendos prodigios. Séanle muy devotos los confesores, siquiera por lo mucho que lo necesitan.

CAPÍTULO VII.

Obsequios á san Miguel arcángel, á san Rafael, al Ángel de la guarda, y á los Santos de nuestra devocion y nombre.

AL ARCÁNGEL SAN MIGUEL.

Invicto general de los ejércitos del cielo, caudillo de las tropas auxiliares del Altísimo, protector insigne de la Iglesia militante, y conductor de los justos á la presencia de la Trinidad beatísima: Vos que por defender la gloria del Señor hicisteis frente á Luzbel y sus secuaces hasta precipitarlos al abismo; dadme aliento para que sin atencion á respetos humanos cele el honor de Dios, evitando, cuanto en mí estuviere, sus ofensas. Tambien os ruego seais conmigo contra las pasiones que mas me impiden la perfeccion á que debo aspirar segun mi estado, y en la postrera batalla contra todos mis enemigos, para cantar victoria ante el Cordero inmaculado, á quien sea eterna gloria y alabanza por todos los siglos de los siglos. Amen. *Tres veces: ¿Quién como Dios?*

Á SAN RAFAEL ARCÁNGEL.

Gloriosísimo arcángel san Rafael, uno de los siete espíritus asistentes al trono del

Señor que librásteis al jóven Tobías de las fauces del pez que salia á tragarlo, á Sara su esposa del demonio Asmodeo que habia quitado la vida á sus siete maridos, y del impedimento de los ojos á su anciano padre, concediéndole la vista, y llenándolo de celestiales bendiciones en premio de su oracion fervorosa, y de las obras de piedad que frecuentemente excitaba con los pobres vivos y con los cadáveres de los difuntos; suplícoos, Ángel benditísimo, que me acompañeis en todos mis caminos, especialmente en la postrera jornada á la eternidad, que me libreis de los asaltos del demonio y de mi pasion dominante, que hagais á Dios presentes aquellas súplicas en que le pido (y Vos por mí) la vista de alma y cuerpo á gloria del mismo. Amen. *Tres veces: Gloria Patri, etc.*

AL SANTO ÁNGEL CUSTODIO.

Fidelísimo compañero mio, destinado por la amorosa providencia de Dios para librarme de las borrascas de este mar tempestuoso y conducirme al puerto de los escogidos; confuso estoy y lleno de rubor por no haberme aprovechado de vuestras secretas instrucciones, y porque no he sabido agradeceros el cuidado con que habeis solicitado mi bien, pasándoseme dias

enteros sin hacer memoria de Vos ni de vuestros beneficios. Ahora sí que reconocido os agradezco todo cuanto por mí habeis hecho, y os suplico me aparteis de todos los escollos en que peligra mi salvacion, inspirándome de modo que yo lo entienda, cuanto fuere del divino agrado; ayudándome, Ángel mio amantísimo, á pelear contra todas mis pasiones hasta sojuzgarlas, que es el medio para conseguir Vos el fin de vuestra tutela, y yo el de la eternidad de gloria. Amen. *Tres veces: Señor pequé, habed misericordia de mí.*

Á LOS SANTOS DE NUESTRA DEVOCION.

Amabilísimos protectores de mi alma, cuya especialísima tutela solicitan la necesidad que tengo de tan poderosos abogados y la devocion no interrumpida que os profeso; aplicad, os ruego, toda vuestra proteccion y valimiento para que el Dios de las misericordias me perdone los enormes delitos con que le tengo ofendido, y me corrobore con los auxilios de una robusta gracia para que no permita que me atropellen mis enemigos, ni me venzan mis pasiones, para que os imite en el cuidado que tuvísteis de atesorar méritos dignos de premio eterno, para que solicite la honra del que me crió para servirle en la tier-

ra, y gozarle con Vos y los demás bienaventurados en la gloria. Amen. *Tres actos de contricion.*

AL SANTO DE NUESTRO NOMBRE.

Siervo vigilante y amigo fidelísimo del Señor, bajo cuya proteccion me puso mi amada madre la Iglesia, cuando recibí las saludables aguas del sagrado Bautismo; débaos vuestra especialísima proteccion para portarme este y los demás dias de mi vida como corresponde á un cristiano rubricado con tan esclarecido nombre. Sírvame este de estímulo para imitar vuestras virtudes, y de freno para no dejarme arrastrar de mis pasiones. No permitais, Santo mio, que yo le profané con mi desreglada vida, antes bien me sirva de fuerte escudo contra los crueles enemigos, demonio, mundo y carne; tambien contra los solapados insultos del amor propio, para que así logre veros eternamente en la gloria. Amen. *Dirá tres veces: Creo, espero, amo á Dios, y me arrepiento de haberle ofendido por ser quien es.*

ADVERTENCIA.

No se tributan obsequios mas agradables á Dios que los actos de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, los que debemos hacer lue-

go que amanece el uso de la razon, y en otras muchas ocasiones. Por tanto, importa mucho repetirlos con frecuencia, y que los padres enseñen el modo de hacerlos á sus domésticos, los párrocos á sus feligreses, y los maestros á sus discípulos.

CAPÍTULO VIII.

Devotas expresiones á san Juan Bautista, á san Pedro, y á otros santos Apóstoles.

Á SAN JUAN BAUTISTA.

Sagrado Precursor de Cristo, que santificado en el vientre de vuestra Madre fuísteis la admiracion del mundo en el ejercicio de las virtudes y en los privilegios con que os enriqueció la Omnipotencia; en la castidad ángel, en el celo y predicacion apóstol, en la constancia con que por reprender al incestuoso Herodes dísteis la cabeza al cuchillo mártir; en las luces sobrenaturales de que os dotó el cielo profeta y mas que profeta, tanto que llegó á decir el mismo Cristo: *Entre los nacidos de las mujeres ninguno mayor que Juan Bautista:* suplicad, amado Santo, al Señor que por vuestra penitencia me haga mortificado, por vuestra soledad recogido, por vuestro silencio callado, casto por vuestra virginidad, devoto por vuestra contempla-

cíon, é invencible á mis pasiones por la victoria que Vos alcanzásteis de vuestros enemigos. Así sea, Santo mio, así sea para que logre veros en la eterna patria. Amen. *Tres actos de amor de Dios.*

AL APÓSTOL SAN PEDRO.

Dignísimo Príncipe de los Apóstoles y cabeza de la católica Iglesia; por aquella obediencia con que á la primera voz dejásteis cuanto teníais en el mundo por seguir á Cristo; por aquella fe con que creísteis y confesásteis por Hijo de Dios á vuestro Maestro; por aquella humildad con que lo admirásteis á vuestros piés, rehusando que os los lavase; por aquellas lágrimas con que amargamente llorásteis vuestras negaciones; por aquella vigilancia con que cuidásteis como pastor universal del rebaño que se os habia encomendado; finalmente, por aquella imponderable fortaleza con que dísteis por vuestró Redentor la vida crucificado; os suplico, Apóstol gloriosísimo, me alcanceis del Señor la imitacion de estas virtudes con la victoria de todas mis pasiones, y especialmente el don de frecuentes lágrimas, para que purificado de toda culpa goce de vuestra amabilísima compañía en la gloria. Amen. *Tres actos de contricion.*

AL APÓSTOL SAN PABLO.

Gloriosísimo apóstol san Pablo, vaso escogido del Señor para llevar su santo nombre por toda la redondez de la tierra; por aquella abrasada caridad con que sentíais los trabajos de vuestros prójimos como si fueran propios; por aquella inalterable paciencia con que sufrísteis persecuciones, cárceles, azotes, cadenas, tentaciones, naufragios, y hasta la misma muerte; por aquel celo que os estimulaba á trabajar dia y noche en beneficio de las almas; y sobre todo por aquella prontitud con que á la primera voz de Cristo en el camino de Damasco os rendísteis enteramente á la gracia; os ruego, Apóstol mio amantísimo, consigais del Señor que yo imite vuestros ejemplos, oyendo prontamente la voz de la inspiracion, y peleando contra mis pasiones con un total desprecio de las cosas temporales que Vos teníais por basura, y aprecio de las eternas, á gloria de Dios Padre, que con el Hijo y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amen. *Tres veces: Señor, ¿qué quereis de mí?*

Á SAN JUAN EVANGELISTA.

Abrasado serafin, discípulo el mas regalado de Jesús, de cuya mano recibísteis señaladísimos favores, reclinándoos sobre su corazon, haciéndoos patentes sus mayores secretos, subiéndoos al Tabor para que fuéseis testigo de su gloria, teniéndoos cerca de sí en las agonías del huerto, y encomendándoos á su santísima Madre en el Calvario; apóstol, profeta, doctor, vírgen y mártir, mi amado san Juan Evangelista, ya que tanto caudal hizo de vuestro mérito el Hijo de Dios encarnado, suplicadle por mí la práctica de vuestras admirables virtudes, y la victoria de mis pasiones, especialmente una singular pureza de alma y cuerpo, por la cual merezca ser contado entre vuestros cordiales devotos en esta vida, y entre los bienaventurados en la otra. Amen. *Tres actos de amor de Dios.*

Á SANTIAGO, PATRON DE ESPAÑA.

Esclarecido apóstol Santiago, deudo de la majestad de Cristo segun la carne, y mucho mas en el espíritu, patron vigilantísimo de las Españas que muchas veces defendísteis espada en mano de los enemigos de la fe, y las honrais con vuestras precio-

sas reliquias, mártir invicto del Señor y el primero de todos los Apóstoles en confirmar con la sangre de vuestras venas la doctrina del Evangelio; otórguenos el Dios de los ejércitos por vuestra intercesion la victoria de nuestros enemigos visibles é invisibles, y los triunfos de la Religion verdadera contra el error y la mentira, para que siendo todos los redimidos un pastor y un rebaño, confesemos y adoremos pecho por tierra al Dios trino y uno, á quien sea gloria por los siglos de los siglos. Amen. *Tres actos de fe.*

ADVERTENCIA.

Para cumplir la obligacion gravísima que todos tenemos de hacer actos de fe sobrenatural, bastará decir devotamente el *Credo*, en que se contienen los principales artículos de nuestra Religion; pero todos ellos se han de creer, porque Dios, verdad infalible, los ha revelado; que sin este motivo no fueran actos de fe sobrenatural y divina.

CAPÍTULO IX.

Deprecaciones afectuosas á varios Santos de la Compañía de Jesús.

Á SAN IGNACIO DE LOYOLA.

Santísimo padre san Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, esco-

gido del Señor entre millares para dilatar su gloria por los cuatro ángulos de la tierra, varon eminentísimo en todas las virtudes, especialmente en la pureza de intencion con que solamente buscábais la amplificacion de la divina gloria; penitentísimo, humildísimo, prudentísimo, constantísimo, laboriosísimo, devotísimo, prodigiosísimo; de una caridad para con Dios excelentísima, de una vivísima fe, y de una esperanza robustísima; yo, amado padre mio, quisiera me alcanzáseis del Señor el ejercicio de estas virtudes, pero con especialidad el de una intencion tan recta, que hasta en las acciones mínimas buscase puramente á Dios; tambien el de la virtud opuesta á la mas fuerte de mis pasiones, para lograr por este medio ser de vuestra compañía en la gloria. Amen. *Tres veces: Gloria Patri, etc.*

Á SAN FRANCISCO JAVIER.

Gloriosísimo padre san Francisco Javier, apóstol de las Indias, vaso escogido del Señor para llevar su santo nombre á las mas remotas partes del mundo; sol cuyos rayos de santidad y celo alumbraron á la ciega gentilidad, bautizando á un número prodigioso de infieles, y convirtiendo cási infinitos pecadores; taumaturgo esclare-

cido, á cuya intercesion maravillosa deben ojos los ciegos, oido los sordos, manos los mancos, piés los cojos, salud los enfermos, fecundidad las estériles, puerto los náufragos, y vida los difuntos; hacedme, Santo mio muy amado, participante de vuestro celo; abráseme en deseos de ganarle á Dios muchas almas; viva de tal suerte, que mi vida irreprehensible sirva de perpétua exhortacion á todos, y supuesto que era frecuentísima en vuestros labios esta leccion: *Véncete á tí mismo*, apréndala yo de tal suerte, que no me deje arrastrar en adelante de la mayor de mis pasiones, á gloria de la Trinidad santísima, á quien sea honor y alabanza por todos los siglos. Amen. *Tres actos de fe.*

Á SAN FRANCISCO DE BORJA.

Gloriosísimo padre san Francisco de Borja, grande de primera clase en el palacio y corte de la tierra, y grande tambien de primera clase en la corte y palacio de la gloria: ejemplo de nobilísimos señores cuando secular, y dechado de santísimos prelados cuando religioso; humildísimo hasta sufrir que os escupiesen en el rostro toda una noche; penitentísimo hasta pedir perdon á vuestro cuerpo de tanto rigor en la hora de la muerte; devotísimo de la Eu-

caristía, en cuya presencia se inundaba de celestiales delicias vuestro espíritu; Vos, que para asistir á las diversiones que no admitian excusa en el palacio del emperador Cárlos V, os ceñíais un áspero cilicio, tan absorto en Dios mientras los otros de vuestra clase se divertian, que no sabíais dar razon de lo que en ellas pasaba; logradme, os ruego, del Señor la imitacion de tan prodigiosas virtudes y la victoria entera de mis pasiones; sedme asimismo propicio contra terremotos, para que libre de los peligros de alma y cuerpo alabe en vuestra compañía al Padre eterno, que con el Hijo y el Espíritu Santo vive y reina por todos los siglos de los siglos. Amen. *Tres actos de adoracion á Cristo sacramentado.*

Á SAN LUIS GONZAGA.

¡Oh una y muchas veces admirable jóven san Luis Gonzaga! admirable en la modestia de los ojos tan recatados, que se avergonzaban de mirar el rostro aun á vuestra propria Madre; admirable en la penitencia con que atormentábais vuestro inocente cuerpecito, hasta derramar la sangre, ó con las espuelas de los caballos, ó con las desapiadadas disciplinas; admirable en la abstinencia, siendo tan parco en la comida, que no excedia, y acaso no lle-

gaba á sola una onza; admirable en la contemplacion de las divinas perfecciones en que gastábais cada dia siete horas, hasta tener una entera sin distraccion alguna; admirable en la inocencia, conservando la gracia bautismal hasta la muerte; admirable en la vocacion á la Compañía, en donde os mandó entrar con voz perceptible Nuestra Señora del Buen Consejo; sírvanme, Santo mio, de confusion tan nobles ejemplos, y ya que no supe imitaros en la inocencia de la vida, imíteos en la victoria de las pasiones, y en la penitencia, que es el camino de los pecadores para la gloria. Amen. *Tres actos de amor de Dios.*

Á SAN ESTANISLAO KOSKA.

Abrasado serafin de la Compañía de Jesús, cuyo sagrado instituto os mandó abrazar la misma Reina de los Ángeles nuestra Señora, y Vos para obedecerla hicísteis un penoso y dilatado viaje en hábito de peregrino; hermoso Estanislao, en cuyos dichosos brazos descansó alguna vez el niño Dios que os trajo milagrosamente la salud del cielo, y recreó con su dulcísima presencia; nobilísimo polaco, que niño secular predicábais modestia á la juventud mas disoluta, y novicio de la Compañía los ápices de la perfeccion á todos con el ejem-

plo; Vos cuyo pecho abrigaba tanto fuego de divino amor, que no cesó de abrasaros hasta consumiros; haced, Santo mio, que prenda en mi corazon una centella de tan activa llama; consúmase mi amor propio con la reina de mis pasiones, para que logre despues de este penoso destierro vuestra amable compañía en la patria. Amen. *Tres actos de amor de Dios.*

ADVERTENCIA.

Los actos de amor de Dios, que todos debemos hacer á sus tiempos, son unas finísimas expresiones de la voluntad con que apreciamos á su Majestad mas que á todo lo criado. Pongo ejemplo: *Dios mio, por ser Vos quien sois os amo sobre todas las cosas, que perderé gustoso con vuestra gracia, antes que ofenderos por la culpa.*

CAPÍTULO X.

Rendidas peticiones á Dios por los méritos de algunos santos Patriarcas.

Á SAN AGUSTIN.

Clementísimo Dios, que para crédito de vuestra bondad hicísteis á san Agustin una de las mas insignes lumbreras de la católica Iglesia; patriarca esclarecido, bajo cuyas banderas militan un número prodigioso de almas ejemplarísimas; doctor de doc-

tores, maestro de maestros, norma de prelados, columna de la fe, y martillo de los herejes, especialmente pelagianos, maniqueos, y donatistas; por aquella su admirable fortaleza con que á pesar de los halagos de la carne, y violencia de las pasiones que antes de su conversion le parecian invencibles, perseveró siervo fiel en vuestro amor: haced, Dios mio, que yo me convierta de veras á Vos, redima el tiempo perdido, desprecie lo temporal, aprecie lo eterno, venza á mi pasion dominante, y persevere en vuestra amistad hasta la muerte. Amen. *Tres veces: Creo, espero, amo, y me arrepiento, Dios mio, por ser Vos quien sois.*

AL PATRIARCA SAN BERNARDO.

Amabilísimo Señor, en vuestros siervos admirable, yo os agradezco los dones con que enriquecísteis al patriarca san Bernardo, uno de los patriarcas mas esclarecidos de la Iglesia. Escogísteislo entre millares para modelo de castos, espejo de penitentes, dechado de monjes contemplativos, y ejemplo de extáticos anacoretas. Adornásteis á su grande alma de una sabiduría dulcísima y eficacísima, que aun leida en sus admirables escritos, atrae suavemente á la virtud, aparta del vicio, convence á los

malos, alienta á los buenos, infundiendo tanto desprecio de las falaces promesas del mundo, como aprecio á las sólidas del Evangelio. Elevásteis su espíritu á una altísima contemplacion de las divinas perfecciones, y era tan poderoso en sus ruegos, que parecia conseguia de Vos cuanto deseaba. Suplícoos, pues, por estas gracias y muchas otras que concedísteis á vuestro siervo, la victoria de mis pasiones, la virtud de la pureza, y la tierna devocion á María santísima, en que tanto resplandeció nuestro Santo, por cuyo patrocinio espero el despacho feliz de mis deseos, y alabaros eternamente en la gloria. Amen. *Tres veces: Gloria Patri, etc.*

AL PATRIARCA SAN FRANCISCO DE PAULA.

Soberano Señor, que para confusion de los soberbios é inmortificados levantásteis en vuestra Iglesia un escuadron de varones humildísimos y penitentísimos, bajo las instrucciones de su dignísimo capitan san Francisco de Paula, á quien hicísteis sobremanera esclarecido en virtudes y prodigios: por aquella su pureza de alma y cuerpo en que fue admirable, por aquella humildad con que quiso que su sagrada Religion, aunque tan grande, se llamase mínima, por aquella rigidísima

abstinencia que observó consigo, y dispuso observasen sus hijos, obligándolos con voto á comer solos manjares cuadragesimales; concededme, Dios mio, que yo siga sus pasos en el camino de la virtud, y que llegue por su intercesion al descanso de la bienaventuranza. Amen. *Considere por un cuarto de hora cuán distinta es su vida de la de san Francisco de Paula, y procure imitar especialmente su abstinencia.*

AL PATRIARCA SAN CAYETANO.

Sapientísimo Dios, que para gloria de vuestra admirable providencia criásteis al insignísimo patriarca san Cayetano, y le inspirásteis un instituto de pobreza tan prodigiosa, que ni aun pedir limosna permite á sus hijos: por aquella admirable confianza que en Vos tenia, por aquel celo con que dia y noche buscaba en la salvacion de las almas vuestra gloria, por aquella abrasada caridad con que servia en los hospitales á los apestados, por aquella invencible paciencia con que sufria cárceles, azotes y tormentos, por aquella oracion sosegada en que con indecible júbilo de su espíritu gastaba ocho horas enteras, por aquella penitencia con que extenuaba su cuerpo, y por el niño Dios que recibió en sus brazos de mano de la Vírgen, mi Se-

ñora; otorgadme la perfecta imitacion de tan señaladas virtudes, especialmente de la confianza en vuestra amorosa providencia y victoria de mis pasiones, para que por su intercesion alcance veros cara á cara en la gloria. Amen. *Tres veces el Padre nuestro, insistiendo en aquellas palabras: Hágase tu voluntad, etc.*

AL PATRIARCA SAN FELIPE NERI.

Eterno Dios y Señor de todo lo criado, que para bien de la católica Iglesia escogísteis á san Felipe, y lo llenásteis de aquellos dones que lo hacen á todas luces grande; de una pureza angélica, de una mortificacion continua, de una sabiduría del cielo, de una prudencia admirable, de una humildad profunda, de una discrecion de espíritus mas que humana, de un celo apostólico, de una fe viva, de una esperanza firme, y de un amor á vuestra bondad tan grande, que no cabiendo dentro de su pecho, le rompió dos costillas; haced, Dios mio, que yo camine por las huellas de tan esclarecidos ejemplos, que venza los malos hábitos, que adquiera todas las virtudes, para que amándoos como os amó vuestro siervo en la tierra, prosiga en amaros como él mismo os ama en el cielo. Amen. *Tres actos de amor de Dios.*

ADVERTENCIA.

Desconfiar de la misericordia de Dios, ó confiar vanamente en ella, son pecados opuestos á la virtud de la esperanza, cuyos actos son muy agradables al Señor. Sirva este ejemplo: *Espero que, por los méritos de Jesucristo y mi cooperacion á la gracia, he de conseguir la gloria para que fuí criado.*

CAPÍTULO XI.

Humildes súplicas á san Blas, á san Francisco de Sales, á san Juan Népomuceno, á san Antonio de Padua, y á santo Tomás de Aquino.

Á SAN BLAS OBISPO Y MÁRTIR.

Invicto siervo del Señor, que por vuestras nobilísimas virtudes merecísteis la silla episcopal de Sebaste en Armenia, y por la constancia en mantener la fe lográsteis despedazado la corona del martirio: prodigiosísimo san Blas, que librásteis del inminente riesgo en que se hallaba de perder la vida á un niño espirando por habérsele atravesado una espina en la garganta; deba yo á vuestro patrocinio la gracia de permanecer constante en la fe, en la esperanza y en la caridad, virtudes precisas y características del cristiano; la de vencer

á todas mis pasiones, comenzando por la dominante, y la de no morir ahogado, si así conviene para mi salvacion eterna. Amen. *Tres actos de fe.*

Á SAN FRANCISCO DE SALES.

Dulcísimo director de las almas, dignísimo obispo de Ginebra, prudentísimo fundador de las religiosas de la Visitacion, san Francisco de Sales: Vos á cuya predicacion apostólica se rindieron setenta y dos mil herejes, á cuyas suaves acertadas máximas debieron muchos en la virtud notables progresos, y á cuyo fervoroso celo se convirtieron cási infinitos pecadores; Vos, en fin, que por seguir los ápices de la perfeccion evangélica os negásteis tan de veras á Vos mismo, que cedíais el dictámen, y rendíais vuestro juicio aun á los inferiores, siempre dulce, siempre sereno, y siempre afable; haced, Santo mio, que practique vuestra doctrina, y que siguiendo vuestros ejemplos haga perpétua guerra á mis pasiones, principalmente á la dominante, consiguiendo en premio la eterna bienaventuranza. Amen. *Tres actos de amor de Dios.*

Á SAN JUAN NEPOMUCENO.

Invencible protomártir del siglo, mi adorado san Juan Nepomuceno, cuya grande alma enriqueció el Señor de celestial sabi-

duría, discrecion admirable y magnanimidad prodigiosa, con otras prendas naturales y sobrenaturales, á que añadísteis las virtudes de una caridad encendida con los pobres, de una humildad profundísima, de una pureza angélica y de un celo verdaderamente apostólico: yo, amantísimo Protector mio, quiero que en adelante corran todas mis cosas por vuestra cuenta, y os doy palabra de celar el honor de Dios y del prójimo como Vos lo celásteis, no murmurando ni dando oidos á los que murmuran, mas que sean leves y públicos los defectos. Quiero tambien dar la vida como Vos la dísteis antes que cometer la mas mínima ofensa contra el Señor que nos ha criado. Asimismo quiero imitar vuestras heróicas virtudes, y extender vuestra devocion entre los que tratare, esperando de vuestra piedad que defenderéis mi fama cuando peligre, que me asistiréis en los trabajos, y que me alcanzaréis la victoria de mis pasiones. Todo sea á mayor gloria de Dios, que vive y reina por todos los siglos. Amen. *Tres veces: Creo, espero, amo á Dios, y me arrepiento de haberle ofendido por ser quien es.*

Á SAN ANTONIO DE PADUA.

Prodigiosísimo san Antonio de Padua, á quien llenó el Señor de copiosísimas ben-

diciones: poderoso en las obras y en las palabras, grande en los ojos de Dios y de los hombres, varon castísimo, humildísimo, benignísimo y celosísimo de las almas, cuya conversion solicitábais y conseguíais á expensas de indecibles trabajos y persecuciones, taumaturgo admirable, en cuya mano depositó el cielo el don de hacer prodigios; por la sacratísima Vírgen María Nuestra Señora, á quien tanto amásteis, y por el tierno Jesús que en vuestros brazos tuvísteis, os suplico me otorgueís la gracia de imitaros en la victoria de las pasiones y ejercicio de las virtudes, para que así logre vivir con Vos, que alabais al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo en la gloria. Amen. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

Á SANTO TOMÁS DE AQUINO.

Angélico doctor santo Tomás, gloria inmortal de la Religion dominicana, y columna firmísima de la católica Iglesia; varon santísimo y sapientísimo, que por los admirables ejemplos de vuestra inocente vida os elevásteis á la cumbre de una perfeccion consumada, y por vuestros prodigiosos escritos sois milagro de sabiduría: ¡oh quién acertara, Santo mio, á ser en virtud y letras vuestro verdadero discípulo, apren-

diendo en el libro de vuestras virtudes, y en las obras que con tanto acierto trabajásteis, la ciencia de los Santos, que es la sólida sabiduría! Ea suplicad por mí al Señor el don de la pureza y la victoria de mi pasion dominante; para que así logre la dicha de veros por eternidades en la gloria. Amen. *Tres Ave Marías.*

ADVERTENCIA.

Porque el mayor obsequio que podemos hacer por lo regular á los Santos es imitar sus virtudes; conviene leer atentamente sus vidas, y tener en la memoria sus ejemplos para imitarlos. Tambien conviene saber el patrocinio de cada uno para valernos de él en las necesidades.

CAPÍTULO XII.

Oraciones á santa María Magdalena, santa Teresa de Jesús, santa Bárbara, santa Lucía, santa Polonia, y santa Águeda.

Á SANTA MARÍA MAGDALENA.

Dichosísima y gloriosa santa María Magdalena, que con lágrimas de fino dolor y vivísimo arrepentimiento regásteis los piés á Jesucristo, de cuya boca escuchásteis aquellas dulcísimas palabras: *Perdonados son tus pecados;* conseguidme de la infinita

bondad, Santa mia, que pues os imité pecador, os imite tambien arrepentido, y que á medida de mi tibieza pasada sea el fervor de una nueva y ejemplarísima vida, penitente, devota y crucificada al mundo como la vuestra. Quisiera amar al Señor como Vos lo amásteis, y vencer á todas mis pasiones como Vos las vencísteis, redimiendo con un fervor extraordinario y constante el tiempo que he perdido, hasta conseguir el premio de la eterna bienaventuranza. Amen. *Tres veces: Señor, pequé, habed misericordia de mí.*

Á SANTA TERESA DE JESÚS.

Extática madre santa Teresa de Jesús, dignísima fundadora de la descalcez carmelitana; mujer fuerte en los trabajos y persecuciones con que intentó el infierno impedir la grande obra de vuestra reforma; constantísima en llevar con indecible tolerancia la pesadísima cruz de la desolacion y desamparo en los ejercicios espirituales con que el Señor os probó por espacio de veinte años; ajustadísima á las mas perfectas máximas del Evangelio, hasta prometer á Dios con voto el no ofenderle aun levemente; sapientísima en la ciencia de los Santos, dejando á la posteridad doctrina muy sólida en vuestros escritos;

rogad, Santa mia, á Dios que sea constantísimo en los ejercicios de piedad, y que venza lo que mas me impide mi aprovechamiento: mirad que espero por vuestra intercesion la dicha de los bienaventurados en la gloria. Amen. *Tres actos de amor de Dios.*

Á SANTA BÁRBARA.

Invicta sierva del Señor, gloriosísima vírgen y mártir santa Bárbara, que por no faltar á la fidelidad de esposa de Jesús os sacrificásteis cual inocente cordera al cuchillo: pedidle á vuestro Esposo me libre de muerte repentina, para que recibidos los Sacramentos de la Iglesia descanse en paz. Libradme tambien de piedra, centellas, rayos, tempestades, y sobre todo de la mas terrible de mis pasiones; que por este medio y vuestra especialísima asistencia segura tengo la mayor de todas las dichas, que es la bienaventuranza. Amen. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

Á SANTA LUCÍA.

Fidelísima esposa de Jesucristo, á cuya fe y lealtad no pudieron contrastar (por mas que lo pretendieron) ni los halagos de las promesas, ni los rigores del mas terrible martirio: dichosísima y prudentísima

Señora, que por asegurar vuestros riquísimos tesoros los depositásteis en las manos de los pobres; alcanzadme de vuestro Esposo que yo os imite en las virtudes de la pureza, de la fe, de la constancia y de la misericordia. Sea yo, Santa mia, de un ánimo generóso y agradecido para con Dios, y de un corazon tierno y compasivo con los necesitados, socorriéndolos con limosnas y oraciones. Tambien os encomiendo la victoria de mi pasion dominante y el sentido de la vista, que deseo expedito, como haya de ser para gloria de Dios y bien de mi alma. Amen. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

Á SANTA POLONIA.

Esclarecida vírgen y mártir santa Polonía, que siendo de edad provecta os presentaron á los ídolos para que les tributáseis adoraciones; y porque no quisísteis obedecer al tirano os arrancaron á duras penas los dientes de la boca, confesando por único verdadero Dios á Jesucristo; Vos que con especial instinto del Espíritu Santo os arrojásteis á la hoguera que estaba preparada para quemaros viva, haced con vuestra poderosa intercesion que abrase á mi pecho la llama del amor divino, consumiendo á todas mis pasiones, sin perdonar

á la que domina. Usad tambien conmigo de aquel patrocinio en que todos os confiesan prodigiosa á gloria de Jesús vuestro esposo, que vive y reina con el Padre y con el Espíritu Santo. Amen. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

Á SANTA ÁGUEDA.

Dichosísima vírgen y mártir santa Águeda, á cuya maravillosa constancia no pudieron contrastar ni los halagos, ni las promesas, ni las amenazas, ni los tormentos, ni la muerte, permaneciendo esposa fidelísima del Señor hasta el último aliento de la vida: por la singularísima paciencia que tuvísteis cuando os cortaron el pecho, por los dolores intensísimos que padecísteis cuando os martirizaron, y por vuestro tránsito felicísimo celebrado con suave música de los Ángeles que acompañaron vuestro espíritu á la gloria; dadme, Santa mia, que yo os imite en el ejercicio de las virtudes y victoria de las pasiones, llevando con entera resignacion los trabajos, persecuciones y enfermedades á mayor gloria del que os hizo tan esclarecida, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amen. *Tres actos de conformidad con la voluntad divina.*

ADVERTENCIA.

Porque el acto de contricion con propósito de la enmienda y de confesarse, justifica al alma, quisiera que todos se aficionasen á esta devocion de devociones, practicándola por lo menos antes de acostarse. Seria tambien muy loable y de singular provecho hacerlo cada hora, diciendo cuando toca el reloj: *Señor, por ser Vos quien sois me pesa de haberos ofendido, y propongo firmemente una total enmienda, asistido de vuestra divina gracia.*

CAPÍTULO XIII.

Deprecaciones á Dios por la intercesion de otros Santos y de las almas del purgatorio.

Á SAN RAMON NONAT.

Omnipotente Dios, qne para exaltacion de vuestro nombre conservásteis á san Ramon la vida en las entrañas de su difunta madre: por aquel amor filial que vuestro siervo tuvo á la Vírgen María, abrazando su instituto, y consagrándola su virginidad con voto; por aquella su abrasadísima caridad que le obligó á quedarse en prisiones por dar libertad á los cautivos; por aquella constancia en padecer cárceles, tormentos, y un candado de hierro con que le tala-

draron el labio los enemigos de la fe católica para que no la predicase; por aquel desprecio de sí mismo con que se portó ya cardenal de la santa Iglesia, como si fuera el mas humilde religioso; dadme, Señor, que yo siga en el camino de la virtud sus pasos, que sea casto, que ame mucho á la Vírgen, que solicite la salvacion de mis prójimos, que me abrace con la cruz de la mortificacion, y venza la mas fuerte de mis pasiones, para que así logre el consuelo de alabaros en la gloria. Amen. *Si fuere religioso renueve el voto de castidad; y sino el propósito de no faltar contra esta virtud.*

Á SAN ISIDRO LABRADOR.

Amabilísimo Dios, una y muchas veces admirable en vuestros escogidos, que de la suerte de humilde jornalero elevásteis á san Isidro á grande en vuestro palacio, poniendo á sus plantas las majestades de la tierra, cetros y coronas: por aquella su admirable vigilancia en imitar los ejemplos de los Santos; por aquel cuidado en cultivar su alma con el ejercicio de las virtudes; por aquella caridad ardiente con los pobres, á quienes repartia sus jornales; por aquella su inalterable mansedumbre en las persecuciones, otorgadme, Señor, que yo le imite en aspirar segun debo á la perfeccion

de mi estado, que acuda á Vos por el acierto de mis negocios, que no omita dia alguno el santo sacrificio de la misa, como lo hacia san Isidro, que me persuada no estar reñida la santidad con el estado y empleo en que me hallo, y que me venza á mí mismo por Vos, á quien sea gloria y alabanza en tierra y cielo. Amen. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

Á SAN JOSÉ DE CALASANZ.

Sapientísimo Dios, que en la boca de los niños inocentes perfeccionais vuestras alabanzas; por la poderosa intercesion de vuestro siervo san José de Calasanz, insignísimo fundador de las Escuelas pias: por aquel su abrasado celo de las almas, que le hizo cargar sobre sí el penosísimo ejercicio de la educacion en virtud y letras de la juventud, sacrificando á las penalidades de tan arduo ministerio á sus ejemplarísimos hijos; por aquella resignacion verdaderamente prodigiosa con que sufrió las mas sensibles persecuciones; por aquel amor á la pureza con que solicitó no solo ser casto, sino que los demás lo fuesen; por aquella su altísima contemplacion de las divinas perfecciones que arrebataba su espíritu y levantaba su cuerpo de la tierra; por aquel amor especialísimo á María santísi-

ma, tan acepto á la Señora, que quiso premiarlo con prodigiosas apariciones; concededme, Dios mio, que imite á vuestro siervo, y venza á todos mis enemigos en la tierra, para lograr veros y adoraros en la gloria. Amen. *Tres actos de conformidad con la voluntad divina.*

Á LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

Esposas muy queridas del Señor, que arrojadas en la cárcel de indecibles penas careceis de la presencia del amado hasta que os purifiqueis como el oro en el crisol de las reliquias que os dejaron las culpas; vosotras que desde aquellas voraces llamas clamais con mucha razon á vuestros amigos misericordia; yo me compadezco de vuestro dolor, y quisiera tener caudal suficiente para satisfacer vuestra deuda. Pero ya que soy mas pobre que vosotras mismas, apelo á la piedad de los justos, á los ruegos de los bienaventurados, al tesoro de las indulgencias, á la intercesion de María santísima y á la sangre de Jesucristo, para que por este medio logreis el deseado consuelo, y yo por vuestra mediacion gracia con que deteste cualquiera culpa aun la mas ligera, y con que venza mi pasion dominante, hasta que el Señor nos lleve á la gloria. Amen. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

Á LA ALMA MAS SOLA.

El triste desamparo en que os considero, ó alma la mas sola del purgatorio, excita en mí los mas vivos afectos de compasion y deseo de socorreros. Levantais la voz desde las llamas que os abrasan, pidiendo á los fieles que usen con una desamparada misericordia, dando por motivo la justiciera mano del Señor que sobre vos descarga. Holgárame que todos los compasivos escucharan vuestros tristes ayes, y tengo por cierto que se habian de mover á solicitaros el alivio. Yo desde luego os ofrezco cuantas obras de supererogacion hiciere, á excepcion de aquellas que por alguna necesidad particular aplicare, y quedo seguro de que en vos tendré una agradecida intercesora, que me solicite de Dios el adelantamiento en las virtudes, la victoria de mi pasion dominante, y en premio la corona de la gloria. Amen. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

ADVERTENCIA.

Por no faltar á la brevedad que pide un manualito, se omiten semejantes oraciones á otros Santos; pero cada cual podrá suplir este defecto, formando una lista de los que le pareciere, y adoptando á cada uno para su fin particular: como

para conseguir el temor de Dios á san Jerónimo, para desprecio de lo temporal á san Bruno, para el celo de las almas á san Juan Crisóstomo, tributándoles cada dia algun obsequio.

CAPÍTULO XIV.

De las visitas á Cristo sacramentado, á Nuestra Señora del Pilar, y de otras devociones.

DE LAS VISITAS AL SACRAMENTO.

Partióse Cristo de este mundo al Padre, pero quedándose en el augusto sacramento de la Eucaristía. Tanto era su amor para con los hombres, que no le permitió privarse ni privarles de su presencia. Mas ¡ah dolor! hay en el pueblo cristiano almas tan ingratas, que sepultando en un villano olvido estas finezas, ni de verlo ni de visitarlo se acuerdan siquiera una vez al dia. Pretéxtase la falta de tiempo; pero aquí se dobla el motivo á la ingratitud; hay tiempo para el cumplido de ceremonia, hay tiempo para la diversion de mundo, hay tiempo para el recreo del cuerpo, hay tiempo para perderlo; y ¡no habrá media hora para adorar á Cristo sacramentado, especialmente cuando está expuesto á la pública veneracion de los fieles! ¡No habrá un

cuarto siquiera para agradecerle sus finezas, llorando las ingratitudes é irreverencias con que lo ultrajan los herejes y los malos cristianos, hablando en los templos, recibiéndole sacrílegamente, y estando en presencia de Su Majestad sin rastro de modestia! ¡No habrá un rato para presentarse á su Padre, implorando su asistencia para vencer las pasiones, llevar con entera conformidad los trabajos, despreciar lo caduco, y solicitar lo eterno! Hágase por las entrañas del mismo Jesús una cristiana reflexion sobre el caso, y véase por los concursos frecuentes y devotos de los templos la enmienda. Las mismas reconvenciones que persuaden esta devocion ofrecen el modo de practicarla, y se puede dar fin á ella con la estacion del Sacramento.

DE LAS VISITAS Á NUESTRA SEÑORA DEL PILAR.

Es cordialísima la devocion de los pechos zaragozanos para con la Vírgen, tanto, que degeneraria de hijo fiel de esta nobilísima ciudad el que saliendo de casa no la hiciese por lo menos una visita. Algunos las repiten cuantas veces pueden, y jamás se ve enteramente sola la sagrada capilla. Madruga en Zaragoza mas que el dia el culto á María santísima; y á no cerrarse las puer-

tas, estuviera toda la noche pendiente de su columna. La práctica de estos devotos obsequios se reduce á presentarse con viva fe, silencio, humildad y modestia ante aquella misma Imágen que los Ángeles colocaron sobre el pilar; á reconocer para el agradecimiento el beneficio de haber antepuesto Nuestra Señora esta ciudad á todas las del mundo, cuando dispuso (aun vivia) que esta fuese su primera capilla; á derramar su corazon en finísimas expresiones, esperando de su mano el don de la pureza, la resignacion en sus trabajos, la bendicion para sí y para otros, y sobre todo su asistencia para las agonías de la muerte. Hágase el acto de contricion, dígase tres veces: *Madre admirable,* y récense tres Ave Marías en reverencia de su pureza.

DE LOS NOVENARIOS.

Es frecuentísima en el orbe cristiano la devocion de los novenarios, en que imploran los fieles el patrocinio de los Santos por medio de algunas preces acompañadas de limosnas y mortificaciones, con el fin de obtener alguna gracia ó de agradecer algun beneficio. Cuando estos obsequios novendiales son privados, no están expuestos á los abusos que se experimentan cuan-

do se hacen públicamente y se juzgan cási indispensables. La concurrencia de ambos sexos, la disolucion de costumbres y la libertad de la juventud son una moral necesidad de la relajacion. Así es que se hace preciso el celo de los Prelados, las precauciones de las cabezas de república y la providencia de los padres de familias. Si no se cerrase por estos y otros medios prudentes la puerta á los excesos, fuera por ventura menor mal omitir los novenarios. En todo caso, para ocurrir en parte á los inconvenientes, despáchese el concurso de las iglesias antes de la noche.

DE LAS PROCESIONES.

¡Qué cosa mas sagrada que las procesiones, instituidas en la católica Iglesia para fomentar la devocion y tributar obsequios públicos á Cristo Señor nuestro, á María santísima ó á los Santos! Es indubitable que si se asiste á ellas con el espíritu que se debe, son acciones dignísimas que fomentan mucho el fervor propio y el culto ajeno. Pero ¡ah, santo Dios de Israel! que ya se convirtieron estos ejercicios en medios de que se vale el demonio para la inmodestia en los ojos, la profanidad en los trajes, la libertad en las visitas y la superfluidad en los agasajos. ¿Quién creyera que

los cristianos habian de profanar con la disolucion y el escándalo aquellos mismos loables ejercicios que se introdujeron para el aumento de su religion? Pues ello es así, si no queremos cerrar los ojos á la evidencia, que son notables los excesos que con ocasion de las procesiones públicas se cometen. El remedio está en una séria reflexion de los que á ellas concurren y en una entereza cristiana de los padres de familias, no permitiendo gastos supérfluos, bailes, saraos, ni otras diversiones peligrosas, persuadidos que han de salir responsables el dia del juicio á los pecados que por omision suya se cometieren.

DE LOS HÁBITOS.

Tambien se cuenta entre las devociones llevar un hábito en obsequio de algun Santo ó de la Vírgen nuestra Señora; pero se introdujo tambien en ello el espíritu de vanidad, el de hipocresía, y tal vez el de miseria. Las que lo visten de una tela muy preciosa con singular primor y adorno, quizá son vanas. Las que se lo ponen para captar la estimacion de devotas y el aura popular de santas, son hipócritas. Las que lo llevan valiéndose de este devoto pretexto para el ahorro, son miserables y sobremanera reprensibles. El espíritu de Dios no

dice con estas mezquindades de corazon, ni con aquellas solapadas intenciones. Vístase el hábito; pero sea de una tela decente á mayor culto del Santo á quien se tributa el obsequio. Sea la intencion recta, conformando las acciones con el traje; que pareciera muy mal una señora en el baile, en el sarao, en la comedia y otras diversiones profanas con el sayal del Padre san Francisco. Todo el tiempo que llevare el hábito, procure mucho la modestia, y sobre todo imite cuanto sea posible las virtudes de su Santo.

ADVERTENCIA.

En algunos pueblos de nuestra España está el Señor todos los dias patente á la veneracion de los fieles; pero aunque no lo estuviere, se hará la visita al Sacramento. Si no hubiere alguna imágen de la Vírgen del Pilar, se tributará el mismo obsequio que á esta á cualquiera otra imágen de Nuestra Señora.

CAPÍTULO XV.

Del Via Crucis, celo de las almas, cofradías, peregrinaciones y Semana Santa.

DEL VIA CRUCIS.

Esta devocion, así como es una de las mas bien recibidas de los fieles, es tambien de las mas á propósito para imprimir la

compasion y ternura en los corazones. Porque ¿quién podrá mirar con los ojos serenos un lienzo (tal se debe considerar el monte Calvario) en que se ven estampadas las duras penas de su amoroso Padre? ¿Quién andar sino al compás de la modestia un camino que santificó el Salvador con sus huellas? ¿Y quién recapacitar en su memoria la acerbidad de aquellos dolores, sin quedar lastimado del mas vivo sentimiento? Si algun sacrilego profanase, ó con la disolucion de los ojos, ó con la inmodestia del labio, ó con la incontinencia de un corazon obsceno los misterios de aquel sagrado monte, seria digno de un ejemplar escarmiento. Mire, pues, el cristiano al Calvario como escuela donde nos enseñó Cristo con su ejemplo lecciones de la mas profunda sabiduría, que así será de singular provecho la práctica de este devotísimo ejercicio. Cuando fuere de una estacion á otra, una con los del Salvador sus pasos, y procure meditar lo que en cada una se presenta. No permita á sus sentidos aquella licencia vana que suele ser indicio de una alma ventanera y divertida; pues pareciera muy mal que holgase el hijo teniendo á la vista de la consideracion la muerte de su amoroso Padre.

DEL CELO DE LAS ALMAS.

No habrá amor fino de Dios ni devocion verdadera, en donde no hubiere celo de las almas; porque quien ama de corazon desea y solicita complacer al amado, y en ninguna cosa tiene el Señor mayor complacencia que en esta. Cuando respondió san Pedro á Cristo que lo amaba, le encomendó su rebaño, como que era consiguiente al amor de Dios el cuidado de sus ovejas. El amor, la devocion y el celo son como el fuego, la luz y calor inseparables. Ni es esta, como algunos se persuaden, una virtud arbitraria, sino precisa á todo cristiano. Todos podemos y debemos todos mirar por el bien de nuestros prójimos con relacion á Dios, y en esto consiste la virtud del celo. El prelado, los padres de la patria y de familias deben contribuir á la salvacion de sus respectivos súbditos, y á todos nos ejecuta la obligacion de dar buen ejemplo, que es uno de sus prodigiosos efectos. Á mas de esto nos obliga el precepto de la correccion fraterna, cuando puede ser provechosa; y lo será por lo regular, si se hace con amor, discrecion y dulzura. Un aviso caritativo, una precaucion á tiempo, una diligencia prudente, pueden impedir muchos pecados, á que somos responsables, si por nues-

tra omision culpable se cometen. Persuadamos á nuestro prójimo la frecuencia de Sacramentos; exhortémosle que vaya á oir la palabra de Dios; démosle consejos saludables en las conversaciones; edifíquelo nuestro porte; encomendémoslo muy de veras al Señor en la oracion; tengamos (por decirlo en dos solas palabras), tengamos celo, que no, no faltarán medios oportunos y sagradas industrias para ganarlo.

DE LAS COFRADÍAS Y CONGREGACIONES.

El deseo de dilatar la gloria de Dios en la santificacion de las almas movió á muchos Santos y varones celosos á formar varias juntas de personas de uno y otro sexo; y para que tuviesen mayor autoridad, solicitaron la aprobacion, gracias y privilegios de los Sumos Pontífices. En estas juntas, que comunmente se llaman escuelas, hermandades, cofradías ó congregaciones, no se hacen regularmente votos que obliguen á sus indivíduos; pero tienen sus reglas y estatutos, que observados á la letra son de mucho provecho. Los que pretenden ser alistados en estos congresos, vean de antemano si podrán llevar las cargas y obligaciones; no sea que una vez admitidos, no puedan cumplirlas. Pórtense con la edificacion que conviene á miembros de

cuerpos tan venerables, observando las constituciones y acudiendo con puntualidad á sus ejercicios, en lo que se advierten faltas muy notables. Solicítese la paz y uniformidad de corazones, porque la discordia es veneno de la caridad. Escójanse para los empleos los indivíduos mas beneméritos, sin dejarse arrastrar del espíritu de la parcialidad, ni de fines particulares. Finalmente célese mucho que los gastos en las funciones sean correspondientes, sin que degeneren ó en prodigalidad ó en miseria; y cuando pareciere del caso hacer alguna cosa extraordinaria, procúrese la conformidad en los dictámenes, porque la singularidad es hija de la propia estimacion, madre de fatales consecuencias, y la que destruye la buena armonía necesaria para la conservacion y lustre de las congregaciones.

DE LAS PEREGRINACIONES.

Siendo el alma de nuestras obras la intencion con que se hacen, serán loables y de mucha edificacion las romerías ó peregrinaciones, como sea recto el fin de ellas. Visitar los santos Lugares de Jerusalen, las estaciones de Roma, Nuestra Señora del Pilar ó de la Sierra, Santiago de Galicia, los venerables corporales de Daroca, ó algun otro santuario por tributar al Señor ó

á sus siervos aquel obsequio que puede ser gratitud por algun beneficio recibido, ó medio para conseguirlo, bueno es y practicado de muchos Santos; pero si moviere á estas excursiones ó el espíritu de una curiosidad vana, ó el de una ociosidad perniciosa, ó quizá otro menos decente, que por no manchar el papel se omite, son reprensibles. Pues ¿qué si hubiera personas tan sin temor de Dios que se fingiesen energúmenas? No fuera mucho que en pena de su enorme pecado hiciera el Señor con ellos un escarmiento. Los maridos, si quieren ocurrir á gravísimos inconvenientes, no permitan á sus mujeres, ni los padres á sus hijos, que hagan tales romerías, ni prometan hacerlas sin maduro consejo, plena deliberacion y dictámen de sus confesores, los que deben pesar mucho las obligaciones, el estado, la robustez del cuerpo y el espíritu que los mueve. Instrúyanles en la pureza de intencion con que deben emprender aquel trabajo, en la modestia que han de guardar por el camino, y sobre todo en la moderacion de gastos en los santuarios. Persuádanles que huyan los dias de extraordinarios concursos, que no bailen ni admitan otras diversiones profanas opuestas á la devocion; si á esto pudieran precisarlos, creyera yo firmemente que se habian de ahorrar muchos bordones.

DE LA SEMANA SANTA.

Por los santísimos misterios que en ella veneramos, se llama Santa la última semana de Cuaresma. Hácese en ella memoria del solemnísimo triunfo del Salvador en Jerusalen, de la admirable institucion del sacramento de la Eucaristía y la afrentosa pasion y muerte de Cristo Señor nuestro en el Calvario. Confórmase el espíritu de la Iglesia nuestra madre en sus sagradas ceremonias con misterios tan profundos, y es justísimo que todos nos conformemos con el espíritu de la Iglesia. Pero ¡ah dolor! Al mismo tiempo que se deposita Cristo en el monumento, que enmudecen las campanas, se desnudan los altares, y se descalzan los sacerdotes, se viste el mundo de gala; se desenfrena la lengua, y se divierte escandalosamente la vista. La nobleza, que debiera ser la primera en el ejemplo, será tal vez la primera en el escándalo. Las señoras, que habian de tener los ojos clavados en tierra y entumecidos con el llanto, quizá sin rastro de modestia ni ternura. La juventud, que por menos cauta está mas expuesta al riesgo, ó vagueando con profana disolucion por las calles, ó de poste á las puertas de los templos, no para llorar la muerte de su Padre, sí para reir de los

que pásar y dar gusto perjudicial á los sentidos. ¿Y no se hará una cristiana reflexion sobre esos excesos? ¿Y no ha de haber quien solicite su remedio?

ADVERTENCIA.

La mañana del Jueves Santo es propiísima para comulgar, por haberse instituido este dia el santísimo Sacramento, y la tarde para visitar con silencio, ternura y modestia siete veces en una ó muchas iglesias á Cristo en el monumento, meditando los pasos mas insignes de su pasion dolorosa por el órden que se dijo en el último capítulo de la primera parte.

CAPÍTULO XVI.

Del Rosario, ejercicios de san Ignacio, dia de retiro, de la palabra de Dios, y de las indulgencias.

DEL SANTO ROSARIO.

¡Qué felizmente se propaga en nuestra España la devocion del santísimo Rosario! Ella crece como el sol, que de la cuna de su oriente se remonta al zenit de sus lucimientos. Apenas se hallará pueblo cuya devocion no madrugue con el alba, para consagrar las primicias del dia á su Aurora mística. En muchos se repiten al mediodía las alabanzas, y no me persuado haya al-

guno tan indevoto que no la tribute á lo menos una parte de Rosario. Pero como sea propio del demonio desvelarse mucho en viciar nuestras buenas obras, se puede temer no quiera introducir en esta el espíritu de vanidad, el de envidia ó el de discordia. Cada cual vele sobre los motivos que le estimulan á promover, ó con palabras, ó con el ejemplo, ó con limosnas este santo ejercicio, ó procure que sean hijos de una cordialísima devocion á su adorada Reina. Agradeciera mucho Nuestra Señora á los eclesiásticos sus capellanes celasen la perseverancia y exhortasen los fieles con alguna frecuencia al silencio y á la modestia. Hiciéranla un obsequio muy particular instruyendo al pueblo en las páusas del canto, y en que acompañase con los afectos del corazon á las expresiones del labio. Quedárales muy obligada, si trabajasen en arrancar la zizaña maldita de las etiquetas, que suele sufocar las bellas plantas de las mayores obras.

DE LOS EJERCICIOS DE SAN IGNACIO.

Retíranse muchos por espacio de ocho ó diez dias cada año de los negocios temporales para atender sériamente á los eternos. Esta práctica se puede llamar orígen de una constante devocion, porque en el tiem-

po de los santos ejercicios comunica Dios desengaños sólidos, firmes resoluciones y propósitos eficaces de seguir en todo la voluntad divina. Los exámenes de conciencia traen á la memoria los defectos de la vida pasada; la leccion espiritual enriquece de máximas saludables al entendimiento; la meditacion excita en la voluntad desprecio de lo temporal y aprecio de lo eterno, siendo todos ellos una lluvia pausada que penetra lo mas profundo del espíritu. Tienen á su favor los ejercicios de san Ignacio toda la autoridad de los Sumos Pontífices, que exhortan á su práctica, y conceden plenaria indulgencia de sus pecados á cuantos los hicieren en la debida forma; decretando que á los eclesiásticos se les haga presentes aun para las distribuciones. Tienen los elogios de muchos ya canonizados, de san Cárlos Borromeo, de san Francisco de Sales, de san Felipe Neri, de san Vicente Paul, de la santa madre Teresa de Jesús, de santa María Magdalena de Pazzis y de todos los Santos de la Compañía, que debieron sus admirables progresos en la virtud á las instrucciones del santísimo Patriarca. Tienen las alabanzas de un crecido número de varones sapientísimos y ejemplarísimos, los cuales dicen de sus prodigiosos efectos y no acaban. Pero su mayor recomendacion debe ser la experiencia no

interrumpida de conversiones admirables y reforma de costumbres, que Dios ha obrado por ellos en personas de todas clases y estados, por espacio de mas de dos siglos. ¡Pues qué para entablar una nueva vida! *Gustate et videte.* Psalm. XXXIII, 9.

DE UN DIA DE RETIRO AL MES.

Si perseveráramos constantes en los propósitos de santa vida que una vez concebimos, en breve fuéramos devotos; pero ¡ah! que si un dia nos estimula el fervor, otro nos acobarda la pereza; si una semana caminamos á la perfeccion, otra nos volvemos atrás; si un mes nos tiran para sí las cosas del cielo, otro nos arrastran las de la tierra. Para lograr, pues, el don de la perseverancia, á que está vinculada la corona de la inmortalidad, es muy del caso tomar un dia cada mes para tratar sériamente del negocio de la salvacion. La práctica de este dia se reduce á un exámen sério de sus procederes en el mes precedente. Si observó á la letra los propósitos, si ha tenido adelantamiento en las virtudes, si se ha dejado llevar de su pasion dominante, si ha cumplido exactamente sus obligaciones, dando al Padre director entera cuenta del estado de su alma y resolviéndose á vivir el mes siguiente como si fuera el último de su vida. La oracion, la leccion espiritual.

los exámenes y otros ejercicios devotos, han de ser toda la ocupacion del dia de retiro, haciendo por los defectos del mes pasado alguna penitencia. Procure los dias inmediatos dar salida á los negocios temporales, para que no impidan el sosiego de este, que se ha de consagrar enteramente á los eternos. Quien quisiere noticia mas extensa y exacta de los ejercicios y distribucion de este dia, consulte un librito intitulado *Retiro espiritual,* que del italiano al español tradujo el maestro José Altamirano.

DE LA PALABRA DE DIOS.

Débese contar entre los medios mas oportunos para adquirir la devocion el oir con espíritu atento y humilde la palabra divina. La misma experiencia nos demuestra esta verdad en el conocido aprovechamiento de aquellas almas que frecuentan los templos para asistir á tan santo ejercicio. Por eso el demonio ofrece cuantos embarazos puede inventar su malicia para impedirlo. La visita, el paseo, la diversion, el cumplido, la ceremonia de mundo no son otra cosa mas de dos veces que una mera razon de estado, ó un fatal desperdicio de tiempo, con que aparta el demonio á muchas almas de aquellas exhortaciones en que teme se han de convertir. ¡Oh y cuán-

tas se perdieron sin remedio por no asistir á los sermones! Teníales Dios vinculado el auxilio oportuno á aquella plática á que no acudieron por su culpa, y de aquí tuvo principio su perdicion. Tengo por cierto que muchos de los que se condenan se salvaran oyendo la voz de Dios en boca de sus ministros; y que no pocos dieran sazonados frutos de perfeccion, como prendiera en sus almas el grano del Evangelio. Las voces del Señor estimulan á los perezosos y despiertan á los dormidos; siendo indubitable que por este medio lograron infinitos la santificacion. ¡Qué poco se convirtiera David, si no oyera las voces de Natan! ¡Qué tarde se vistiera de saco y ceniza Nínive, si no diera oidos á Jonás cuando la predicaba! Óigase, pues, la palabra de Dios, consérvese en la memoria para ponerla en ejecucion, que así se logrará la devocion verdadera, y en premio la eterna bienaventuranza.

DE LAS INDULGENCIAS.

Perdona Dios en el sacramento de la Penitencia sus pecados al verdaderamente arrepentido; perdónale la pena eterna que merecia por ellos, y le concede legítimo derecho á la corona de la gloria. Pero comunmente no le perdona otra deuda que la que llamamos pena temporal, mas ó menos cre-

cida á proporcion de las culpas; porque quiere su Majestad que á mas del arrepentimiento en el tribunal de la Penitencia se le dé alguna satisfaccion, sin que perdone el mas ligero pecado enteramente de balde. Esto se hace con ejercicios devotos, limosnas y mortificaciones en esta vida, ó con atrocísimas penas en la otra. Fuera de estos medios hay el de las indulgencias; por la plenaria queda toda la deuda temporal satisfecha, tanto que quien muriera el mismo instante que la gana, se iria al cielo sin pasar por el purgatorio. Perdónase con las parciales cuanto se perdonara haciendo las penitencias que prescribian los antiguos cánones de la Iglesia. Ayunar muchos dias á pan y agua, vestirse un tosco saco, hacer poste muchos años á las puertas de los templos, abstenerse del vino y de la carne, no asistir á diversiones públicas, caminar á pié y otras, eran las penitencias decretadas por un solo pecado; y cuanto por ellas se satisfacia, haciéndolas por ejemplo cuarenta dias, se satisface ahora ganando otros tantos dias de indulgencia. ¡Oh necio el que no procura á tan poca costa satisfacer una deuda que quizá le costará muchos años de vivas llamas! ¡Oh cruel quien no solicita rescatar con el precio de las indulgencias á las afligidas almas del purgatorio! Pero se ha de notar que para que sur-

tan su efecto las indulgencias, ha de estar en gracia de Dios el alma por quien se aplican; se han de practicar las diligencias que prescribe el que las concede; y el que las gana ha de tener intencion y la bula de la santa Cruzada.

CAPÍTULO XVII.

Deprecaciones á Jesús y María para alcanzar algunos especiales beneficios.

Á JESÚS PARA ALCANZAR LA POBREZA DE ESPÍRITU.

Señor mio Jesucristo, por los admirables ejemplos de pobreza que me dísteis en el portal de Belen la noche de vuestro nacimiento y despues en todo el discurso de la vida; hacedme amante de la pobreza de espíritu, no teniendo pegado mi corazon á las cosas de la tierra; y de las faltas que contra esta virtud he cometido me pesa, por ser Vos quien sois, proponiendo firmemente la enmienda. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

PARA ALCANZAR LA OBEDIENCIA.

Señor mio Jesucristo, por aquella rendida obediencia que tuvísteis al Padre eterno hasta la muerte, á María santísima vuestra Madre y su castísimo esposo san

José en vida; dadme que en todo obedezca vuestros mandamientos y á mis superiores; que de cuanto he faltado contra esta virtud me pesa por ser Vos quien sois, y propongo firmemente la enmienda. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

PARA ALCANZAR EL DON DE ORACION.

Señor mio Jesucristo, por la oracion que hicísteis en el desierto antes de comenzar á predicar, en el monte antes de elegir á los Apóstoles, y en el huerto antes de morir; concededme el don preciosísimo de la oracion, para que tratando primero con Vos todos mis negocios, sean acertadas mis resoluciones; y de los frecuentes defectos que contra esta virtud he cometido me pesa por ser Vos quien sois, con propósito firme de la enmienda. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

PARA ALCANZAR EL CELO DE LAS ALMAS.

Señor mio Jesucristo, por aquel ardentísimo celo con que procurásteis la salvacion de los hombres, no perdonando á trabajo alguno por ganar sus almas, que despues redimísteis con el precio de vuestra sangre; haced que dia y noche coopere al fin de la redencion, trabajando sin cesar en que no seais ofendido; y porque no lo he practicado así, me pesa por ser Vos quien

sois con propósito firme de la enmienda. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

PARA ALCANZAR EL ACIERTO EN LAS PALABRAS.

Señor mio Jesucristo, por aquellas palabras de vida eterna que salian de vuestra boca, con que alabábais al Padre celestial y enseñábais á los hombres el camino de la salvacion; dadme que estos sean los rectísimos fines de mis palabras, sin herir con ellas ni aun ligeramente á mis prójimos; y de todos los pecados que con mi desenfrenada lengua he cometido me pesa por ser Vos quien sois, proponiendo firmemente la enmienda. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

PARA ALCANZAR LA RECTITUD DE INTENCION.

Señor mio Jesucristo, por aquella pureza de intencion con que buscábais siempre la gloria de vuestro Padre y salvacion de las almas; concededme un corazon tan recto, que no me deje llevar de respetos humanos, ni de la propia estima en mis operaciones. ¡Oh y cuánto me pesa de no haberlo practicado así toda mi vida! Pero ya estoy arrepentido por ser Vos quien sois, con propósito firme de la enmienda. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

PARA ALCANZAR EL DON DE LÁGRIMAS.

Señor mio Jesucristo, por aquellas preciosas lágrimas que derramásteis á vista de la ingrata Jerusalen y en la muerte de Lázaro, símbolo de un pecador envejecido; concededme que yo llore sin cesar con fina contricion mis pecados, que me pesa una y muchas veces haber cometido solo por ser contra Vos, infinitamente bueno y digno de ser amado, proponiendo firmemente la enmienda. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

PARA ALCANZAR EL DESPRECIO DEL MUNDO.

Señor mio Jesucristo, por aquel ejemplo admirable que dísteis, cuando por huir los aplausos y aclamaciones del pueblo que os queria hacer Rey os retirásteis al monte; conseguid de mí que no haga caso de lo que el mundo necio tanto aprecia, teniendo por vanidad y locura cuanto me aparta de Vos; y de haberme fiado de sus promesas, estoy muy arrepentido con propósito firme de la enmienda. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

PARA ALCANZAR LA IGUALDAD DE ÁNIMO.

Señor mio Jesucristo, por aquella invariable serenidad que mantuvísteis en lo próspero y adverso, cuando os alababan y cuando os maldecian, que os pospusiesen á

los facinerosos, que os antepusiesen á los justos; otorgadme que mire todo lo terreno con una suma indiferencia, y que use de las cosas perecederas únicamente en cuanto me ayudaren á la consecucion de mi fin último. ¡Oh y qué arrepentido estoy de no haberlo practicado en esta forma! pero tambien firmísimamente resuelto á una total enmienda. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

PARA ALCANZAR LA PAZ DEL CORAZON.

Señor mio Jesucristo, por aquella paz inalterable con que recibísteis el ósculo fingido del traidor Judas, á quien tratásteis de amigo cuando venia á prenderos; concededme que sin perder la paz interior, converse con los mismos que me persiguen; y que yo les perdone de corazon las injurias que me hacen, para que Vos me perdoneis las que no quisiera haber hecho, por ser contra Vos, proponiendo en adelante la enmienda. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

PARA ALCANZAR LA MANSEDUMBRE.

Señor mio Jesucristo, por aquella prodigiosa mansedumbre que tuvísteis cuando con sacrílega osadía descargó el siervo del Pontífice en vuestro rostro una récia bofetada; haced que en caso semejante me porte como verdadero discípulo vuestro,

ofreciendo la otra mejilla al que me hiriere la una, segun el consejo del Evangelio. Ahora sí que me pesa de haberos ofendido por ser quien sois y propongo firmemente la enmienda. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

PARA ALCANZAR EL SILENCIO.

Señor mio Jesucristo, por aquel silencio que guardásteis en presencia del rey Herodes, no hablando siquiera una palabra, tomando de aquí fundamento para teneros por loco y trataros con indecible desprecio; comunicadme, os ruego, vuestro espíritu, y recabad de mí que no haga caso de los errados juicios de los hombres, callando en los desprecios y afrentas. Confieso que de no haberlo practicado así estoy ahora muy arrepentido, y con propósito firme de la enmienda. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

PARA ALCANZAR LA PACIENCIA.

Señor mio Jesucristo, por aquella indecible paciencia con que sufrísteis los acerbísimos dolores de vuestra pasion, sin desplegar el labio para la menor queja; otorgadme que mis dolores y enfermedades los una con los vuestros, llevándolos con mucho sufrimiento, para que me sirvan de satisfaccion por los muchos pecados que me

pesa haber cometido por ser contra Vos, proponiendo una total enmienda. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

PARA ALCANZAR LA TRANQUILIDAD DE ÁNIMO EN LAS AGONÍAS DE LA MUERTE.

Señor mio Jesucristo, por aquellas terribles agonías que padecísteis por espacio de tres horas pendiente en el madero de la cruz; os ruego humildemente me concedais cuando estuviere espirando, una especialísima tranquilidad en el espíritu, que desde ahora deposito en vuestras manos; para que lo rocieis con vuestra sangre y lo purifiqueis de las muchas culpas que me pesa haber cometido contra Vos, proponiendo firmemente la enmienda. *Padre nuestro, Ave María y Gloria.*

Á MARÍA SANTÍSIMA PARA ALCANZAR LA CASTIDAD.

Señora y Madre mia, por aquella admirable pureza que consagrásteis á Dios con voto en los primeros años de vuestra vida y conservásteis sin la menor mancha hasta la muerte, siendo Vírgen y Madre aun despues de dar á luz á Jesucristo; alcanzadme la pureza de alma y cuerpo, que os pido en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, á quien amo sobre todas las co-

sas con dolor de haberle ofendido. *Tres Ave Marías.*

PARA ALCANZAR LA HUMILDAD.

Señora y Madre mia, por aquella humildad profundísima con que os confesásteis esclava del Señor al mismo tiempo que os escogia para Madre de su Unigénito y Reina de todo lo criado; alcanzadme una humildad verdadera con pleno conocimiento de mi nada, que sirva de fundamento sólido al edificio de mi perfeccion; hacedme este beneficio, que os ruego en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, á quien amo sobre todas las cosas, con dolor de haberle ofendido. *Tres Ave Marías.*

PARA ALCANZAR LA CONFORMIDAD.

Señora y Madre mia, por aquella perfectísima conformidad con la voluntad divina, que tanto resplandeció en Vos desde el principio de la razon hasta el término de la vida, mirándoos sin perder la paz interior la muerte afrentosísima de vuestro Hijo; alcanzadme una entera resignacion en cuanto me acaeciere; mirad que espero de Vos esta gracia en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, á quien amo sobre todas las cosas, con dolor de haberle ofendido. *Tres Ave Marías.*

PARA ALCANZAR LA MODESTIA.

Señora y Madre mia, por aquella singularísima modestia que guardásteis en vuestro porte y trato con las criaturas, viviendo tan entregada á la familiar comunicacion con Dios, como retirada de los hombres; alcanzadme una aficion muy particular á la modestia, al silencio y al retiro; no me negueis este favor que os suplico en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, á quien amo sobre todas las cosas, con dolor de haberle ofendido. *Tres Ave Marías.*

PARA ALCANZAR EL AMOR DE DIOS.

Señora y Madre mia, por aquella ardentísima caridad con que amásteis á la bondad divina, desde que os amaneció el uso de la razon, creciendo tanto en vuestro pecho la llama de aquel incendio sagrado, que os consumió la vida; alcanzadme esta y las demás virtudes teologales en grado heróico á gloria del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, á quien amo sobre todas las cosas, con dolor de haberle ofendido y propósito firmísimo de la enmienda. *Tres Ave Marías.*

ADVERTENCIA.

Estas cinco súplicas se pueden hacer en reverencia de las cinco letras del nombre de María;

pero que acompañen á este obsequio algunas obras penales y de misericordia : como son, ayunar el sábado, dejar el bocado mas gustoso de la comida, visitar enfermos, consolar afligidos, hacer paces entre los enemistados, dar alguna limosna, y otras semejantes.

CAPÍTULO XVIII.

Voces para dispertar el alma dormida con el sueño del pecado ú somnolenta en el estado de la tibieza.

SOBRE EL FIN DEL HOMBRE.

Si crees que Dios es infinitamente amable, ¿por qué no le amas?

Si es tu fin servir á Dios en la tierra para gozarle en el cielo, ¿por qué no le sirves?

¿En qué razon cabe dejar de servir al Criador por servir á sus apetitos?

¿Cuántos años has servido á Dios, que te ha criado para que lo sirvas?

¿Qué, vale mas servir á quien premia con galardon eterno, ó á quien paga con un desengaño?

Si solos los años que se busca el fin se vive, ¿cuántos años cuentas de vida?

¿Es posible que todas las cosas buscan su fin, y tú no lo buscas?

Si tuvieras un criado que te sirviera tan mal como tú á Dios, ¿lo tuvieras?

¿Cultivaras en tu heredad un árbol conocidamente infructífero?

¿Por qué haces aquello de que á buen librar has de arrepentirte?

¿Encuentras medio entre conseguir tu fin ó condenarte?

¿Te mueve á esta resolucion que vas á tomar tu fin último, ó tu pasion dominante?

Á las voces de tu fin,
Alma dormida, despierta;
Sino tu sueño es letargo,
Que indica una muerte eterna.

SOBRE LA SALVACION.

Si no te salvas, ¿de qué servirán todas las cosas de la tierra?

Si te pidieran consejo sobre una vida tan descuidada de la salvacion como la tuya, ¿cuál lo dieras?

Si no trabajas para asegurar tu salvacion, ¿quién trabajará por tí para que la asegures?

Si buscas lo mejor y mas seguro para el cuerpo, ¿por qué no buscas lo mas seguro y mejor para el alma?

Si no expusieras á contingencia el mayorazgo, pudiendo asegurarlo, ¿por qué no aseguras la salvacion pudiendo?

Si es justo que lo mas se anteponga á lo menos, ¿por qué no antepones tu salvacion á todo lo terreno?

Seas rey ó prelado, ¿de qué te aprovechará todo si te condenas?

¿No te pasma el descuido con que has vivido de lo que mas te importa?

Si no tienen en tu mano tu salvacion los que por seguir sus apetitos te la facilitan, ¿por qué los crees?

Si en un instante de arrepentimiento puedes asegurar tu salvacion que vale infinito, ¿por qué no la aseguras?

Si alabas el cuidado que tuvieron los justos de salvarse, ¿por qué no los imitas?

Si por no vencer á tu pasion dominante aventuras la salvacion, ¿por qué no la vences?

Por lo mismo que dormida
Vives, de entender no acabas,
Que tu vida es triste sueño,
Y tus delicias soñadas.

SOBRE EL PECADO.

Si crees que el pecado es el mayor mal de los males, ¿por qué pecas?

Si el pecado es contra razon, ¿cómo te tienes por racional pecando?

¿Por qué no aborreces el pecado, siquiera por lo que te cuesta?

Si todo el infierno es pequeño castigo del pecado, ¿cuál será su malicia?

Si cuando vas á pecar te tragara la tierra, ¿á dónde fueras?

¿Cómo quieres que prospere tus cosas

aquel Dios que ofendiste con tanta desvergüenza?

Si no tuvieras corazon para azotar á Cristo, ¿cómo lo crucificas?

Si no durmieras al lado de un dragon, ¿cómo duermes en pecado?

¿Por qué no atribuyes á tus pecados esa vida arrastrada que padeces?

Si el último pecado que cometiste llenó ya la medida de tus pecados, ¿qué será de tí al primero que cometas?

Si te indignas contra Judas porque vendió á Cristo por tan poco, ¿cómo lo vendes tú por menos?

Si tu pasion dominante es la que te precipita, ¿por qué no tratas de vencerla?

El mismo confuso ruido
De la cadena que arrastras
Es arrullo hoy de tu sueño;
¿Y despues? Dispierta ¡oh alma!

SOBRE LA MUERTE.

Cuando estés con la candela en la mano, ¿cómo quisieras haber vivido?

¿Cuál fuera tu vida si supieras que habia de durar muy pocas horas?

¿Qué fuera de tí, si antes de responder á esta pregunta, espiraras?

Si la muerte del pecador es amarga, y tú la temes, ¿por qué no enmiendas tu mala vida?

Estando en las agonías de la muerte, ¿quisieras hallarte en el estado en que te hallas?

¿Por qué no procuras ser santo en vida, si de no haberlo sido te has de arrepentir cuando mueras?

Si te han de dejar con la muerte todas las cosas de la tierra, ¿por qué no las dejas?

¿Con qué prudencia esperas á mañana para convertirte, si puedes morir hoy de repente?

Si la muerte ha de ser como la vida, ¿cuál será tu muerte?

Si un san Hilarion, despues de setenta años de rígida penitencia, temblaba en aquella hora, ¿cómo no tiemblas?

Si solo tienes de vida cierta el instante presente en que respiras, ¿por qué no lo aprovechas?

Si antes de morir quisieras haber vencido á tu pasion dominante, ¿por qué no peleas contra ella?

Á la luz de la candela
Verás las suertes trocadas:
Porque empieza la amargura,
Cuando el deleite se acaba.

SOBRE EL JUICIO.

¿Qué fuera de tí, si en este mismo punto te citaran á juicio?

Si la sentencia del juez corresponde á la vida, ¿cuál será tu sentencia?

¿Por qué no temes á Dios creyendo que es infinitamente justiciero?

Si la trompeta del juicio estremecia á un san Jerónimo, ¿cómo no te estremece?

¿Qué sentencia dieras tú, si fueras el juez, á un reo de vida tan estragada como la tuya?

Si no te reconcilias con el Juez á quien tienes tan indignado, ¿cómo esperas sentencia favorable?

No habiendo otro medio para salir bien de aquel tribunal que arrepentirte, ¿por qué no te arrepientes?

Si las columnas del cielo tiemblan en presencia del Juez airado, ¿cómo no temes comparecer en su presencia?

¿Cómo vives tan descuidado, teniendo al Juez gravísimamente ofendido?

Si estuvieras ya en la presencia del Juez, ¿cuál fuera tu sentencia?

¿Por qué no temes la sentencia del mal Ladron, ya que apoyas con la del bueno tu mala vida?

Si lo que mas te expone á una sentencia de condenacion es tu pasion dominante, ¿por qué no la arrancas?

Si á la trompeta del juicio,
Asustada no dispiertas;
Ó el juicio perdiste, ó él
Será juicio sin clemencia.

SOBRE EL INFIERNO.

¡Cuántos menos malos que tú están ya ardiendo en el infierno!

Si llevas los mismos pasos que los condenados, ¿por qué ha de ser distinto el paradero?

Si Dios te hubiera quitado la vida cuando pecabas, ¿en dónde estuvieras?

¿Con qué rabia pedirán al cielo justicia los que por tí se han condenado?

Si ahora puedes huir el riesgo de condenarte, ¿á qué aguardas?

Si los deleites por que se padece un fuego eterno son momentáneos, ¿cómo no los desprecias?

Esa persona que te induce al pecado, ¿podrá sacarte del abismo?

Si no puedes sufrir la ligera llama de una candela, ¿cómo sufrirás volcanes de fuego eterno?

¿Qué vida hiciera un condenado si Dios le diera tiempo para arrepentirse?

¿Y no harás tú con tantas culpas siquiera lo que haria un condenado?

Si un solo pecado merece muchos infiernos, ¿por qué no estás ya ardiendo en los abismos?

¿Por qué no resistes á esa pasion dominante, viendo que por ella te condenas?

Al chasquido del azote,
Ó al golpe de atroces penas
Abrirás, pero sin fruto,
Los ojos, que ahora cierras.

SOBRE LA GLORIA.

Si tuvieras en tu mano la corona de la gloria, ¿á quién la dieras?

¿Al que solo vive crucificado con Cristo, ó al que solo trata de divertirse?

Si en la gloria está toda tu felicidad, ¿por qué no la buscas?

¿Por qué no trabajas en conseguir un premio que excede á cualquier trabajo?

Si alabas tanto la dicha de los bienaventurados, ¿cómo no la solicitas?

¿En qué debe ser reputado quien pudiendo salvarse no se salva?

Si al bien temporal se debe anteponer el eterno, ¿por qué no lo antepones?

¿Qué vale mas pisar las brasas del abismo, ó las estrellas del firmamento?

¿Qué hicieras por estar sirviendo á María santísima eternamente en la gloria?

¿Qué es lo que escoges; ó gozar de Dios para siempre, ó para siempre condenarte?

Si son pocos los que se salvan, ¿por qué no vives como esos pocos?

Si tu pasion dominante no mortificada

puede cerrarte las puertas del cielo, ¿cómo no la mortificas?

Si el amago no te asusta,
Ni el castigo te amedrenta;
Al cielo mira, que al fin
Dádivas quebrantan peñas.

SOBRE VARIOS ASUNTOS.

Porque es Dios infinitamente misericordioso en esperarte, ¿abusas de su paciencia?

Si el Señor te llama compasivo á penitencia, ¿cómo no le respondes?

¿Por qué no agradeces á Dios el no haberte quitado la vida luego que pecaste?

Si con el fervor de una vida devota puedes redimir todo el tiempo que has perdido, ¿por qué no lo redimes?

Si aun puedes llegar á ser gran santo, ¿por qué no te alientas?

Si en el camino de la virtud el no ir adelante es volver atrás, ¿por qué no caminas?

Si en la misma ocasion en que te hallas caiste, ¿cómo no temes la recaida?

Si no tienes otro remedio para salvarte, que confesar ese pecado, ¿por qué no lo confiesas?

¿Por qué no llevas con paciencia y mérito los trabajos que has de llevar, aunque no quieras?

Si aconsejas al afligido la conformidad con la voluntad divina, ¿por qué no practicas el consejo?

Si quisieras hallar consuelo en tu prójimo cuando estás afligido, ¿por qué no lo consuelas?

Si eres discípulo de Cristo, ¿cómo no conformas tu vida con su doctrina?

Si no puedes responder,
Ni mudar de vida quieres:
¿Qué extremo de dos esperas;
Buena muerte ó mala muerte?

ADVERTENCIA.

Si tantas voces no bastaren á dispertarte, sírvate á lo menos de dispertador esta pregunta, que te has de hacer siempre que el reloj tocare: *¿Será esta la hora última de mi vida, como lo será para muchos, que con menos pecados que los míos caerán en el infierno?* Cada una de estas preguntas da materia abundante á la meditacion, y será de mucho provecho leer alguna antes de salir de casa, para irla rumiando por las calles, paseos, etc.

EXPLICACION DE LA TABLA QUE SE SIGUE.

Esta es aquella que se prometió en el capítulo del exámen particular para ir notando en sus respectivas casillas los defectos que se cometieren, al modo que se demuestra en la primera del mes de enero. Hágase cada año otra como ella variando solo (si fuere necesario) la materia del exámen que se ha de notar en la parte superior, en que se lee la palabra *paciencia,* la cual se ha puesto por ejemplo. En esta no se han de apuntar las faltas, sí solo ha de servir de modelo para las que se han de hacer como ella. *Todo á mayor gloria de Dios.*

EXÁMEN DE LA PACIENCIA.

	Enero.	Febrero.	Marzo.	Abril.	Mayo.	Junio.	Julio.	Agosto.	Setiembre	Octubre.	Noviemb.	Diciemb.
1	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
2	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
3	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
4	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
5	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
6	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
7	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
8	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
9	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
10	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
11	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
12	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
13	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
14	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
15	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
16	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
17	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
18	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
19	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
20	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
21	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
22	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
23	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
24	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
25	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
26	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
27	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
28	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
29	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
30	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
31	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
	31	28 ó 29	31	30	31	30	31	31	30	31	30	31

Dias de cada mes.

ÍNDICE.

TRATADO DE LA VICTORIA DE SÍ MISMO.

PÁG.

Advertencia. 3
Prólogo. 11
Capítulo I. 17
Cap. II.—De la victoria de sí mismo en general. 22
Cap. III.—Del vicio de la gula. 25
Cap. IV.—Del vicio de la lujuria. 30
Cap. V.—De los remedios contra la lujuria. 36
Cap. VI.—De la ira. 41
Cap. VII.—De los remedios contra la ira. . 45
Cap. VIII.—De la acidia. 50
Cap. IX.—De los remedios contra la acidia. 54
Cap. X.—De la pereza. 58
Cap. XI.—De los remedios contra la pereza. 63
Cap. XII. De la avaricia. 65
Cap. XIII.—De los remedios contra la avaricia. 76
Cap. XIV.—De la soberbia. 80
Cap. XV.—De los remedios contra la soberbia. 88
Cap. XVI.—De la envidia. 98
Cap. XVII.—De la victoria universal de todos los vicios. 108
Cap. último.—Del remedio universal á todo vicio. 106

EL ALMA VICTORIOSA DE LA PASION DOMINANTE.

Prólogo. 121

PARTE PRIMERA.—*Trata de la pasion dominante, y da los medios para vencerla.*

Cap. I.—De la pasion dominante. 123
Cap. II.—Exámen particular de la conciencia. 128
Cap. III.—Ofrece el cristiano á Dios las obras por la mañana. 131
Cap. IV.—De la oracion mental cotidiana. . 136
Cap. V.—Del santo sacrificio de la misa.. . 140
Cap. VI.—Del exámen general cotidiano de la conciencia. 144
Cap. VII.—De la confesion sacramental.. . 148
Cap. VIII.—De la comunion sacramental. . . 153
Cap. IX.—Del cumplimiento de las cotidianas obligaciones. 158
Cap. X.—De la rectitud de intencion y de las diversiones.. 162
Cap. XI.—De la leccion espiritual.. . . . 168
Cap. XII.—De la conformidad con la voluntad de Dios. 172
Cap. XIII.—Del director y dirigido. . . . 177
Cap. XIV.—De la presencia de Cristo paciente. 181

PARTE SEGUNDA.—*Trata de la devocion y sus ejercicios segun el espíritu de la Iglesia.*

Cap. I.—De la verdadera devocion.. . . . 189
Cap. II.—Gemidos del corazon contrito para antes de la confesion. 193
Cap. III.—Suspiros del corazon devoto para antes de comulgar. 196
Cap. IV.—Afectos del corazon agradecido.

para despues de haber comulgado. . . . 199
Cap. V.—Expresiones de reverencia, amor y gratitud á la santísima Trinidad, á Cristo Señor nuestro y á la beatísisima Vírgen. . 202
Cap. VI.—Cordiales afectos á los corazones de Jesús y de María, y á la sagrada Familia. 205
Cap. VII.—Obsequios á san Miguel arcángel, á san Rafael, al Ángel de la guarda, y á los Santos de nuestra devocion y nombre. 210
Cap. VIII.—Devotas expresiones á san Juan Bautista, á san Pedro, y á otros santos Apóstoles. 214
Cap. IX.—Deprecaciones afectuosas á varios Santos de la Compañía de Jesús. 218
Cap. X.—Rendidas peticiones á Dios por los méritos de algunos santos Patriarcas. . . 223
Cap. XI.—Humildes súplicas á san Blas, á san Francisco de Sales, á san Juan Nepomuceno, á san Antonio de Padua, y á santo Tomás de Aquino.. 228
Cap. XII.—Oraciones á santa María Magdalena, santa Teresa de Jesús, santa Bárbara, santa Lucía, santa Polonia, y santa Águeda. 232
Cap. XIII.—Deprecaciones á Dios por la intercesion de otros Santos y de las almas del purgatorio. 237
Cap. XIV.—De las visitas á Cristo sacramentado, á Nuestra Señora del Pilar, y de otras devociones. 242
Cap. XV.—Del Via Crucis, celo de las almas, cofradías, peregrinaciones y Semana Santa. 247
Cap. XVI.—Del Rosario, ejercicios de san Ignacio, dia de retiro, de la palabra de Dios, y de las indulgencias. 254
Cap. XVII.—Deprecaciones á Jesús y María

para alcanzar algunos especiales beneficios, ...
Cap. XVIII. — Voces para dispertar el alma dormida con el sueño del pecado ú somnolenta en el estado de la tibieza. 2
Explicacion de la tabla. 2